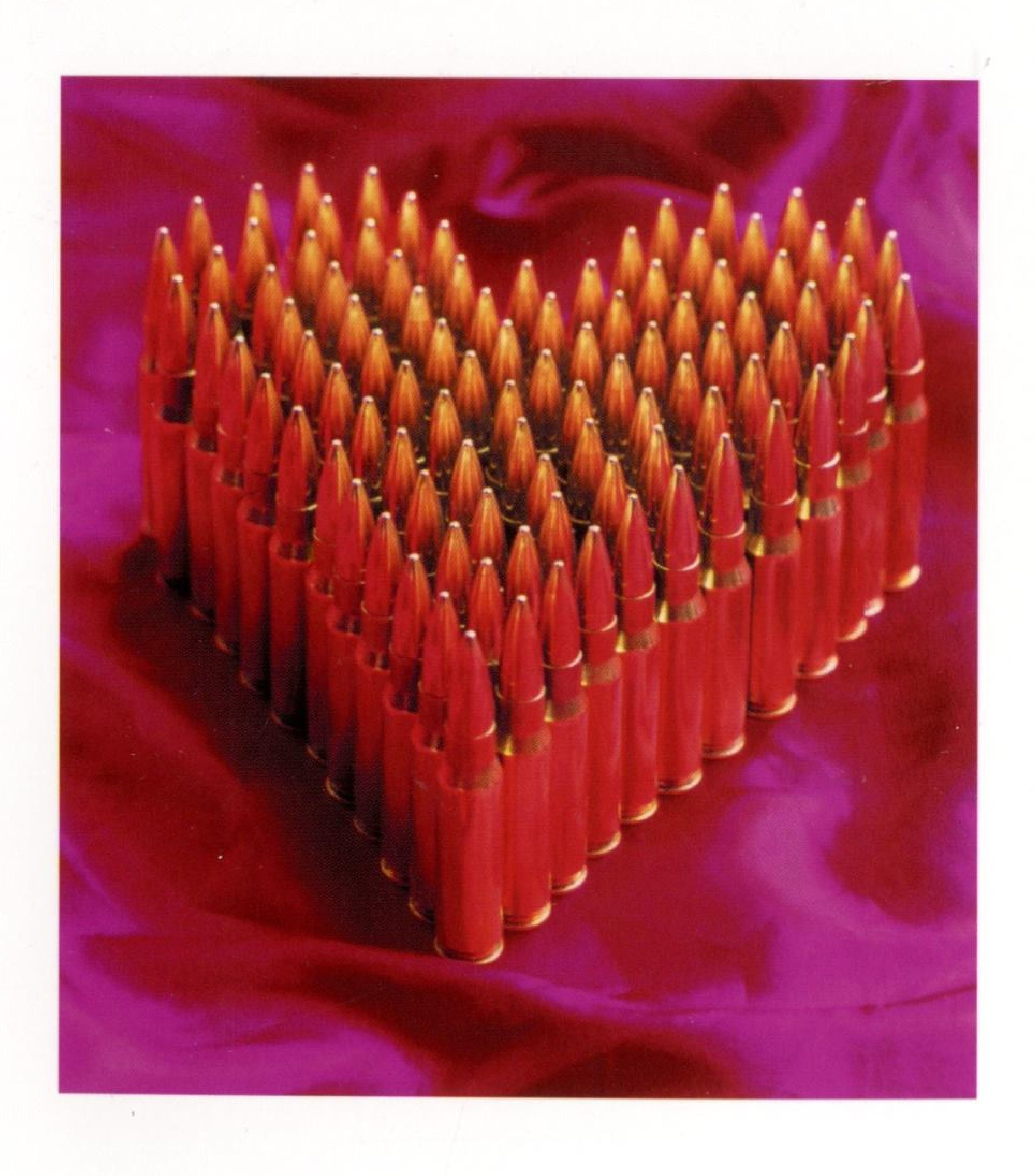
Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel

Tengo miedo torero



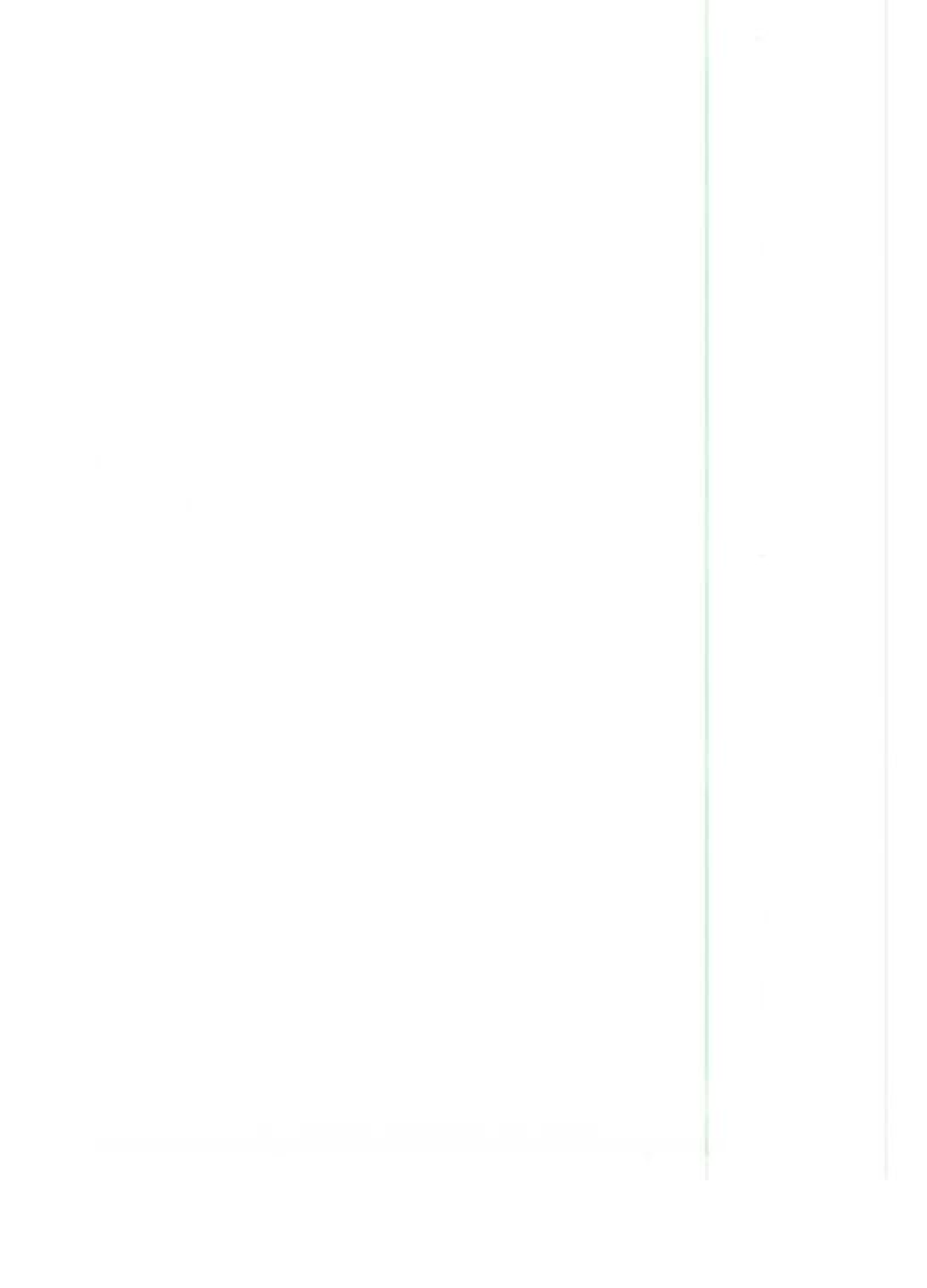
Tengo miedo torero

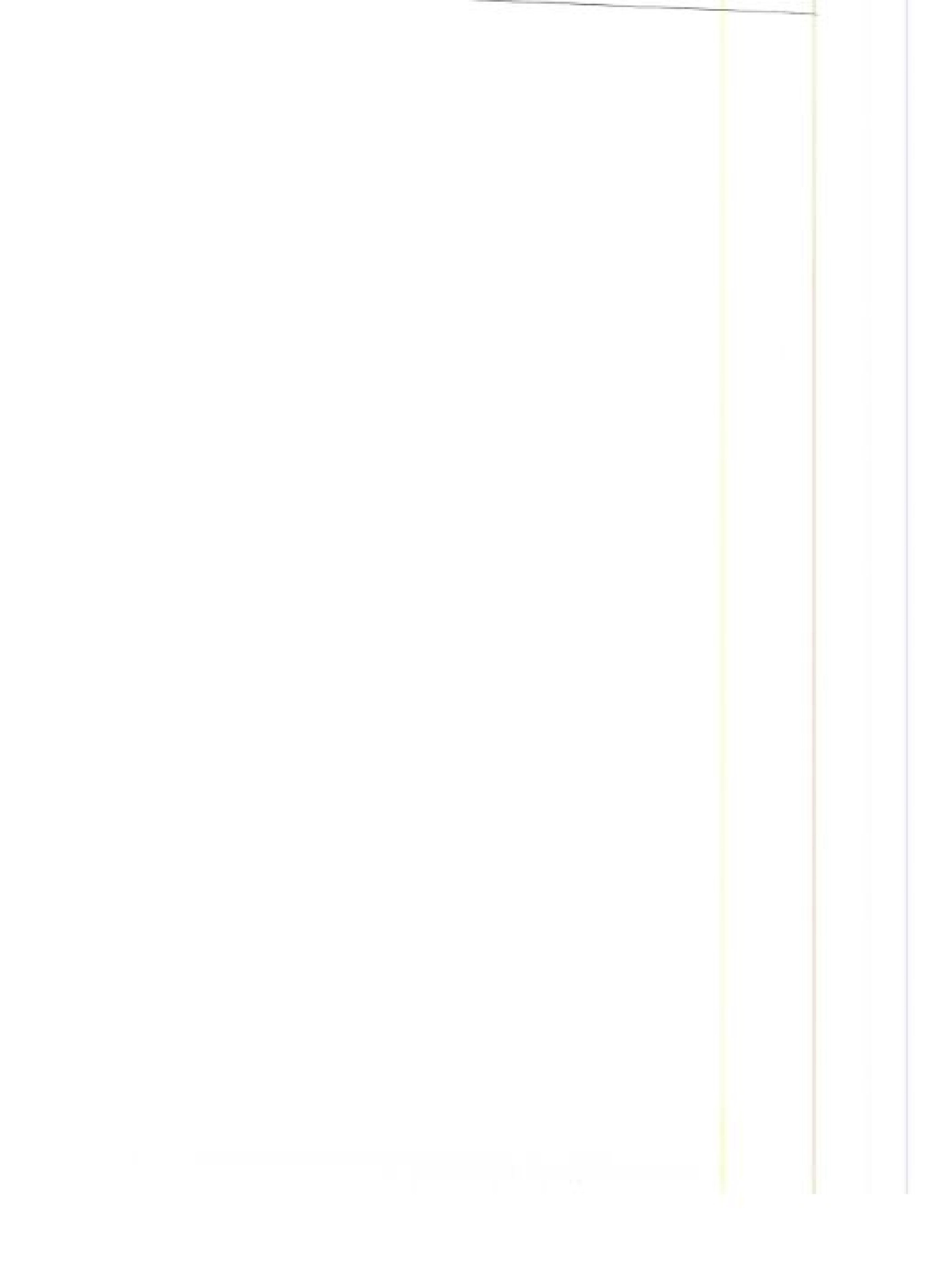
Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel

Tengo miedo torero

Este libro surge de veinte páginas escritas a fines de los ochenta y que permanecieron por años traspapeladas entre abanicos, medias de encaje y cosméticos que mancharon de rouge la caligrafía romancera de sus letras. Aquí entrego esta historia y se la dedico con inflamado ardor a Myrna Uribe (LA CHICA MYRNA), pequeño epicentro esotérico, que con su relajo poético alejó la tarde del coyote. A Cecilia Thauby (LA CECI), nuestra heroína enamorada. A Cristián Agurto (EL FLACO). A Jaime Pinto (EL JULIO). A Olga Gajardo (LA OLGA). A Julio Guerra (EL PATO), se me aprieta el corazón al recordar sus ojos mansos y su figura de clavel estropeado, aguijoneado de balas por la CNI en el departamento de Villa Olímpica. A Oriana Alvarado (LA JULIA). A la vieja del almacén, copuchenta como ella sola, pero una tumba a la hora de las preguntas. Y también a la casa donde revolotearon eléctricas utopías en la noche púrpura de aquel tiempo.





COMO DESCORRER UNA GASA sobre el pasado, una cortina quemada flotando por la ventana abierta de aquella casa la primavera del '86. Un año marcado a fuego de neumáticos humeando en las calles de Santiago comprimido por el patrullaje. Un Santiago que venía despertando al caceroleo y los relámpagos del apagón; por la cadena suelta al aire, a los cables, al chispazo eléctrico. Entonces la oscuridad completa, las luces de un camión blindado, el párate ahí, mierda, los disparos y las carreras de terror, como castañuelas de metal que trizaban las noches de fieltro. Esas noches fúnebres, engalanadas de gritos, del incansable «Y va a caer», y de tantos, tantos comunicados de último minuto, susurrados por el eco radial del «Diario de Cooperativa».

Entonces la casita flacuchenta era la esquina de tres pisos con una sola escalera vertebral que conducía al altillo. Desde ahí se podía ver la ciudad penumbra coronada por el velo turbio de la pólvora. Era un palomar, apenas una barandilla para tender sábanas, manteles y

calzoncillos que enarbolaban las manos marimbas de la Loca del Frente. En sus mañanas de ventanas abiertas cupleteaba el *«Tengo miedo torero, tengo miedo que en la tarde tu risa flote»*. Todo el barrio sabía que el nuevo vecino era así, una novia de la cuadra demasiado encantada con esa ruinosa construcción. Un mariposuelo de cejas fruncidas que llegó preguntando si se arrendaba ese escombro terremoteado de la esquina. Esa bambalina sujeta únicamente por el arribismo urbano de tiempos mejores. Tantos años cerrada, tan llena de ratones, ánimas y murciélagos que la loca desalojó implacable, plumero en mano, escoba en mano rajando las telarañas con su energía de marica falsete entonando a Lucho Gatica, tosiendo el «Bésame mucho» en las nubes de polvo y cachureos que arrumbaban en la cuneta.

Solamente le falta el novio, cuchicheaban las viejas en la vereda del frente, siguiendo sus movimientos de picaflor en la ventana. Pero es simpático, decían, escuchando sus líricas pasadas de moda, siguiendo con la cabeza el compás de esos temas del ayer que despertaban a toda la cuadra. Esa música alharaca que en la mañana sacaba de la cama a los maridos trasnochados, a los hijos vagos que se enroscaban en las sábanas, a los estudiantes flojos que no querían ir a clases. El grito de «Aleluya», cantado por Cecilia, esa cantante de la Nueva Ola, era un toque de diana, un canto de gallos al amanecer, un alarido

musical que la loca subía a su tope máximo. Como si quisiera compartir con el mundo entero la letra cursi que despegaba del sueño a los vecinos con ese *«Y... y tu maano to-o-o-mará la mía-a-a-a»*.

Así, la Loca del Frente, en muy poco tiempo, formó parte de la zoología social de ese medio pelo santiaguino que se rascaba las pulgas entre la cesantía y el cuarto de azúcar que pedían fiado en el almacén. Un boliche de barrio, epicentro de los cotorreos y comentarios sobre la situación política del país. El saldo de la última protesta, las declaraciones de la oposición, las amenazas del Dictador, las convocatorias para septiembre. Que ahora sí, que no pasa del '86, que el '86 es el año. Que todos al parque, al cementerio, con sal y limones para resistir las bombas lacrimógenas, y tantos, tantos comunicados de prensa que voceaba la radio permanente.

COOPERATIVA ESTÁ LLAMANDO,
MANOLA ROBLES INFORMA.

Pero ella no estaba ni ahí con la contingencia política. Más bien le daba susto escuchar esa radio que daba puras malas noticias. Esa radio que se oía en todas partes con sus canciones de protesta y ese tararán de emergencia que tenía a todo el mundo con el alma en un hilo. Ella prefería sintonizar los programas del recuerdo: «Al compás del corazón». «Para los que fueron lolos». «Noches de arrabal». Y así se lo pasaba

tardes enteras bordando esos enormes manteles y sábanas para alguna vieja aristócrata que le pagaba bien el arácnido oficio de sus manos.

Aquella casa primaveral del '86 era su tibieza. Tal vez lo único amado, el único espacio propio que tuvo en su vida la Loca del Frente. Por eso el afán de decorar sus muros como torta nupcial. Embetunando las cornisas con pájaros, abanicos, enredaderas de nomeolvides, y esas mantillas de Manila que colgaban del piano invisible. Esos flecos, encajes y joropos de tul que envolvían los cajones usados como mobiliario. Esas cajas tan pesadas que mandó a guardar ese joven que conoció en el almacén, aquel muchacho tan buenmozo que le pidió el favor. Diciendo que eran solamente libros, pura literatura prohibida, le dijo con esa boca de azucena mojada. Con ese timbre tan macho que no pudo negarse y el eco de esa boca siguió sonando en su cabecita de pájara oxigenada. Para qué averiguar más entonces, si dijo que se llamaba Carlos no sé cuánto, estudiaba no sé qué, en no sé cuál universidad, y le mostró un carné tan rápido que ella ni miró, cautivada por el tinte violáceo de esos ojos.

Las tres primeras cajas se las dejó en el pasillo. Pero ella le insistió que ahí molestaban, que las entrara al dormitorio para usarlas de velador y tener donde poner la radio. Si no es mucha la molestia, porque la radio es mi única compañía, dijo arrebolada con cara de cordera huacha, mirando las chispas de sudor que encintaban su

frente. Las restantes las fue distribuyendo en el espacio vacío de su imaginación, como si amueblara un set cinematográfico, diciendo: Por aquí, Carlos, frente al ventanal. No, Carlos, tan juntas no, que parecen ataúdes. Más al centro, Carlos, como mesitas ratonas. Paradas no, Carlos, mejor acostadas o de medio lado, Carlos, para separar los ambientes. Más arriba, Carlos, más a la derecha, perdón, quise decir a la izquierda. ¿Estás cansado? Descansemos un rato. ¿Quieres un café? Así, cual abejorro zumbón, iba y venía por la casa emplumado con su estola de: Sí, Carlos. No, Carlos. Tal vez, Carlos. A lo mejor, Carlos. Como si la repetición del nombre bordara sus letras en el aire arrullado por el eco de su cercanía. Como si el pedal de esa lengua marucha se obstinara en nombrarlo, llamándolo, lamiéndolo, saboreando esas sílabas, mascando ese nombre, llenándose toda con ese Carlos tan profundo, tan amplio ese nombre para quedarse toda suspiro, arropada entre la C y la A de ese C-arlos que iluminaba con su presencia toda la casa.

En todo ese tiempo fueron llegando cajas y más cajas, cada vez más pesadas, que Carlos cargaba con su musculatura viril. Mientras la loca inventaba nuevos muebles para el decorado de fundas y cojines que ocultaban el pollerudo secreto de los sarcófagos. Después fueron las reuniones, a medianoche, al alba, cuando el barrio era un orfeón de ronquidos y peos que tronaban a raja suelta la Marsellesa del sueño. En

pleno aguacero, estilando, llegaban esos amigos de Carlos a reunirse en el altillo. Y uno se quedaba en la esquina haciéndose el leso. Carlos le había pedido permiso, entrecerrando la pestañada de sus ojos linces. Son compañeros de universidad y no tienen donde estudiar, y tu casa y tu corazón son tan grandes. Cómo negarse entonces si el morenazo la tiene toda empapada, sudando cuando se le acerca. Además, los chiquillos que pudo ver eran jóvenes educados y bien parecidos. Podían pasar como amigos, pensaba ella sirviéndoles café, retocando el brillo de sus labios con la punta de la lengua, tarareando baladas de amor que repicaba la radio: *«Tú me acostumbraste y por eso me pregunto»*, y todas esas frases frívolas que desconcentraban la estrategia pensante de los chiquillos. Entonces ellos le cortaban la inspiración cambiando el dial, sintonizando ese horror de noticias.

> COOPERATIVA ESTÁ LLAMANDO: VIOLENTOS INCIDENTES Y BARRICADAS SE REGISTRAN EN ESTE MOMENTO EN LA ALAMEDA BERNARDO O'HIGGINS.

Al correr los tibios aires de agosto la casa era un chiche. Una escenografía de la Pérgola de las Flores improvisada con desperdicios y afanes hollywoodenses. Un palacio oriental encielado con toldos de sedas crespas y maniquíes viejos, pero remozados como ángeles del apocalipsis o

centuriones custodios de esa fantasía de loca tulipán. Las cajas y cajones se habían convertido en cómodos tronos, sillones y divanes, donde estiraban sus huesos las contadas amigas maricas que visitaban la casa. Un reducido grupo de locas que venía a tomar el té y se retiraba antes de que llegaran «los hombres de la señora», bromeaban insistiendo en conocer ese arsenal de músculos admiradores de la dueña de casa. Pero ella, ni tonta, recogía las tacitas, sacudía las migas y las acompañaba a la puerta diciendo que los chiquillos no querían conocer más colas.

Así, las reuniones y el desfile de hombres por la casita enjoyada fueron cada vez más insistentes, cada día más urgidos, subiendo y bajando la hilachenta escala que amenazaba desarmarse con el trote de machos. A veces ni siquiera Carlos podía subir al altillo y le embolinaba la perdiz para que ella no viera a algunos tapados visitantes. Ni siquiera él podía participar de esas reuniones y le cerraba el paso cuando ella amablemente curiosa ofrecía café. Porque deben estar muertos de frío allá arriba, decía mirando la cara insobornable de Carlos. Además, por qué no puedo subir si esta es mi casa. Entonces Carlos bajaba la guardia y tomándola de los brazos le hundía aquella mirada de halcón en su inocencia de paloma. Son cosas de hombres, tú sabes que no les gusta que los molesten cuando estudian. Tienen un examen importante, ya van a terminar. Mira, siéntate, conversemos.

Carlos era tan bueno, tan dulce, tan amable. Y ella estaba tan enamorada, tan cautiva, tan sonámbula por las noches enteras que pasaba hablando con él mientras terminaban las reuniones. Largas horas de silencio mirando su fatiga de piernas olvidadas en el raso fucsia de los cojines. Un silencio terciopelo rozaba su mejilla azulada y sin afeitar. Un silencio espeso, cabeceando de cansancio iba a tumbarlo. Un silencio aletargado de plumas, pesando de plomo su cabeza caía, y ella atenta, y ella toda algodón, toda delicadeza, estiraba una almohada de espuma para acomodarlo. Entonces esa tersura, ese volante, ese plumereo del guante coliza que acercándose a su cara iba a tocarlo. Entonces el sobresalto, la crispación de ese tacto eléctrico despertándolo, parándose y atinando a buscarse algo urgente en el costado, preguntando: ¿Qué onda? ¿Qué pasa? Nada, te quedaste dormido, ¿quieres una frazada? Bueno. ¿Todavía no han terminado? No dejes que me duerma, háblame de tu vida, tus cosas. ¿Tienes otro café?

Así, separados por bastidores de humo, del fumar y fumar chupando la vigilia, ella tejía la espera, hilvanaba trazos de memoria, pequeños recuerdos fugaces en el acento marifrunci de su voz. Retazos de una errancia prostibular por callejones sin nombre, por calles sucias arrastrando su entumida «vereda tropical». Su son maraco al vaivén de la noche, al vergazo oportuno de algún ebrio pareja de su baile, sustento de su

destino por algunas horas, por algunas monedas, por compartir ese frío huacho a toda cacha caliente. A todo refregón vagabundo que se desquita de la vida lijando con el sexo la mala suerte. Y después un calzoncillo tieso, un calcetín olvidado, una botella vacía sin mensaje, sin rumbo, ni isla, ni tesoro, ni mapa donde enrielar su corazón golondrino. Su encrespado corazón de niño colibrí, huérfano de chico al morir la madre. Su nervioso corazón de ardilla asustada al grito paterno, al correazo en sus nalgas marcadas por el cinturón reformador. Él decía que me hiciera hombre, que por eso me pegaba. Que no quería pasar vergüenzas, ni pelearse con sus amigos del sindicato gritándole que yo le había salido fallado. A él tan macho, tan canchero con las mujeres, tan encachao con las putas, tan borracho esa vez manoseando. Tan ardiente su cuerpo de elefante encima mío punteando, ahogándome en la penumbra de esa pieza, en el desespero de aletear como pollo empalado, como pichón sin plumas, sin cuerpo ni valor para resistir el impacto de su nervio duro enraizándome. Y luego, el mismo sinsabor del no me acuerdo, el mismo calcetín olvidado, la misma sábana goteada de pétalos rojos, el mismo ardor, la misma botella vacía con su S.O.S. naufragando en el agua rosada del lavatorio.

Yo era un cacho amariconado que mi madre le dejó como castigo, decía. Por eso me daba duro, obligándome a pelear con otros niños.

Pero nunca pude defenderme, ni siquiera con niños menores que yo, me daban igual y corrían triunfantes con el chocolate de mis narices en sus puños. Del colegio lo mandaron llamar varias veces para que me viera un psicólogo, pero él se negaba. La profesora decía que un médico podía enronquecerme la voz, que solo un médico podía afirmar esa caminada sobre huevos, esos pasitos fifí que hacían reír a los niños y le desordenaban la clase. Pero él contestaba que eran puras huevadas, que solamente el servicio militar iba a corregirme. Por eso al cumplir dieciocho años me fue a inscribir, y habló con un sargento amigo para que me dejaran en el regimiento. A Carlos el sueño se le había evaporado y tomaba café cabizbajo. ¿Hiciste el servicio militar, entonces?, preguntó mirando las manos de alondra posadas en las rodillas. Estás loco, ni soñando. Por eso me fui de su casa y nunca más volví a verlo. Un sonido de pasos en el altillo indicaba que la reunión había terminado. Mañana me cuentas la otra parte, dijo Carlos como en secreto, al tiempo que se paraba largo y tan alto que ella lo miró hacia arriba jugando con los flecos de la cortina.

De mi pasado preguntas todo que cómo fue.
Si antes de amar debe tenerse fe.
Dar por un querer la vida misma, sin morir,
eso es cariño, no lo que hay en ti-i.

La primavera había llegado a Santiago como todos los años, pero esta se venía con vibrantes colores chorreando los muros de grafitis violentos, consignas libertarias, movilizaciones sindicales y marchas estudiantiles dispersas a puro guanaco. A todo peñascazo los cabros de la universidad resistían el chorro mugriento de los pacos. Y una y otra vez volvían a la carga tomándose la calle con su ternura molotov inflamada de rabia. A bombazo limpio cortaban la luz y todo el mundo comprando velas, acaparando velas y más velas para encender las calles y cunetas, para regar de brasas la memoria, para trizar de chispas el olvido. Como si bajaran la cola de un cometa rozando la tierra en homenaje a tanto desaparecido.

Todos los años era lo mismo, tanto acumular energía para septiembre y después todo seguía igual. Y de septiembre a septiembre el vaivén renovador no lograba ni preocupar al tirano, que cada fin de semana, cuando ardía la protesta,

partía en la caravana de autos blindados a su casa de campo en el Cajón del Maipo. En esa quebrada florida cerca de Santiago, el sol primavero brillaba solo para él, leyendo estrategias militares romanas para controlar la rebeldía. En ese silencio pajareado de jilgueros, escuchaba los timbales de la «Marcha Radetzky» con los ojos semicerrados, cabeceando el pear ronco de los cornos, sublimado por esos flatos de bronce hasta la elevación. En tal nirvana hitleriano, los noticieros de radio y televisión estaban prohibidos, y más aún esa Radio Cooperativa y su tararán marxista que tenía revolucionados a los flojos de este país. A esa patota de izquierdistas que no querían trabajar y se lo pasaban en protestas y subversiones al orden. No le aprendían a tanto joven honrado, a tanto trabajador que apoyaba al gobierno. Como esa cuadrilla de obreros que estaban arreglando el camino cuando la comitiva presidencial subía por la cuesta Achupallas. A esa hora, fíjese, tan tarde, señores, todavía trabajando, esos cabros que los saludaron sacándose los cascos. Esos eran hombres de bien que hacían patria.

Muy de mañana, al alba del barrio todavía dormido, un auto se detuvo en la casa de la Loca del Frente y varios golpes apresurados zamarrearon la puerta. Ella, aún en los albores del sueño, saltó de la cama a medio vestir, cubriéndose

pudorosa con su bata nipona regada de helechos plateados. No son horas para despertar a una condesa, refunfuñó, bajando la escala para abrir el picaporte. En el umbral, Carlos y dos amigos cargaban un agresivo tubo de metal que sin preguntarle introdujeron al interior. Déjenlo por aquí no más, susurró entre bostezos mirando el extraño aparato. Es delicado, son rollos de manuscritos súper valiosos. Más parece un condón para dinosaurio, lo voy a transformar en una columna para la salita, y le cerró un ojo a Carlos, que despidiéndose en la puerta le trataba de decir: Después te explico. Pero ella no podía esperar, ni quedarse con la duda que hacía días rondaba su cabeza. Además, si nunca había prometido no hurguetear en las cajas, esto era diferente. Parece un torpedo submarino, pensó, despegando la cinta adhesiva que sujetaba la tapa. ¿Y si fuera eso? La duda paralizó sus dedos afirulados y detenidos por la corazonada. Pero no, Carlos no podía mentirle, no podía haberla engañado con esos ojos tan dulces. Y si lo había hecho, mejor no saber, mejor hacerse la lesa, la más tonta de las locas, la más bruta, que solo sabía bordar y cantar canciones viejas. Mejor volvía a pegar la cinta y se olvidaba del asunto. Más bien seguiría con su teatralidad decorativa. Y arremangándose la bata arrastró el pesado cilindro escaleras arriba, hasta ese rincón vacío de la sala. Allí quedaba bien, le daba sombra, por si acaso. Y terminó la escenografía coronando el

blindado artefacto con una maceta de alegres gladiolos.

¿Cómo se ve? Lo recibió mostrándole el raro ikebana, mientras acariciaba con su mano lagartija los contornos del acero revestidos de blondas entuladas y moñas de cintas. Se ve precioso, ni se nota lo que es, se contestó ella misma, tratando de no mirar el asombro divertido de sus ojos pardos. En realidad no se nota lo que es, musitó Carlos dando unos pasos emocionado, acercándose, tomándola por sus gruesas ancas de yegua coliflor, atrayéndola a su pecho en un abrazo agradecido, dejándola toda temblorosa, sin respirar. Como una chiquilla enguindada de rubor, como una caracola antigua enroscada en sus brazos, a centímetros de su corazón haciendo tic-tac tic-tac, como un explosivo de pasión enguantado, por su estética de brócoli mariflor.

Detén el tiempo en tus manos,
haz esta noche perpetua.
Para que nunca se vaya de mí,
para que nunca amanezca.

Ya, está bueno, no es para tanto. Y se despegó de esa primera vez que lo tuvo tan cerca. Se corría por la tangente simulando la emoción, evitando que él sintiera temblar su anhelo alado e imposible. Parece que te gustan las flores, le escuchó decir ya más distante. ¿Te gusta el

campo? Podrías acompañarme mañana al Cajón del Maipo. Tengo que hacer un herbario para la clase de botánica. Me consigo un auto y vamos. Qué dices.

Ella se quedó con la huella de sus manos apretándole las caderas. Se quedó sonámbula, encandilada, así tan niña frente a un prado de flores amarillas. Y mucho después que Carlos se hubo ido, contestó que sí quiero ir, que por supuesto. Que debería cocer un pollo y huevos duros para el picnic, y llevar ese mantel divino bordado de pájaros y angelitos, y comprarle pilas a la radio para escuchar música, y quizás una pelota para que Carlos se entretenga chuteando. Y también un libro. No, mejor una revista para hojearla distraída y ociosa en esa gran alfombra verde. Casi una pintura, como ese calendario antiguo donde una niña de rizos descansa en el amplio ruedo de su falda. Apenas ensombrecida por la capelina amarilla y el quitasol color champaña haciendo juego con la gran centrífuga de su vestido. Y al fondo, bien al fondo, casi confundido con el azulino de los cerros, un soldado a caballo con quepis de plumas tristes contemplándola extasiado. Pero no, Carlos era hombre y muy serio, y ella no lo iba a avergonzar con mariconerías de farándula ni pompones de loca cancán. No iba a echar a perder el paseo, cediendo a la tentación de usar ese hermoso sombrero amarillo de ala ancha con

cinta a lunares. Esa maravilla de sombrero que le quedaba tan bien, que nunca se había puesto porque jamás ningún hombre la había invitado a un día campestre. Pero por si acaso, por si hace mucho viento, por si el sol pega muy fuerte, por el cuidado de la piel, digo yo...

Porque eres y serás para mi alma
un día de sol, eso eres tú.

Casi no durmió la noche entera dando vueltas, excitada por la emoción, y por tanto bombazo que desordenaba su idílica postal. Ya estaba en pie cuando llegó Carlos vistiendo un pullover color pimienta, con el pelo renegrido por el agua de la ducha. ¿Estás listo? No hay mucho tiempo, tengo que devolver el auto a las seis. ¡Hiciste comida! Un pollo. El aire del campo da hambre. ¿No? Yo la bajo, no te preocupes, te espero en el auto. No muevas tanto el canasto que se quiebran los huevos. Espérate un poco, los vasos, servilletas, la sal, el pan, la radio. Cuidado, no seas loco, las bebidas. Parece un niño, se dijo hurgueteando cosas, buscando el sombrero amarillo, que estaba segura lo había guardado allí, en esas cajas, con los guantes de puntitos también amarillos y las gafas negras con brillitos como Jane Mansfield en esa película, estaba segura que ahí estaban, completamente guardados, pero se los había mostrado a tanta amiga y las locas eran tan ladronas,

tan pérfidas, tan envidiosas y esa bocina del auto llamándola. Ya voy, amor...

En el camino, tan cómoda junto a Carlos, su lengua parlotera habló de cualquier cosa, evitando comentar el paisaje; cada población despellejada por el polvo, cada rotonda humeando por restos de fogatas, pedazos de muebles y letreros en el suelo que las ruedas del auto iban esquivando, zigzagueando las brasas y palos y saldos chamuscados de la noche protesta.

Después, rumbo a la cordillera, la periferia rotosa se fue poniendo más verde, más radiante por ese sol amarillo, por esos vendedores de volantines y banderitas que chispeaban de color la carretera. Y Carlos tan divertido, celebrando sus chistes, culebreando las curvas con un: Sujétate, mariposa, otra vuelta y otra cosa. ¡Ay, qué bruto! ¡Qué chofer! Que por favor, Carlos, más lento, mi corazón es de cristal. Carlos, que las bebidas. Carlos, que este auto no es tuyo. Carlos, que me hago pipí de risa, que para un poco, que por suerte ahí viene un control policial. Entonces Carlos se puso serio, varios militares controlaban el camino haciéndoles señas para que se subieran a la berma. Ponte el sombrero, ¿quieres? ¿Y para qué? Para que te vean como dama elegante. Pero... Pónetelo, te digo, y hazte la loca. Hazlo por mí, después te explico. Pero Carlos nunca le explicaba nada, él era así, tenía esas ideas tan extravagantes. Por eso le hizo caso, porque no le costaba nada ponerse el sombrero

amarillo y los lentes de gata y los guantes con puntitos y güeviar a los milicos. No le costaba nada hacerlos reír con su show de mala muerte, dejándolos tan encandilados que ni siquiera revisaron el auto y apenas miraron los documentos de Carlos que estaba tan nervioso. Y los dejaron pasar sin problemas gritando: «Feliz luna de miel, maricones». Porque buscaban otra cosa, digo yo. ¿No es cierto, Carlos?

Varios kilómetros más allá, tomando una bocanada de aire, Carlos volvió a reír, y siguió riendo desbocado mirándola de reojo, estirando la tenaza cariñosa de su brazo para apresar sus hombros de queltehue. Lo hiciste muy bien. Es que tengo alma de actriz. En realidad yo no soy así, actúo solamente. Y las risas de ambos se confundieron en el viento tibio que dejaron atrás. Las nubes rosadas de los ciruelos y el resplandor de los aromos pasaban fugados a morir en sus espaldas, dejando una nevada de pétalos pegados al parabrisas. Parecen mariposas muertas, dijo ella con un dejo de tristeza, y encendió la radio para no llorar, para huir de allí, para escapar de esa bullente felicidad en la diadema encantada del bolero. Pero por más que buscó el analgésico de esa música, girando la perilla de lado a lado; todas las emisoras salpicaban arpas y guitarreos patrios. El «Si vas para Chile», cantado por los Huasos Quincheros, era cadena nacional ese mes, y solo escapaba el timbre agitado del «Diario de Cooperativa».

Sergio Campos da lectura a las noticias: El autodenominado Frente Patriótico Manuel Rodríguez se adjudicó el corte de energía que dejó sin luz a la Región Metropolitana.

De tanto oír esa radio, ella se había acostumbrado a soportarla. Es más, cuando no encontraba su música preferida, cuando los bombazos cortaban la luz, cuando tenía que ponerle pilas a la radio, la voz de Sergio Campos era un bálsamo protector en esas tinieblas de guerra. No sabía por qué, pero esa voz cálida lograba aplacar los latidos de su corazón agitado por tanta revuelta. La voz segura y amable de Sergio Campos la habitaba con la dulce añoranza de Carlos, con su fanatismo de quedarse pegado escuchando noticias. Que los pacos aquí y los terroristas allá, que ese Frente Patriótico no sé cuánto, y todas las penurias de esa pobre gente a la que le habían matado a un familiar. En todo ese tiempo, ese tema había logrado conmoverla, mientras escuchaba los testimonios radiales bordando sábanas para la gente rica con rosas sin espinas. Partían el alma los sollozos de esas señoras escarbando piedras, estilando mojadas por el guanaco, preguntando por ellos, golpeando puertas de metal que no se abrían, revolcadas por el chorro de agua frente al Ministerio de Justicia, sujetándose de los postes, con las medias rotas,

todas chasconas, agarrándose el pecho para que esa agua negra no les arrebatara la foto prendida a su corazón.

¿Te pusiste triste? ¿Qué pasa? Carlos había detenido el vehículo junto al camino. Aquí nos quedamos. ¿Pero por qué en esta cuesta, en este barranco tan peligroso? ¡Huy!, la altura me da vértigo. Porque aquí tengo que hacer el trabajo de botánica. Mira, allá hay una lomita. Saquemos las cosas del auto y subamos.

No tuvieron que subir mucho para quedar instalados sobre el camino, en esa terraza natural forrada de un musgo suave salpicado de florcitas. Desde allí la visión panorámica era completa. Los murallones cordilleranos sujetaban la tajada de cielo arrebolada de nubes luminosas. Y abajo, muy abajo, el río quejándose al chocar tumultuoso contra las piedras. La cinta plateada de la carretera era lo único transitable, el único borde entre cerro y abismo donde pasaban los autos lentamente, encajonados por el peligro. Nada más, la ciudad había quedado lejos para ella y Carlos que la ayudaba a desplegar el mantel sobre la hierba. En kilómetros no se veía un alma. A esa hora, ese pedazo de mundo era solo para ellos. Carlos era solo para ella, su risa, sus dientes blancos, su boca jugosa mordiendo el pollo, sus dedos largos y sexuales desnudando un huevo duro. Su entrepierna arqueada de joven jinete montado en un peñasco, su cuerpo nudoso y elástico

cuando se sacó el pullover, cuando se tendió a tomar el sol, tan cerca de ella. Una loca vieja y ridícula posando de medio lado, de medio perfil, a medio sentar, con los muslos apretados para que la brisa imaginaria no levantara su pollera también imaginaria. Así, tan quieta, tan Cleopatra erguida frente a Marco Antonio. Tan Salomé recatada de velos para el Bautista. Absolutamente figura central del set cordillerano, sujetando con la pose tensa la escenografía bucólica de ese minuto. Amarrando con su gesto teatral los puntos de fuga de ese cuadro. Congelando ese momento para recordarlo en el futuro, para pajearse con la vulnerabilidad del recuerdo suspendido en el vuelo de ese pájaro, en el grito asustado de ese pájaro, en el alboroto de alas por el zumbar de un helicóptero, en el sobresalto de las sirenas ululando a lo lejos, escoltando la comitiva presidencial que subía por el camino. No te muevas, estás para una foto. Carlos buscaba la cámara precipitadamente. Pero me gustaría con sombrero. Así no más, no te muevas, te dije. Pero alcánzame el sombrero, qué te cuesta. ¿Por qué tan rápido? Está bien, toma. El sombrero giró por los aires como platillo volador. Las sirenas se acercaban, pudiendo verse la culebra de autos que ya tomaban la curva. Por fin Carlos encontró la cámara y enfocaba tembloroso. ¿Cómo estoy, baby? Carlos trataba de encuadrar el camino como fondo. Así estás bien, no te muevas, no

güevees, no respires. Las motos policiales y vehículos blindados pasaron a su espalda y ella sintió un hielo repentino al sonreír para el click de la foto.

¿Te fijas que se usan los sombreros? La Primera Dama iba recostada en los algodones de la limusina tocada por la capelina Dior que Gonzalo, su estilista, le había comprado en Ibiza. Pero son para gente joven, mujer, ¿no viste que era una pareja de pololos? Él sería joven, pero ella se veía bastante mayor, a pesar del sombrero amarillo que era una monada, te diré. Gonza dice que el amarillo hace furor en Europa, fue el color de la temporada primavera-verano. Le voy a encargar uno igual a ese. Pero mujer, ¿a tu edad? No ves que la prensa comunista lo único que hace es reírse de tus sombreros. Mira tú, ¿no? ¿Y cómo ustedes que no se sacan la gorra militar ni para dormir? ¿Entonces los sombreros son cosa de hombres solamente? Fíjate tú. ¿Ah?

Semana a semana las mismas discusiones le llenaban la cabeza. Que Gonzalo me dijo, que Gonzalo dice, que Gonzalo cree, que debieras tomar en cuenta la opinión de Gonza que es tan fino y tiene tan buen gusto. Y dice que todo es cosa de estética y color. Que la gente no está descontenta contigo ni con tu gobierno. Que la culpa la tiene el gris de los uniformes, ese color tan depresivo, tan sobrio, tan apagado, tan

poco combinable. Imagínate que con rojo es la única manera que se ve bien, la única forma de armonizarlo. Mira qué contradicción. Mira qué brillante es Gonzalo al pensar así. Y tú no lo tomas ni en cuenta cuando te corta el pelo y te sugiere teñirte esas canas grises de celeste azulado. Por tus ojos, dice él. ¿Por qué otra cosa va a ser? ¿Ah? Además, esas cejas blancas que parecen chasquillas. ¿Por qué no dejas que Gonza te las pinte y te las depile?, para que la gente te vea los ojos y aprenda a quererte, digo yo. Y ese bigote de escobillón escarchado, tan antiguo, tan pasado de moda, que te tapa la boca y por eso los marxistas dicen que eres cínico. ¿Por qué no dejas que él te lo recorte?... Gonza es mago para esas cosas y si te lo sube un poquito de las comisuras la gente siempre te verá sonriente. ¿Por qué no te pones las camisas guayaberas que Gonza te trajo del Caribe con tanto cariño? Todo porque son cubanas, pero son alegres, llenas de monitos y palmeras, y la tela, para qué te digo, puro algodón, fresquitas para venir para acá en estos días de calor. ¿No te fijaste en ese joven que le sacaba fotos a su polola, la del sombrero amarillo? ¿No viste que usaba una camisa sport, afuera del pantalón? Y tú con ese uniforme plomo, color burro, cerrado hasta el cogote. ¿No tienes calor, hombre? ¿No te molesta? Abre un poco la ventanilla para que entre viento. ¿Para qué tanta seguridad? ¿Quién te va a hacer algo en estos peladeros?

¿Quién se va a atrever con este ejército custodiándonos? ¿Ah? Gonza dice... Ya estaba cansado de escucharla batiendo la lengua, halagando a ese mariposón que se metía hasta en sus calzoncillos. Pero no podía hacer otra cosa, ella insistió en venir y todo el fin de semana iba a escuchar ese ronroneo pegajoso. Por suerte traía sus marchas favoritas, y llegando pondría a todo chancho esas retretas para evaporar el cacareo hostigoso de su mujer. El título de Primera Dama había transformado a la joven sencilla que conoció cuando era soldado raso. Esa niña de liceo allá en la provincia, donde alguna vez también compartieron un picnic campestre igual que esa pareja de sombrero amarillo. A su lado, ella seguía hablando mientras hojeaba una revista de modas. Afuera, la cinta del paisaje cuncuneaba de verde en verde sobre el lomaje de las praderas, y pudo resistir la tentación de detener la comitiva para invitarla a tenderse en la hierba por un rato. Total, él era presidente y podía hacer cualquier cosa. Pero nunca a tirarte en el pasto como una vaca. ¡Imagínate que pase un periodista! ¡Imagínate que sea de esa Radio Cooperativa, con lo copuchenta que es! Con mayor razón van a decir que eres un huaso metido a gente.

La tarde iba cayendo rápido sobre el Cajón del Maipo. El sol fue interceptado por los cerros y

la luz se amortiguó por sombras rasantes de color anaranjado. Carlos sacaba fotos, tomaba medidas y hacía raros planos del terreno sumando metros y perímetros con reglas de cálculo. ¿No era sobre plantas su trabajo?, ¿sobre botánica, flores o algo así? Ella no entendía mucho, no sabía de esas cosas universitarias. Y prefería no preguntar para no meter la pata. Prefería hacerse la cucha, ya que él la creía tonta contestándole siempre: Después te explico. Por eso ella lo dejaba tranquilo, lo veía agacharse sobre el camino, de guata en el suelo. Lo miraba subir y bajar la cuesta una y otra vez, asomarse al precipicio, mirar la hora, contar los minutos, quedarse pensando, volver a mirar y regresar a sus apuntes. Trataba de no interrumpir, fingiendo leer la revista *Vanidades* que había llevado. La misma revista que se sabía de memoria, que alguna de sus amigas locas dejó olvidada en el living de cajones de su casa, y ella la hizo propia al descubrir un reportaje a Sarita Montiel. ¿Puedo poner música, torero? Carlos levantó la vista de los papeles. Y como siempre, la loca lo sorprendió con su alucinada fantasía barroca. Con su modo de adornar hasta el más insignificante momento. Y se la quedó mirando embobado, encaramada sobre una roca, con el mantel anudado en el cuello simulando una maja llovida de pájaros y angelitos. Alzando el garbo con las gafas de gata, mordiendo seductora una florcita, con las manos

enguantadas de lunares amarillos, y los dedos en el aire crispado por el gesto andaluz. La miró divertido, haciendo un paréntesis en su serio trabajo. Y fue él quien apretó la tecla de la radiocasetera, sumándose de espectador al tablao, para verla girar y girar remecida por el baile, para quedarse por siempre aplaudiendo esos visajes, esos «besos brujos» que la loca le tiraba soplando corazones, esas pañoletas carmesí que hizo flamear en su costado, quebrándose cual tallo a puro danzaje de patipelá, a puro zapateo descalzo sobre la tierra mojá, sobre el musgo *«verde de verde limón, de verde albahaca, de verde que te quiero como el yuyo verde de tanta espera verde y negra soledá»*.

Nunca una mujer le había provocado tanto cataclismo a su cabeza. Ninguna había logrado desconcentrarlo tanto, con tanta locura y liviandad. No recordaba polola alguna, de las muchas que rondaron su corazón, capaz de hacer ese teatro por él, allí, a todo campo, y sin más espectadores que las montañas engrandecidas por la sombra venidera. Ninguna, se dijo, mirándolo con los ojos bajos y confundidos. Intentando recobrar el pulso de su emoción. Tratando de volver al razonamiento frío de los números y ecuaciones de tiempo que requería el trazado de su plano. Porque el día se iba rápido y no existía una segunda oportunidad para corregirlo. Por eso le pedía que por favor, que al menos por media hora dejara de mirarlo así,

con esa llamarada oscura quemando su virilidad, demandando su cariño. Que por favor cortara la música, ese casete presagiando desgracia, ese disco de burdel antiguo ensangrentando la tarde de antemano. Que después podía ponerlo las veces que quisiera, pero ahora era urgente terminar el trabajo. Se me acaba la luz, faltan algunas fotos y tenemos hasta las seis nada más.

En el viaje de regreso casi no hablaron. Ella se quedó dormida junto a la ventana y él la tapó con su pullover color pimienta. En realidad ella no dormía, solamente había cerrado los ojos para reponerse de tanta dicha y poder retornar sin drama a su realidad. Era mucho para un solo día, demasiadas emociones agolpándose en su pecho, y prefería no hablar, no decir nada para no entorpecer esa alegría. Quedarse quieta, mecida por el arrullo del motor, casi sin respirar, cuando sintió las manos de Carlos arropándola con la tibia lana de su chaleco. Así de extasiada se hizo la bella durmiente para oler el vértigo erótico de su axila fecunda, esa fragancia de maratón, de camarín deportivo en el doble oloroso de su cuerpo mareándola, incitando sus dedos tarántulas a deslizarse por el asiento hasta tocar esos muslos duros, tensados por el acelerador. Pero se contuvo; no podía aplicar en el amor las lecciones sucias de la calle. No podía confundir ni mal interpretar los continuos roces, sin querer, de

la pierna de Carlos en su rodilla. No era la misma electricidad porno de la micro, donde ese franeleo de pantorrillas era el síntoma de otra cosa, una propuesta para tocar, amasar y sobajear lagartos en la ruta sin peaje. Por eso congeló la escena retirando la pierna con un gesto recatado. Y se acurrucó pichona pegada al vidrio, dejándose envolver por el agotamiento luminoso de ese día.

Al llegar, el barrio parecía un pueblo de provincia, apenas iluminado por algunos faroles salvados de los peñascazos. Los niños corrían por la calle esquivando el auto, y en la esquina la misma patota de jóvenes sumergidos en la nube ácida de la yerba. En los aires entumidos del anochecer se plegaban las radios, timbaleando el rock punga de Led Zeppelin, los arpegios revolucionarios de Silvio Rodríguez y el tumbar despabilado del flash noticioso en el almacén:

> Cooperativa, la radio de la mayoría. Manola Robles informa: Un comunicado del Ministerio del Interior señala que en el allanamiento efectuado hoy por servicios de seguridad en varias poblaciones, se han incautado armas de pesado calibre y numeroso material impreso llamando a la rebelión, perteneciente al llamado Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

¡Ufff!, baby, por fin llegamos. Hay que bajar las cosas con cuidado porque... ¡Shit! Carlos la hizo callar escuchando atento con las manos al volante. Ella también escuchó, pero no le hizo caso. Ninguna noticia iba a opacar ese romántico momento del adiós. Por eso recogió el sombrero amarillo con un ramo de flores silvestres, juntó las petacas del picnic, entró en la casa y trepó la escalera, esperando que Carlos subiera tras ella para despedirse. Pero el violento rechinar del acelerador la hizo volver sobre sus pasos, y alcanzó a ver la cola del auto doblando la esquina, fugándose apresurado, como si huyera de su novela campestre, de sus olores malva-rosa con esa partida tan abrupta.

Nada es perfecto, se dijo cerrando la puerta, poniendo las flores en agua, abriendo todas las llaves para que ese repicar de cataratas soltara el nudo fluvial que se agolpaba en su pecho. Nada es ideal, insistió para sentir el vidriado calor de la pena humedeciéndole la mirada, descorriendo apenas la acuarela azul de las flores marchitas que esperaban el rocío amargo y teatrero de su llanto. Pero no pudo llorar, por más que trató de recordar canciones tristes y arpegios sentimentales, no podía desaguar el océano atormentado de su vida. Ese bolero seco que manaba tanta letra de amores peregrinos, tanta lírica cebollera de amor barato, hemorragia de amor con «tinta sangre», maldito amor que te creías, *«yo que todo te lo di»*,

«tú querías que te dejara de querer», «tú te quedas, yo me voy», «tú dijiste que quizás», «tú me acostumbraste y por eso me pregunto». Amores de folletín, de panfleto arrugado, amores perdidos, rastrojeados en la guaracha plañidera del maricón solo, el maricón hambriento de «besos brujos», el maricón drogado por el tacto imaginario de una mano volantín rozando el cielo turbio de su carne, el maricón infinitamente preso por la lepra coliflora de su jaula, el maricón trululú, atrapado en su telaraña melancólica de rizos y embelecos, el maricón rififí, entretejido, hilvanado en los pespuntes de su propia trama. Tan solo, tan encapullado en su propia red, que ni siquiera podía llorar no habiendo un espectador que apreciara el esfuerzo de escenografiar una lágrima.

Es como devolver perlas al mar, concluyó sacudiendo las flores, esparciendo chispas de vidrio en el aire carnavalizado por su gesto travestí. Carlos no se merece ni una lágrima, ni una gota, de ninguna manera desperdiciar la joya de su pena en alguien tan mal agradecido, tan enigmático el lindo marchándose así. Sin siquiera decirle chao. Tomándola, dejándola como si ella fuera una cosa, una caja más para el decorado. Diciéndole siempre: Después te explico, tú no entiendes, mañana conversamos. ¿Creía que ella era una loca tonta, una bodega para guardar cajas y paquetes misteriosos?, ¿qué se creía el chiquillo de mierda que ella no

se daba cuenta?, ¿qué tanta reunión de barbones en su casa?, ¿qué tanto estudio? Mira tú. ¿Ah? Que si se hacía la lesa era nada más que por él. Que si aguantaba tanta chiva de libros en esos cajones era por hacerle un favor al lindo. Pero no iba a soportar humillaciones. ¿Qué se creía el cabro güevón para tratarla así? Creía que porque era universitario, y buen mozo, y joven, y tenía esos ojos tan... Solamente por él se hacía la señorita, porque la intimidaba con esos ojos amables, la achunchaba con su cortesía de chiquillo educado. Y si no fuera por eso, si no fuera porque lo quería tanto, le salía la rota y mandaba todo a la chucha. No le asustaba quedarse sola otra vez, no faltaría el roto que le moliera el mojón por un plato de comida. Nunca faltaban los cabros que haciéndose los amables le llevaban la bolsa de la feria y después, cerrada la puerta, una vez adentro de la casa, ella no tenía que hacer ni decir nada, porque empezaban con que vivís solo, ando verde, pasémoslo bien. Nunca faltaban los pasajeros del toque de queda; esos volados que se quedaban carreteando hasta tarde y no podían llegar a su casa, y bueno, todo sea por no caer preso. Sobraban los cesantes que por unos pesos, por un cigarro, por una cama caliente le hacían el favor sin más trámite. Y ella no tenía que hacer tanto verso y esfuerzo para que la quisieran por un rato. No tenía que desnucarse tratando de ser fina, tejiendo miradas de corazón para

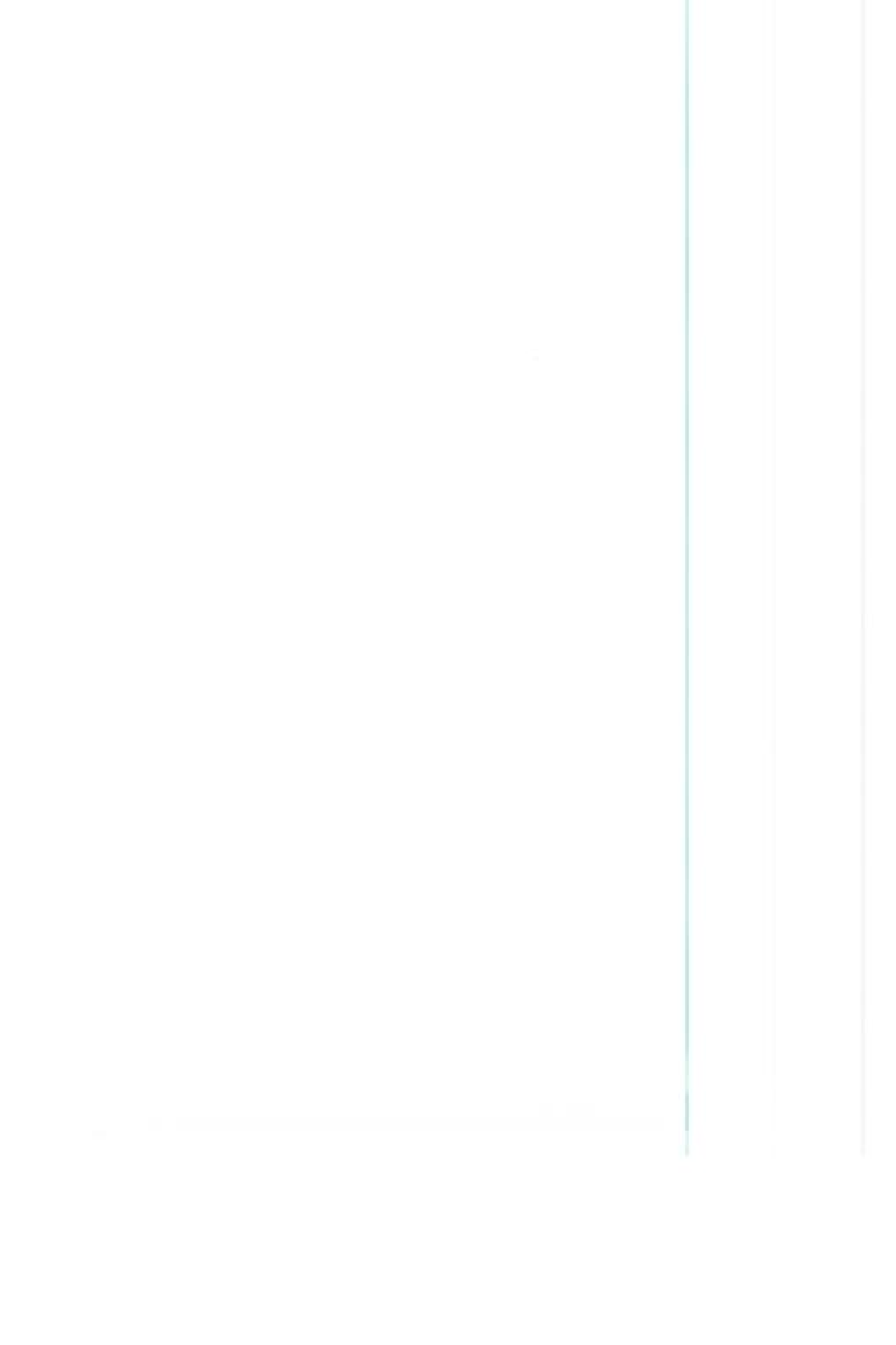
que Carlos, solamente y muy de vez en cuando, la abrazara como amigo, dejándola tan caliente que se sentía culpable de desear ese cuerpo prohibido. Todo sería más fácil si no tenía que soportar el embrujo de su presencia. Volvería a patinar la calle recogiendo pungas y erecciones momentáneas con el arpón de su pesca milagrosa. Y el amor, enguantado en ese nombre maldito, lo dejaría pudrirse con los restos del picnic, con los huesos del pollo que iban a fermentar en esa cuesta del Cajón del Maipo. Donde nunca iba a regresar, donde jamás volvería a bailar como una vieja ridícula para ese malnacido.

Entonces, los golpes de la puerta fueron ecos en su atribulado corazón.

Te vas porque yo quiero
que te vayas.
Y a la hora que yo quiero
te detengo.
Yo sé que mi cariño te hace falta,
aunque quieras o no
yo soy tu dueño.

Mientras bajaba la escalera, arreglándose las cuatro mechas, sabía que no le diría nada, ni siquiera haría mención del asunto. Total, Carlos era tan descuidado que todo se le podía

perdonar, con tal de verlo aparecer de nuevo en el marco de la puerta como un sol sofocado dando explicaciones. Diciendo que no se enojara con él por ese detalle, que se había presentado un imprevisto, que se había hecho tarde y el auto tenía que devolverlo temprano, que no fuera tan sentimental, que no fuera taimado, que volviera a mirarlo, ya pues, a ver, una risita, le pedía el mocoso hermoso como una esmeralda marina. A ver, un puchero, le decía con esa boca de fresa, conquistándola otra vez con sus niñerías de cachorro. ¿Qué pensabas, que me había enojado? ¡Si lo pasamos tan bien en el paseo! ¿No te gustó? Además, cuando me vaya, capaz que sea para siempre. Carlos bajó la voz mirando las cajas del misterio, y una cortina de vacío afelpó el instante. Entonces, algo gatilló en su alma de loca-máter. Algo le estaba diciendo Carlos que le provocaba una trizadura de verdad. Un miedo, un presentimiento, algo intangible que opacaba su risa de niño bueno. ¿Cuándo será? La pregunta pilló a Carlos desprevenido. ¿Qué cosa? Tu cumpleaños. Carlos se relajó con una sonrisa cómplice. Falta todavía. ¿Qué me vas a regalar? Una flecha. ¿Y el arco? Yo seré tu arco.



La comitiva venía de regreso, después del largo fin de semana en que el Dictador y su mujer oxigenaron sus pensamientos en el oasis cordillerano del Cajón del Maipo. Como él lo supuso, ella no había parado de chicharrear de la mañana a la noche, en que caía rendida durmiéndose pesadamente bajo el antifaz de avión que trajo del viaje a Sudáfrica. Pero en la mitad del sueño, cuando él se disponía a cerrar los ojos, ella sonámbula seguía en su charla molestosa. Soñaba que venía en el avión, regresando de esa fallida visita a Sudáfrica. ¿Viste? Yo te dije, te lo advertí mil veces que te aseguraras bien si nos iban a recibir esos cholos maleducados. Pero no, tú dele y dele conque ese presidente era amigo tuyo. Tú insistiendo que nos iban a recibir como reyes, porque ellos estaban de acuerdo con tu gobierno, porque era uno de los pocos países que te admiraban por haber derrotado al marxismo. Fíjate tú, por hacerte caso, mira tú qué bochorno, qué plancha, qué vergüenza, Dios mío, llegar allá y tener que devolverse al tiro, sin siquiera bajar del avión.

En mi vida me había sentido tan mal, tan humillada por esos negros mugrientos, y todo por tu culpa de viejo porfiado. Gonza me lo dijo, me lo advirtió tanto que no debía ir. El calor es terrible me dijo, y tanta humedad y tanto negro resentido, y tanta revuelta. Mejor quédese aquí. Gonza me vio el I Ching y ahí salía. No te digo. «No cruzar la gran agua, permanecer quieto», decía ese libro sabio. Pero tú nunca me haces caso, tú siempre tan incrédulo, tú siempre desconfiando de Gonza que es tan buen chiquillo. Tan amoroso, que me prestó su caftán de seda pura, y me llenó las maletas de ropa fresca y sombreros de safari y repelentes. Para que no la piquen los mosquitos, que sacan el pedazo en esas selvas, me advirtió. Y me regaló docenas de guantes, para que dé la mano como la reina Isabel, porque allá hay tanta sarna y esos negros siempre tienen las manos sudadas. Y sáquese muchas fotos de blanco, solamente de blanco. Como la Marlene Dietrich en esa película. ¿Te acuerdas? Esa que se perdía en la jungla con el joven buscador de diamantes. Además, me dio todos los datos para reconocer las piedras auténticas, para que no me hicieran lesa, porque hay tanta imitación, señora, tanto engaño que deslumbra y es solo vidrio. Cómprese un collar, no, mejor una tiara, para recibir al Papa cuando venga, y la verá como a la Grace de Mónaco. Y para ti, me recomendó un alfiler de corbata y unos gemelos discretos,

apenas unos brillantitos en los puños de una camisa negra. Porque no vas a ir de uniforme a la ópera, me imagino. Aunque eres tan porfiado, tan cabeza dura. Tan insoportable que cuando se te mete algo en el mate siempre sales con la tuya. Ya ves lo que conseguiste, todo el mundo va a saber que nos hicieron este desaire. Me imagino esa Radio Cooperativa, cómo se va a reír contando este mal rato. Porque si al menos nos hubieran hecho pasar al hall del aeropuerto, siquiera una disculpa, una noche por lo menos en Ciudad del Cabo para ponerme la túnica persa y pasar por turista, y poder salir a comprar un engañito, una cosa poca, un par de colmillos de elefantes para la sala, una piel de tigre para que te caliente las patas en el escritorio, cuando te aprendes los discursos que te hacen los secretarios, en esa pieza tan helada, tan llena de fierros y sables y pistolas y cachureos militares que tú cuidas como si fueran flores. Si al menos nos hubiera hecho llegar unos regalos con su edecán, ese africano roto. Y tú mandándole armas, apoyándolo con tus ideas para doblegar a los negros revoltosos. Tú, tan tonto, auspiciando intercambios culturales de puras mugres que traían de Sudáfrica. Porque si al menos ellos tuvieran una Gloria Simonetti, un Antonio Zabaleta, un Gonzalo Cienfuegos en pintura, unos Huasos Quincheros, te creo. Lo único son los diamantes, que a ellos no les sirven porque no los lucen. Imagínate

una chola con aros Cartier en esos peladeros sin alma. Porque dejándose de cosas, es harto feo ese país por lo poco que pude ver desde el avión. Puro barro, pura tierra y vapor, puros bichos y animales y tanto negro chico inflado de hambre. Pero, aun así, habríamos soportado con dignidad esa pobreza, porque los chilenos somos educados y nunca le hacemos eso a una visita ilustre. ¿Dejarla con los crespos hechos, ahí parada como idiota en ese aeropuerto? Sudando la gota gorda empapados de calor, y ni siquiera nos ofrecieron un refresco, ni una agüita. Y yo desmayándome de sed, afiebrada como camello. Y tú: Espérate, mujer, que tienen que llegar las autoridades a recibirnos, tiene que haber problemas de protocolo, estarán preparando la suite presidencial. Cálmate, mujer, no te desesperes que ya va a llegar la limusina, tienen que estar embanderando las calles porque llegamos un poco antes y no avisamos con tiempo. Tú sabes cómo son estos países salvajes. Pídele a la azafata una bebida, tranquilízate y trata de entender. Sí, una bebida, una bebida, sabes cómo engorda. Tú todo lo arreglas con una bebida y con tu famoso: trata de entender. ¿Viste que no había nada que entender? ¿Viste que si me dices eso me pones como tonta, cuando yo siempre tengo la razón? Gonzalo lo sabía, por qué no le hice caso. Imagínate dos días metidos en un avión, con este ruido infernal en la cabeza. Me parece que toda la vida

vamos a seguir volando, sin que nadie en el mundo nos quiera recibir. Me siento como esos marxistas rotosos que tú exiliaste después del 11, dando vueltas y vueltas a la tierra sin que nadie nos ofrezca asilo. Porque ya nadie te quiere, porque ya no son los puros comunistas, como tú me decías. Ahora son tus propios amigos, y estoy segura que si Franco viviera, tampoco nos hubiera recibido. Y para qué hablar de ese Somoza, tan compinche tuyo, tan amigo de tu gobierno. ¿Viste cómo terminó con esa bomba? Volando por los aires, igual que nosotros.

Por suerte ahí se le había agotado la pila, por fortuna se había quedado muda transformando su odiosa plática en un ronquido rezongón. Era preferible el insomnio que le provocaban esos fuelles tronadores, a seguir oyendo su rosario de mal agüero. Por eso ahora en el auto, él trataba de no hacer ningún ruido para no despertarla, y que siguiera roncando hundida bajo el sombrero, mientras la muda comitiva regresaba a la ciudad con las sirenas apagadas.

Los pastos ardían anaranjados por el ocaso, y muy poca gente se veía en el camino, porque aún la primavera no era tan calurosa. En el verano esto será una feria, pensó, una tropa de pobres que se toman la micro los domingos para mojarse el poto en ese río. Podría prohibir la entrada a este valle, dejar ingresar solamente a los propietarios y turistas. Pero cómo hablarían esos opositores, dirían que me creo patrón de

fundo, que el país es de todos, y más aún el Cajón del Maipo, que está tan cerca de Santiago. A solo media hora, por eso vienen tantos cabros con sus novias a estudiar. Como esa pareja del sombrero amarillo. Ahora que la caravana tomaba la cuesta, pudo recordar, volviéndola a ver en el faldeo rocoso. Él corriendo con la cámara fotográfica, muy joven, con el pelo al viento y la camisa abierta. Y ella tan señorita de sombrero, tan dama y colijunta sentada de medio lado en el pasto. Tan extraña esa mujer como de una foto antigua. Tan rara con esos hombros anchos y esa cara de hombre. Y ahora que lo pensaba mejor, ahora que la recordaba con más calma, caía en cuenta que era eso. ¡Un maricón!, gritó indignado, despertando a su mujer, que saltó en el asiento perdiendo el sombrero. ¿Qué cosa? Qué te pasa, hombre, que me asustaste. ¿Te acuerdas de aquella pareja del sombrero amarillo, cuando veníamos? Eran homosexuales, mujer, dos homosexuales. Dos degenerados tomado el sol en mi camino. A vista y paciencia de todo el mundo. Como si no bastara con los comunistas, ahora son los homosexuales exhibiéndose en el campo, haciendo todas sus cochinadas al aire libre. Es el colmo. Eso sí que no lo iba a soportar; mañana mismo hablaría con el alcalde del Cajón del Maipo para que pusiera vigilancia.

Ya van, ya van. Casi echaban abajo la puerta golpeando tan fuerte, despertándolo tan temprano, trizando a patadas su agitado sueño de amazona cabalgando por la pradera al anca de un misterioso jinete. Nunca pudo verle la cara, no sabía quién era, tampoco por qué huían desaforados compartiendo la taquicardia del miedo, arrancando de un anónimo peligro rozando su espalda con garra de hielo. Entonces ella se apretaba al jinete para no sentir ese rasguño rasante. En la emergencia, sus manos de loca adhesiva, se anudaban a la cintura masculina empapada de sudor, salto a salto en el lomo resbaloso de la bestia, tratando de sujetarse para no caer, sus dedos aferrados al cinturón, a la hebilla incrustada en el estómago ardiente. Sus dedos tocando esa guata de hombre, ese tripal nervioso, tensado por la fuga. Sus dedos privilegiados destejían los remolinos velludos de su ombligo, sus dedos tarántulas se agarraban fieros de esas crines duras, jugaban con ese pelaje rizado, con ese «caminito al cielo», vientre abajo, quebrada abajo, donde se hacía más espeso el matorral áspero del pubis. Aún tenía grabada esa presión dactilar que palpitaba a dúo con esa cercanía arrobadora. Así atados, ninguna mano huesuda podía alcanzarlos. Tan juntos, iban a escapar de lo que fuera, como fuera, galopando sobre las nubes si era preciso. Entonces golpearon la puerta y ella se quedó con un abrazo vacío entre las manos, despertó como una ciega

tanteando el aire descolorido de la pieza. Ya nunca iba a saber qué pasaba con el rapto después que el caballo saltó a las nubes. No había derecho, no tenían respeto, volverlo a su miseria con esa brusquedad. Uno podría demandar a alguien por este atropello, se dijo arropándose con una mantilla bordada de abedules. A usted lo llama por teléfono una mujer, y dice la señora del almacén que vaya al tiro. ¿Quién podía ser? ¿Qué mujer tenía el descaro de tirarlo al suelo de las mechas, cortándole la película de rompe y raja de un solo costalazo? No supo cómo se puso los pantalones, y cruzando la calle, recién se acordó que había olvidado los dientes postizos. Simulando un bostezo, se tapó la boca con la mano cuando tomó el auricular. Aló. Por fin lo encuentro. ¿Dónde se había metido? ¿En qué estaba que todavía no me viene a dejar el mantel que le mandé bordar hace un mes? Tengo una comida para los generales compañeros de mi marido. ¿Y qué voy a hacer? Era doña Catita, la señora del general, su clienta más antigua, la más regia. Una verdadera dama que lo trataba tan bien. El mantel ya lo había terminado, pero de loca se le ocurrió llevarlo al picnic y estaría todo sucio, manchado entero de pollo y bebida que Carlos derramó sin querer. Debía lavarlo con blanqueador, almidonarlo, plancharlo, y entregárselo con el dolor de su alma. Por suerte pagaba bien, y lo consideraba un artista. Por eso se deshizo en

explicaciones, argumentó un viaje sorpresivo, mató y resucitó a una tía lejana, cayeron las siete plagas de Egipto sobre su familia. ¿Qué familia? Si tú me habías dicho que no tenías familia. Pero que no le conté, señora Catita, no le he dicho que la encontré. Fíjese. De pura casualidad. Usted sabe que a mí no me gusta la tele y escucho pura radio. Un día la prendo, y en un programa de esos que buscan gente escucho mi nombre, casi me morí. Ellos me andaban buscando. Fíjese la sorpresa, me lo lloré todo. Tantos años, tanto tiempo sin madre, ni padre, ni perro que me ladre, y de la noche a la mañana me salen sobrinos, primos, hermanos, tíos, abuelos y una chorrera de parientes que he tenido que conocer; por eso no le he podido entregar el mantel. He estado tan ocupado atendiendo, ayudando a tanto familiar. Usted sabe que siempre he sido huérfano y tan solo, señora Catita. Pero mire lo que es la vida y qué milagrosa es la Virgen. Por eso estoy tan contento que esta misma tarde le voy a dejar el mantel. Sí, y no se preocupe, me quedó bien lindo. Usted sabe cómo yo trabajo. Me quedó precioso, lleno de aves doradas y angelitos bordados con ese hilo tornasol de importación que a usted le gusta. Lo único que no me resultó fue ese escudo chileno con los sables cruzados que usted quería que le bordara en la cabecera de la mesa. Sabe, yo encontré que era recargarlo demasiado. Sí, si sé que usted insistió que

era importante. Pero qué quiere que le diga, se veía... cómo decirle... un poco picante. Como mantel de fonda. ¿Me entiende? Sí, señora Catita, yo sabía que usted se iba a enojar si no le ponía el escudo chileno, pero también sé que usted es una dama de buen gusto, y después iba a estar de acuerdo conmigo, lo iba a encontrar ordinario. Sí, si sé que usted lo quería para el 11 de septiembre. Pero véalo primero y después me reta. Sí, sí, como a las seis voy a estar por allá.

Antes de salir del almacén compró detergente y blanqueador Soft para remojar de inmediato ese mantel. Se le partía el corazón, no quería entregar ese pedazo de césped donde ella y Carlos habían sido tan felices. Pero el amor es puro viento, como dice la canción, y un día se va. Además, la señora Catita era tan estupenda con ese pelo violeta ceniza, y lo trataba tan delicada mirándolo con esos enormes ojos celestes. Le decía pase no más y espéreme en la cocina, mire que estoy ocupada con unas amigas. Le molestaba haberle inventado ese cuento de su familia. Pero qué podía hacer. No le iba a decir que un hombre era el culpable de todos sus atrasos.

En la entrada del boliche se topó con el mismo grupo de viejas que empezaban el día desollando al barrio. Les hizo una gran venia y una pirueta de saludo para evitar abrir la boca y mostrarles sus encías despobladas. Era preferible tenerlas de amigas, de lo contrario te descueran,

pensó. Aunque igual sabía que lo pelaban, pero cosas suaves, divertidas. Este chiquillo está tan contento. ¿Y cómo no? Con el regimiento de hombres que lo vienen a ver. Pero no creo que todos... Por lo menos ese que se llama Carlos, así le dice. ¿No? Cuando lo nombra se le sueltan las trenzas de Rapuncel, no puede evitarlo. Salen juntos, se lo pasan tardes enteras arriba del altillo, yo los he visto. Pero es muy joven ese cabro. ¿Cuántos años tendrá? Igual que el Rodrigo suyo, unos veintidós. ¿Qué más? Y la novia está como gallina clueca, ya no se cocina de un hervor. Tiene más de cuarenta. Pero es tan simpático y tan limpio y servicial, el favor que usted le pida, mejor que una mujer, tiene la casa como espejo. A mí se me ocurre que hay algo más. ¿Como qué cosa? No sé, tanto bulto que entran y sacan de esa casa. Será el ajuar de novia, se irán a casar pue. No ve que en Estados Unidos se casan. Sintió las carcajadas a media cuadra, pero se hizo el sordo, no le importó. Estaba curtido de tanta mofa que hacían de él. Seré importante para estas viejas que no tienen de qué preocuparse, y se lo pasan todo el día en la esquina cotorreando, sapeando quién entra y quién sale de mi casa. Mientras juntaba agua para lavar sintonizó las noticias.

> DISTURBIOS DE CONSIDERACIÓN SE REGISTRAN EN EL EX PEDAGÓGICO. EL SALDO: UNA VEINTENA DE ESTUDIANTES

HERIDOS Y MUCHOS DETENIDOS POR FUERZAS ESPECIALES DE CARABINEROS. ESTOS ÚLTIMOS PASARON A LA FISCALÍA MILITAR. COOPERATIVA, LA RADIO DE LA MAYORÍA.

¡Qué país! No había un día en que no pasaran cosas terribles. Y de Carlos ni un teléfono, ni una dirección, ninguna pista, por lo menos para saber que está bien. Que no cayó preso ni está detenido con esos estudiantes revolucionarios; porque si fuera así, ella podría aprovechar que esta tarde tenía que ir donde la señora Catita a dejarle el mantel. Podría decirle que le pidiera a su marido general que lo ayudara. Podía ser, era posible, quizás lo haría. Así de dudosa, con sus manos de palomas mojadas colgando el mantel, desde el altillo lo vio venir cruzando la calle y el alma le volvió al cuerpo. Se quedó escondida tras el lienzo, espiando su caminar arqueado, su pelo en la frente, sus hombros levemente gibados por la altura, como un niño que estiró de pronto. Entonces el viento voló el mantel, y él la descubrió arriba. Le hizo un gesto con la mano y le mostró el collar perlado de su risa desde el frente. ¡Ay! cómo lo amaba, cómo era capaz de provocarle ese escalofrío de amor, esa gota de escarcha corriendo por su espalda. Cómo era capaz de dejarla así, toda tembleque y lluviosa, empapada como una sábana en la tormenta. Soy una vieja loca, se dijo, sintiéndose tan efímera como

una gota de agua en la palma de su mano. Y Carlos lo sabe, es más, le gusta que sea así. Se siente acunado en esta casa, se deja querer. Nada más, eso es todo. El resto eran sus propias películas, su chifladura de maricón enamorado. Y qué le iba a hacer, si el cabro la tenía tonta, con su modito amable y su educación universitaria. Así paga el favor que le hago de guardarle esas cajas. Con su tonito amoroso me paga el arriendo del altillo para que se reúnan sus amigotes. Y lo comprobó cuando le abrió la puerta, cuando Carlos entró demasiado contento, alabando su camisa, diciendo qué bien que te ves hoy. ¿Qué te hiciste? El piropo lo recibió como un ramo de orquídeas que se secó en sus manos cuando Carlos agregó: Sabes, esta noche queremos reunirnos en el altillo. Si tú no tienes inconveniente. ¿Por qué era tan educado con ella si sabía que le diría que sí? ¿Para qué acentuaba esa cortesía de viejo antiguo? Como si la viera tan mayor, con tanto respeto y respeto y puro respeto. Cuando ella lo único que quería era que él le faltara el famoso respeto. Que se le tirara encima aplastándola con su tufo de macho en celo. Que le arrancara la ropa a tirones, desnudándola, dejándola en cueros como una virgen vejada. Porque ese era el único respeto que ella había conocido en su vida, el único aletazo paterno que le desrajó en hemorragia su culito de niño mariflor. Y con esa costra de respeto había aprendido a vivir,

como quien convive con una garra, entibiándola, domesticando su fiereza, amasando la uña de la agresión, acostumbrándose a su roce violento, aprendiendo a gozar su rasguño sexual como única forma de afecto. Por eso la educación de Carlos la violentaba con su afelpada suavidad. Cabro pituco, murmuró divertida. ¿Qué cosa? ¡Ay, qué cosa! Carlos se descolocó. No te entiendo. ¿Por qué eres tan cursi conmigo como si yo fuera una vieja renga, una abuela patuleca? Es mi forma de tratar. Mentira, es puro interés. Si yo no tuviera esta casa... ¿Crees que es por la casa? ¿Y por qué otra cosa? Porque nos llevamos bien, porque te aprecio, porque somos amigos. ¿No? Y si somos tan amigos y me aprecias tanto, ¿por qué nunca me dices nada? ¿Por qué no me tienes confianza y me cuentas de una vez de qué se trata todo esto?

Ella estaba eufórica, tratando de mantener la pose desafiante para molestarlo, para descalzarle ese modito caballeroso. Quería que la tomara, retándola, abofeteándola, que le hiciera algo. Cualquier cosa, pero que no se quedara así con los brazos cruzados mirándola con esa cara de mar muerto. Poco le importaba que le dijera el secreto de esas cajas, en realidad no le importaban nada esos cajones de mierda, esos libros o lo que fueran. Lo que ella quería era despertarlo, decirle que su amor silencioso la estaba asfixiando. Por eso le hacía este teatro dramático. Pero la seriedad nunca le había

quedado bien a la comedia marichusca de su loca. Nunca había convencido a nadie cuando intentó que la tomaran en serio. Menos Carlos, que la miraba inmutable, algo divertido, y sin decirle nada prendió la radio, y girando el dial sintonizó una musiquilla infantil. *«Alicia va en el coche Carolín»*, y se la quedó mirando con una tonelada de ternura paterna. Y con esa misma tranquilidad cambió de tema. ¿Sabes que a los niños en Cuba les celebran el cumpleaños a todos juntos, por barrio? ¿En patota?, dijo ella burlesca. Me imagino la media torta. Eso no es importante. Te hablo de lo bonito que es. ¿Me entiendes? Un poco. Imagínate toda esta cuadra con una mesa gigante y los enanos jugando y tocando sus cornetas. No importa si nacieron ayer o pasado mañana, es por mes y todos son invitados a su propia fiesta. ¿Y eso a ti te gusta? Claro, no hay injusticia y ninguno llora porque su vecino tiene un cumpleaños mejor. Y tú, Carlos, ¿cuándo estás de cumpleaños? Pronto. ¿Eres virgo? Más o menos. Entonces el tres. Tibio. El cuatro. Más caliente. El cinco. Me quema. El seis. Bueno, digamos que es el seis. No queda nada entonces. Bueno, te dejo aquí en la casa. Toma las llaves porque tengo que salir a entregar un trabajo. ¿Se te pasó el enojo? ¿Qué enojo? Las estrellas no conocen el enojo, no tenemos derecho. Y le dejó la última «o» de la respuesta circulando en su boca como un beso preguntón.

Al salir, la tarde lo sorprendió con una bocanada nublada de día incierto. Y era raro este clima maricón en pleno septiembre, que un día de sol, al otro tormenta. Uno no sabe qué pilcha ponerse para estar de acuerdo con esta cambiante media estación. Días de mierda, pensó, tardes lacias en que uno quisiera quedarse metido en cama tapado hasta las orejas. Tal vez conversando con Carlos. Tomándose un rico vino navegado para levantar la presión, o también para fumarse un cigarro en su alegre compañía, y susurrarle por la espalda un te quiero escrito en letras de humo. Pero por desgracia tuvo que salir, enfrentarse a «esa tarde gris» con su cara sin afeitar como puercoespín. Y con esa facha de gañán tenía que atravesar medio Santiago para llegar al barrio alto, donde vivía la señora Catita. En fin, espero que el mantel le guste y me pague al tiro para venirme y que no me pille la lluvia, se recitó a sí mismo, mientras llegaba a la esquina y hacía parar la micro con el gesto de su dedo erecto por el brillo de un diamante invisible. Luego, acodado en el vidrio del vehículo, vio pasar calles, esquinas donde los hombres jóvenes estiraban las piernas desmadejados por el esquivo sol sin trabajo ni futuro. Después la cacharra se fue llenando de obreros, mujeres, niños y estudiantes sentados, mirando para afuera, haciéndose los lesos para no dar el asiento. ¿Qué le parece? Estos son los jóvenes de ahora, le murmuró una

vieja de moño sentada a su lado. Mire estos zánganos que no tienen respeto y no le dan el asiento a nadie. Lo único que saben es andar tirando piedras y prendiendo barricadas. Estarán descontentos con algo, se atrevió a decir casi arremangando las palabras. ¿Y de qué? Mire usted qué bonito, sus padres trabajan para que estudien y ellos haciendo desórdenes y huelgas. ¿No me va a decir que está de acuerdo con ellos? No le contestó, y acomodándose en el asiento se sintió molesto por el comentario de ese charqui ahorcado en collares, esa vieja moño de cuete que siguió alharaqueando como si hablara sola. No tienen ningún respeto, dónde vamos a parar. Entonces no aguantó más y las palabras le salieron a borbotones: Mire, señora, yo creo que alguien tiene que decir algo en este país, las cosas que están pasando, y no todo está tan bien como dice el gobierno. Además, fíjese que en todas partes hay militares como si estuviéramos en guerra, ya no se puede dormir con tanto balazo. Mirando a todos lados, la Loca del Frente se asustó al decir eso, porque en realidad nunca se había metido en política, pero el alegato le salió del alma. Varios estudiantes que venían escuchando la aplaudieron al tiempo que pifiaban a la mujer de los collares, quien refunfuñando se bajó de la micro mientras lanzaba un rosario de amenazas. Bah, uno tiene que defender lo que cree justo, se dijo, sorprendiéndose un poco de pensar así.

Quizás con un poquito de temor al decidirse a hablar de esos temas, más bien de defenderlos en público. Y con un relajamiento de felino orgullo, entornó los ojos pensando en Carlos, y lo vio sonreír alabando la proeza de su gesto.

La micro rengueaba por un Santiago marchito, los pasajeros subían y bajaban renovándose el cargamento humano del vehículo. Faltaba tanto para llegar al barrio alto, era una hora pegada que tenía que viajar cruzando la ciudad. El paisaje cambiaba llegando al centro, diversos negocios coloreaban la vereda con sus carteles comerciales ofreciendo mil chucherías de importación, un carnaval de monos de peluche y utensilios plásticos que había quebrado la precaria industria nacional. Mucha oferta, mucho de todo, hipnosis colectiva de un mercado expuesto para su contemplación, porque muy poca gente compraba, eran contados los que salían de las tiendas cargando un paquete doblemente pesado por la angustia del crédito a plazo. El resto miraba, vitrineaba con las manos en los bolsillos tocándose las monedas para la micro. Pero venía septiembre, y a pesar de todo, las vitrinas ostentaban cuelgas de banderitas y símbolos patrios que uniformaban con su tricolor el urbano semblante. Cabeceando en el vidrio, la Loca del Frente se dejó consumir por el alboroto de la tarde. Y no supo en qué momento cerró los ojos y al abrirlos por un violento frenazo, ya estaba llegando a esos prados

de felpa verde, a esas calles amplias y limpias donde las mansiones y edificios en altura narraban otro país. Y era tan poca la gente que se veía en sus calles desiertas, apenas algunas empleadas paseando niños, algún jardinero recortando las enredaderas que colgaban de los balcones, más una que otra anciana de pelo azulado tomando el fresco en los regios jardines. Frunciendo los ojos, la Loca del Frente leyó los nombres de las calles que pasaban fugaces: Los Lirios, Las Amapolas, Los Crisantemos, Las Violetas. Me para en Las Petunias, le dijo al chofer, que le dio una mirada sarcástica mientras hundía el freno. Una alta reja de contención cerraba la calle, y en un costado, en una caseta de vigilancia un milico con traje de camuflaje le cerró el paso apuntando con una metralleta. Dónde va, le gritó mirando el paquete que la loca apretaba en sus manos. Vengo a dejar un trabajo donde la señora Catita que vive aquí al lado, es la señora del general Ortúzar que me está esperando. Llame y pregunte. Espérese aquí, le contestó el hombre armado mientras entraba a la cabina para hablar por teléfono. Cuando volvió, tenía otra expresión más cordial. Adelante, puede pasar, le sugirió abriéndole el portón de acero. Muy amable, joven, le cantó ella mientras se fijaba en las manos oscuras y potentes que apretaban el arma. Está bueno el conscripto, pensó, y por esos dedos largos debe tener un guanaco que me duele solo de imaginarlo.

Al tocar el timbre de la enorme casona una voz le gritó: Pase, está abierto. Era la empleada de doña Catita, la gorda y simpática sirvienta que desde el jardín lo invitaba a pasar por la puerta de la cocina. La señora está ocupada con unas amigas, dice que pase y la espere un ratito. ¿Quiere tomarse un tecito o una bebida? No se moleste, yo la espero aquí, le contestó a la mujer, que sonriendo lo dejó solo en la enorme cocina, tan reluciente con sus azulejos amarillos, tan brillante en la hilera de copas azules y porcelanas que chispeaban en los estantes. Cómo le gustaría tener una cocina así, tan fresquita con esas cortinas almidonadas que mecía el aire hospitalario de ese lugar. Porque la verdad, con tanta baldosa y esa hilera de cuchillos plateados que colgaban de la pared, esta huevá parece clínica de lujo, se dijo, dando vueltas por el espacioso recinto, que ni siquiera olía a comida. Debe ser porque los ricos comen como pájaros, apenas un petibuché, una cagadita de margarina diet en una cáscara de pan sintético. Era lo único que le habían ofrecido en esa mansión donde chorreaba la plata. Ahí mismo en la cocina, cada vez que venía a dejar un trabajo, después de viajar una hora en micro, cagada de hambre, lo único que le servían era un agua de té y unas migas de pan con un aparataje de cubiertos y sacarinas. Nada más. ¿Será que esta gente nunca ocupa el comedor? Porque deben tener un comedor en esta casa

tan grande, se dijo asomándose por una puerta, que al abrirla, le pegó una bocanada de fieltro húmedo con olor a museo. En la penumbra de la pieza brilló como un lago oscuro, la cubierta negro ébano de una gran mesa de comedor. A tientas palpó en el muro el interruptor, y al pulsarlo, relampagueó en una araña de cristales que lo tuvo un momento encandilado por su fulgor. Pesadas cortinas granate tapiaban el ventanal, y la doble hilera de mullidos sillones tapizados de felpa color musgo, semejaban una cena muerta de comensales fantasmas. ¡Ay, qué tétrico! Parece la mesa de Drácula. Es mucho más larga que la medida que me dio la señora Catita para que le hiciera el mantel. Hay que probarlo no más. En todo caso, con el lino color champaña se va a alegrar un poco este siniestro ataúd. Así, con mucho cuidado, sacó de la bolsa plástica el mantel y lo desplegó como una vela de barco sobre el flamante mesón. Una claridad áurea encendió la sala al tiempo que la loca alisaba los pliegues y repartía por las orillas el bordado jardín de angelitos y pajarillos que revoloteaban en el género. Quién lo iba a pensar, quedó justo, como hecho a la medida, pensó, retirándose hasta un rincón para alabar su obra. Y allí se quedó embobada imaginando la cena de gala que el 11 de septiembre se efectuaría en ese altar. Con su florida imaginación, repartió la vajilla de plata en los puestos de cada general, puso las copas

rojas a la derecha, las azules a la izquierda. No, mejor al revés, dejando la de cristal translúcido al centro, porque habrá muchos brindis, con champaña, vino blanco y también vino tinto para acompañar la carne, porque a los hombres les gusta a medio asar, casi cruda, cosa que al enterrarle el cuchillo la tajada se abra como una herida. Lo podía ver, podía sentir las risas de esos hombres con uniformes llenos de piochas y galones dorados rodeando la mesa. Primero los vio graves y ceremoniosos antes de la cena escuchando los discursos. Y luego, al primer, segundo y tercer trago, los veía desabotonándose el cuello de la guerrera relajados, palmoteándose las espaldas con los salud por la patria, los salud por la guerra, los salud por el 11 de septiembre porque habían matado a tanto marxista. A tantos jóvenes como su inocente Carlos, que entonces debe haber sido un niño cuando ocurrió el golpe militar. En su cabeza de loca enamorada el chocar de las copas se transformó en estruendo de vidrios rotos y licor sangrado que corría por las bocamangas de los alegres generales. El vino rojo salpicaba el mantel, el vino lacre rezumaba en manchas de coágulos donde se ahogaban sus pajaritos, donde inútilmente aleteaban sus querubines como insectos de hilo encharcados en ese espeso festín. Muy de lejos trompeteaba un himno marcial las galas de su música que, altanero, se oía acompasado por las carcajadas de los

generales babeantes mordiendo la carne jugosa, mascando fieros el costillar graso, sanguinolento, que goteaba sus dientes y entintaba sus bigotes bien recortados. Estaban ebrios, eufóricos, no solo de alcohol, más bien de orgullo, de un soberbio orgullo que vomitaban en sus palabrotas de odio. En su ordinaria flatulencia de soltarse el cinturón para engullir las sobras. Para hartarse de ellos mismos en el chupeteo de huesos descarnados y vísceras frescas, maquillando sus labios como payasos macabros. Ese jugo de cadáver pintaba sus bocas, coloreaba sus risas mariconas con el rouge de la sangre que se limpiaban en la carpeta. A sus ojos de loca sentimental, el blanco mantel bordado de amor lo habían convertido en un estropicio de babas y asesinatos. A sus ojos de loca hilandera, el albo lienzo era la sábana violácea de un crimen, la mortaja empapada de patria donde naufragaban sus pájaros y angelitos. El cavernoso gong de un reloj mural la volvió en sí, con una asquerosa náusea en la boca del estómago y el deseo pavoroso de huir de allí, de recoger el mantel de un tirón, doblarlo rápido y salir disparada cruzando la cocina, al jardín, hasta la puerta de la calle. Solo ahí pudo respirar, más bien tragarse un gran sorbo de aire que le diera fuerzas para llegar hasta la reja donde el milico de guardia le preguntó amable: ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? Está pálido. Y ella sin mirarlo, le contestó: No se preocupe,

es un bochorno de la edad, uno ya no está tan joven. Y caminó patuleca por la calle queriendo doblar pronto la esquina para desaparecer de esa mirada impertinente.

Después de varias cuadras, recién pudo preguntarse: ¿Por qué había actuado así? ¿Por qué le bajó ese soponcio de loca que tal vez la había hecho perder a su mejor clienta? A la señora Catita, que se iba a poner furia con él por no haberle entregado el mantel. ¡Bah!, vieja de mierda. ¿Qué se cree que una la va a esperar toda la tarde porque ella está atendiendo a sus amigas milicas? ¿Qué se cree que una es china de ella? Todo porque tiene plata y es la mujer de un general. Uno también tiene su dignidad, y como dice Carlos: Todos los seres humanos somos iguales y merecemos respeto. Y apretando el paquete del mantel bajo el brazo, sintió nuevamente y por segunda vez en ese día una oleada de dignidad que la hacía levantar la cabeza, y mirarlo todo al mismo nivel de sus murciélagos ojos.

Por eso fue
que me viste tan tranquila
caminar serenamente
bajo un cielo más que azul.

Estaba a media tarde, no había hecho nada de lo que pensaba hacer. Tal vez algún día iba a necesitar los trabajos de esa vieja y no debió

dejarse llevar por ese impulso. Pero bueno, ya lo había hecho. El sol apareció entre las nubes negando la posibilidad de aguacero, y la ciudad fue víctima de ese resplandor cobrizo que arrastra por las aceras la resaca castaña del invierno. Pensó tomar la primera micro y volver rápido a la casa, pero aún era tan temprano y hacía tanto que no se dejaba llevar por el tráfago incierto de un impulso. Eran muchos días que la obsesión de ese muñeco llamado Carlos la tenía encerrada esperando sus sorpresivas visitas. Pensándolo, imaginándolo tan suyo, que la calle había perdido atractivo para su loca patinadora y transeúnte. Y ya no le interesaba tanto como ayer, cuando solía pillarla el aclarado del alba buscando un hombre en los zaguanes de la noche. El amor la había transformado en una Penélope doméstica. Pero nunca tanto, se contradijo, mirando achinada la numeración de las micros que patinaban el asfalto. Apoquindo, Providencia, Alameda, Recoleta, aquí me voy, se decidió de un salto, recordando a las chiquillas de Recoleta, sus primas marilauchas a quienes las tenía en el olvido y hacía varias semanas no sabía nada de ellas. La ciudad, zumbando en la película de la ventanilla, le pareció más cálida al descender del barrio alto como en un tobogán de acarreo humano por el laberinto de avenidas. De nuevo a la Alameda con sus edificios grises ahumados de esmog, de nuevo el centro y su hormigueo acelerado de

gente, y otra vez Mapocho en su humareda de pescado frito y vendedores de fruta en mangas de camisa, agarrándose el bulto en relajado comercio de tornasoleada vitalidad. Pese a todo era su Santiago, su ciudad, su gente debatiéndose entre la sobrevivencia aporreada de la dictadura y las serpentinas tricolores flotando en el aire de septiembre.

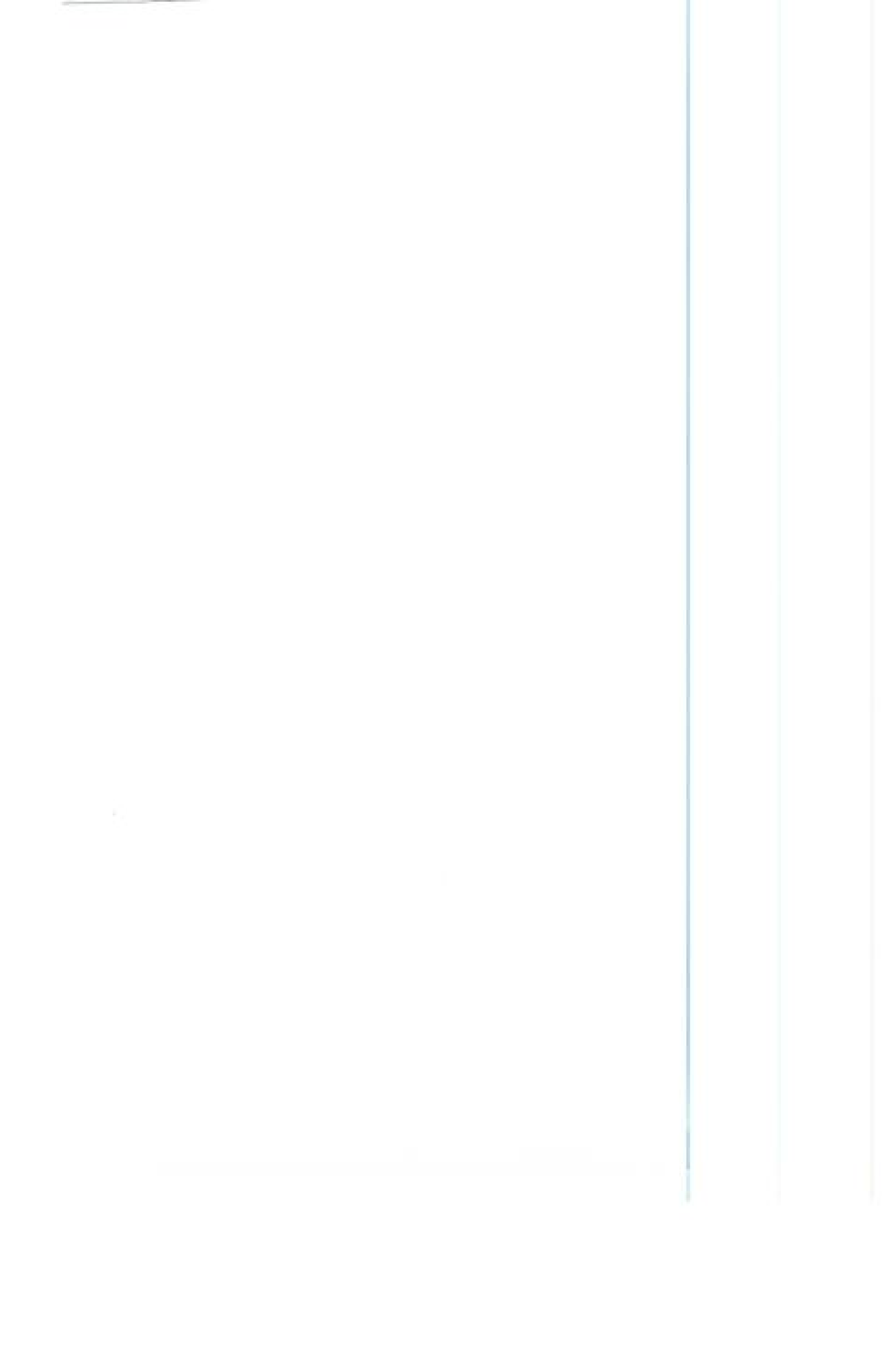
¿CÓMO SE ME VE este Chapó Nina Ricci? Augusto, me lo mandó Gonzalo de las Canarias, ¿viste que este chiquillo es cariñoso? Imagínate que entre todos sus trámites en ese encuentro de estilistas donde fue invitado, se acordó de mí. Porque yo se lo encargué amarillo oro como se usan allá. Le dije: Gonza, si ves un sombrero de ala ancha parecido al que usa la princesa Margarita en esa revista, mándamelo, valga lo que valga, que Augusto aquí en Chile te dará la plata. ¿Y viste que no se olvidó?, ¿viste que es buena persona? Y no pongas esa cara de amarrete pensando que costó un dineral, apenas quinientos dólares, una ganga, una baratura comparado con la fortuna que tú gastas en los fierros mohosos de tu colección de armas. Y yo no te digo nada, nunca te he dicho que esas chatarras me ensucian el papel mural. Nunca te recriminé por esa pistola de Hitler que tú querías comprar en Madrid cuando fuimos al funeral de Franco. Imagínate pagar treinta mil dólares por un cachureo así. Además, ni siquiera tenías la seguridad de que era auténtica. Y si

no fuera porque yo te di el pellizcón en el brazo, si no fuera porque yo me di cuenta que esos falsificadores tenían un canasto de pistolas debajo del mesón, tú caes redondo como gringo tonto con esos españoles ladrones. Yo creo que te vieron la cara de chileno o te reconocieron por las fotos de los diarios. Porque nunca vi tanto fotógrafo y tanta gente verdaderamente aristócrata como en el entierro del general Franco. Nunca, pues, Augusto. Jamás tuvimos la oportunidad de codearnos con la realeza. Porque no me vas a decir que tus amigotes generales del Club Militar son gente fina, menos sus mujeres que se visten como empleadas domésticas en día domingo. Con esos trajecitos dos piezas de liquidación de Falabella, o esas batitas floreadas sin gracia como sacadas de la Pérgola de las Flores. No me digas que no te has dado cuenta cómo se visten, cómo me miran, cómo me saludan haciéndome la pata, cómo tocan las telas de mis trajes diciendo: Qué elegante es usted, señora Lucy, qué bien le queda esta seda tan exquisita. Cuando yo sé que en el fondo se las come la envidia. Y no me mires así, como diciendo que soy una vieja peladora. Por algo te casaste conmigo. ¿No? Porque de jovencita mi madre me educó con clase y me enseñó los secretos del buen vestir. En ese momento sonó el teléfono en la otra habitación y la Primera Dama cacareando salió del dormitorio para atenderlo. El Dictador de gafas oscuras

estaba tirado en el lecho como un elefante somnoliento, escuchando entre nubes la verborrea hostigosa de su mujer. Por detrás la vio caminar chancleteando en los tacones amarillos, y la recordó de diecisiete años como la liceana campestre que él conoció en la sencillez de la provincia. Y era otra mujer, una chiquilla recatada que recién había salido del colegio de monjas y asistía a su primera fiesta en el Club Militar. Entonces se veía tan bonita con su vestidito de encaje en flor. Parecía una huasita tímida sentada en un rincón cuando él la sacó a bailar. Y ella lo miró hacia arriba con su cara de codorniz y le dijo: Pero esto no se baila, sargento, sería una ofensa al Ejército bailar una marcha militar. Entonces la conversamos, le contestó él sentándose a su lado. Y ahí comenzó todo, allí se habían conocido, enamorado y casado con la promesa de tener muchos hijos y ser felices para siempre. Más bien, aguantarla para siempre, soportar estoico su victrola parlotera que en la otra habitación, para variar, hablaba por teléfono, terminaba de hablar y seguía hablando al regresar al dormitorio. Era la Cata, oye, la mujer del general Ortúzar, que nos invita a cenar para el 11 de septiembre. Yo le dije que no estaba segura, que después le confirmaba porque ese día tenemos tantos compromisos. Tan regia que es la Catita Ortúzar, oye, tan fina contándome que mandó a bordar un mantel especial para la ocasión, pero estaba

tan deprimida porque tuvo un problema y no va a estar listo para el 11. Yo le dije que haríamos lo imposible para estar allá, pero si se nos presentaba un imprevisto, le daba mis excusas de antemano a ella y a todas las señoras de los generales que son unas verdaderas damas. ¿No es cierto, Augusto? Pero el Dictador no le contestó, tras los vidrios negros de sus gafas dormía profundamente soñándose en un gran entierro. Con su traje de gala, cruzado por la banda presidencial, marchaba lento siguiendo el tranco de la carroza mortuoria, que cascabeleaba tirada por cuatro pares de caballos. Dos mil tambores tocaban a duelo el redoble acompasado de la marcha. En las calles vacías, mandadas a desalojar por su drástico mandato, colgaban gigantescos crespones de seda enlutada mecidos lánguidamente por la brisa. En cada esquina de la ciudad, batallones formados en ele descargaban salvas de adiós a su lúgubre paso. Y rasgando el vapor grisáceo de la pólvora, una llovizna de lirios grises amortiguaba el peso metálico del cortejo. Era el único color expresamente elegido por escrito de su puño y letra en el testamento. Porque era su funeral, ahora que lo pensaba se daba cuenta viéndose tan solo como único protagonista en mitad del rito, marchando tan náufrago y abandonado por las avenidas desiertas acompañando sus despojos. Y quiso despertarse, abrir los ojos a la cálida mañana de su alcoba donde minutos

antes retozaba como Nerón en su lecho, donde la charla de papagayo que gorgoreaba su mujer mirándose en el tocador se oía tan lejos, apenas un murmullo agudo que lo ataba al mundo y le confirmaba que todo era un sueño. Más bien una terrible pesadilla, obligándolo a caminar pisando las flores muertas de sus exequias. Andar y andar por el cemento reblandecido de la ciudad, hundiéndose hasta la rodilla en un mar de alquitrán, de cuerpos, huesos y manos descarnadas que lo tironeaban desde el fondo hasta sumergirlo en la espesa melcocha. Ese barro ensangrentado le taponeaba las narices, lo engullía en una sopa espesa avinagrándole la boca, asfixiándolo en la inhalación sorda del pavor y la violenta taquicardia que le mordía el pecho, que lo hizo bramar con desespero el aullido de su abrupto despertar, sudado entero, temblando como una hoja, con los ojos abiertos a la cara de su mujer que lo remecía diciéndole: ¿Qué te pasa, hombre? Otra vez te quedaste dormido con las manos cruzadas en el pecho.



Pocas veces salía a la calle a vitrinear, como decían sus amigas que vivían al otro extremo de la ciudad. La Lupe, la Fabiola y la Rana, sus únicas hermanas colas que arrendaban un caserón por Recoleta, cerca del Cementerio General, en ese barrio polvoriento lleno de conventillos, pasajes y esquinas con botillerías donde hacían nata los hombres, los jóvenes pobladores que pasaban todo el día borrachos avinagrándose al sol. Así de ebrios, y sin un peso, era fácil para sus amigas arrastrarlos hasta el caserón, y luego adentro, rebalsarlos de vino tinto y terminar las tres a poto pelado compartiendo las caricias babosas del caliente hombrón. No sabes lo que te pierdes, linda, por no venir más seguido, le enrostraba la Lupe, la más joven del trío, una negra treintona y chicha fresca, la única a la que todavía le daba para hacer show y vestirse como la Carmen Miranda con una minifalda de plátanos que zangoloteaba en la cara de los rotos curados para despertarlos. La Lupe hacía de anzuelo, levantaba hombres tirados en la vereda, hombres vagabundos expulsados de su

hogar, hombres cesantes que vagaban en la noche ocultándose de las patrullas, hombres del Sur que llegaban a la capital con lo puesto, y después de caminar semanas enteras buscando pega y durmiendo en las plazas, se encontraban con la Lupe, y sin pensarlo se encaminaban con ella por Recoleta hasta la casa donde aguardaban tejiendo la Fabiola y la Rana, las dos viejas colizas jubiladas del patín. En esa casa siempre había algún hombre dispuesto a deshollinar algún orto desconocido. Esta casa será pobre, será fea y humilde, porque no tiene los cortinajes y cojines de raso que tiene la tuya, tampoco nos visitan amigos universitarios para leernos poemas de amor, le decía sarcástica la Rana, pero gracias a Dios, todas dormimos tranquilas, ninguna toma Diazepam, porque cada noche no nos falta el pichulazo para soñar con los angelitos. Y remataba el chiste con una violenta risotada.

Eran sus amigas, las únicas que tenía, y les aguantaba sus chistes y conchazos porque en esa relación de primas comadrejas, los años habían engendrado cariño. Incluso antes de encontrar su casa, cuando ella era una callejera perdida, la única que le había dado alojamiento y un plato de comida era la Rana, una veterana cola de noventa kilos que la acogió como una madre, aconsejándola que no se dejara morir, que la cortara con el trago, que olvidara al curagüilla que la hundió en el vicio, que

hombres había muchos, sobre todo ahora con la cesantía y los milicos. Tira pa'rriba, niña, que aún estái joven, la encaraba la Rana, obligándola a bañarse, prestándole ropa limpia, mientras quemaba con asco los trapos que hervían de piojos achicharrados por el fuego. Después la Rana le dio trabajo. Porque no va a estar de princesa la linda aquí, pue. Así que toma esta sábana, esta aguja y saca hilo de color para que aprendas a bordar. Pero yo apenas sé escribir pos, niña, no creo que aprenda. Es parecido, fíjate bien, la puntada debe ser bien fina y seguir la línea del dibujo. Todo se aprende en la vida mirando, chiquilla, igual que la cochiná, que la aprendiste solita. ¿No es cierto?

Así, la vieja Rana le había dado las armas para ganarse la vida bordando servilletas, manteles y sábanas con punto cruz, con bolillo, con deshilado y naveta que aprendió a manejar como una experta en poco tiempo. Y la vida le fue cambiando al recibir partidas de trabajos caros para tiendas pitucas y familias aristócratas que aún conservan la costumbre de la lencería hecha a mano. Y por eso se tuvo que ir de esa casa, porque superó a la Rana en sus diseños más novedosos, en su puntada pioja, meticulosa y delicada que coloreaba de oros los capullos de su sedoso bordar. Y luego, las antiguas clientas de la Rana le encargaban a ella los trabajos, pidiéndole hechuras exclusivas, porque la maestra ya estaba medio ciega y hacía todo al lote.

Cría cuervos, le dijo con sorna la Rana una tarde que ella venía llegando cargada de paquetes y encargos de trabajo. ¿Qué cosa?, se atrevió a preguntar la Loca del Frente, mientras desempaquetaba cajas de hilos, creas y lienzos, mostrándoselos a la Fabiola, que disimulada, presintiendo la tormenta, salió de la pieza como celaje. La Rana se había parado como una tinaja agresiva con los puños en las caderas. Me cagaste haciéndote la mosquita muerta, maricón culiao. Te recogí, te di de comer, te limpié la mierda, te enseñé todo lo que sabía y me pagái así, conchetumadre. Nadie te obligó, le contestó en un susurro el coliza, al tiempo que la Rana se le vino encima en una tonelada de puñetazos y patadas que la tiraron al suelo rodando enredada entre las telas que no la dejaban ver, que le impedían pararse, que la enrollaban sin poder defenderse de ese elefante furioso que la agarró del pelo, porque entonces tenía pelo, y a punta de chuleta en el hocico la sacó por la puerta hasta la calle. Y allí, después de aforrarle dos combos de yapa, la escupió, diciéndole: Te fuiste de aquí, y agradece que no te mato, maricón con olor a caca.

Pero eso había pasado hacía tanto tiempo, largos meses solos en que no volvió a ver a sus amigas. Y tal vez porque los colas no son rencorosos, o porque de tanto recibir golpes, unos pocos más son como olas en el mar, un día la perdonó, una mañana haciéndose la amorosa

llegó con una docena de pasteles para limar los rencores del reencuentro. Y a vos quién te invitó, le gruñó la Rana al verla, parada en la puerta con la bandeja en la mano. Pasaba por aquí cerca y me acordé que a ti te gustan los pasteles de crema, murmuró mirando al suelo como una niña tímida. La Rana se mordió el labio y permitió que a su corazón de toro lo doblegara la lástima, más bien cierta ternura que le empañó los ojos anfibios y volvió a mirar a la Loca del Frente, tan enclenque, tan entumida en el marco de la puerta estirándole el paquete de pasteles revenidos por la crema. Pasa, pos, que hace frío. Qué viento te trajo por aquí, y la invitó a pasar retomando su altivez irónica de Rana-Reina.

Después de aquello volvió una y otra vez a la mansión de las tres princesas, como dijo la Lupe, al recibirla en el porche, matando las cucarachas que hormigueaban a sus pies. ¿Cómo está la enamorada?, le preguntó mientras recogía con un trapo mugriento las pozas de vino que había dejado en la mesa la noche anterior. ¿Y cómo está ese guapo? ¿Carlos se llama?, insistía la loca tratando de hacerla hablar, que una vez más le contara la tarde del picnic, cuando Carlos manejaba el auto a su lado rozándole con su pierna la rodilla. Ahí tendrías que haber atinado, la recriminó. Esa fue la oportunidad de haberle corrido mano, niña, si te la estaba dando en bandeja. ¿No iban solos? ¿No era de noche?

¿No le has hecho tantos favores prestándole tu casa para que guarde bultos? De alguna manera tendrá que pagarte. ¿No crees? En algún punto se arrepintió de haberle contado, porque la Lupe era una loca tonta que no entendía nada. ¿Qué podía saber del amor esa marica estúpida que solo pensaba en ir a la disco gay? Para cambiarle el tema le preguntó: ¿No están las chiquillas? Por suerte, dijo la Lupe suspirando mientras se echaba en un destartalado sillón. La Rana fue a entregar un trabajo y la otra, tú sabís poh, mariconeando andará. Pero siéntate, niña. ¿Querís un tecito? Mientras la Lupe iba a poner la tetera, recorrió con su mirada las murallas cuarteadas de la habitación, los calendarios y recortes de hombres musculosos que tapaban las grietas, el algodón cimbreante de una tela por donde una araña se descolgaba con desfachatez. ¿Aquí no hay ninguna Cenicienta que limpie este chiquero?, le gritó a la Lupe que en la cocina campaneaba las cucharas y tazas. Teníamos una china mugrienta y malagradecida que hace tiempo se fue, le contestó la otra tirándole el conchazo al tiempo que entraba tiritona con las tacitas en la mano. Habrá sido una princesa con clase que no soportó la mugre, musitó la Loca del Frente, estirando el cuello con un desprecio de avispa real. Ni tanto, era una rota que aprendió a bordar manteles y ahora se cree culta porque tiene un lacho universitario. ¿Carlos creo que se llama?

Y las dos soltaron la risa mientras soplaban enfriando las humeantes tazas de té.

Cuando se despidió de la Lupe aún había luz en el cielo, pero espesos nubarrones venían subiendo tras la cordillera adelantando la noche. Bajo el brazo apretó la bolsa plástica con el mantel como si fuera su ajuar de novia. Había hecho bien al no entregárselo a la señora Catita y salir huyendo de allí. Seguro que no lo llamaban nunca más, seguro que había perdido su mejor clienta y sobre todo ya no contaba con la plata que le iba a pagar por su trabajo. Se había hecho algunas ilusiones con esos billetes; para pagar el arriendo, comprarse una pilcha de ropa, pero sobre todo darle una sorpresa a Carlos para su cumpleaños. Y faltaban solo unos días. Pero tenía otras clientas a quienes pedirle un adelanto por los juegos de sábanas y fundas que estaba bordando. En fin, de alguna forma se las arreglaría. Dios sabe más y averigua menos, se repitió respirando hondo, como si quisiera tragarse el cielo de arreboles morados que reflejaban los vidrios de la micro en su retorno a casa. El vehículo comenzó a llenarse a medida que cruzaba la ciudad acercándose al centro. Era la hora de salida de los oficinistas y obreros privilegiados que tenían trabajo. Ella venía sentada a la orilla del pasillo, donde los hombres sudados de cansancio le refregaban el bulto al pasar a su lado. Entonces ella se quedaba quieta y sin respirar sentía el latido de ese

animal posado en su hombro, era solo un minuto de éxtasis roto por el vozarrón del chofer ordenando que los pasajeros se corrieran para el fondo. Pero el joven obrero que se paró junto a ella ni se movió, es más, cuando la hilera apretada de gente pasaba a su espalda, le apretaba su entrepierna apegándosela al brazo. Y en el amasado de cuerpos que se bamboleaban con las frenadas de la micro, la Loca del Frente sintió cómo ese fofo reptil se iba tensando en la contorsión de un enjaulado resorte. Lo sintió crecer nerviudo como una pitón enroscada en su antebrazo. Y no se atrevía a levantar la cabeza para ver al responsable de ese masturbado roce, que ya con todo descaro movía las caderas re caliente, disimulando las punteadas con el vaivén de la micro. Estaba a punto, lo sentía latir encima suyo aplastándole el costado, tiritando en los estertores de la eyaculada venidera. ¿Me da permiso, por favor?, se atrevió a decirle al muchacho, que desconcertado la dejó pasar sintiendo el agarrón desesperado que la Loca del Frente le dejó como despedida. A nadie le falta Dios, pensó mientras bajaba de la micro entre codazos y apretones de la gente. ¡Qué día!, me pasó de todo, murmuró chancleteando la vereda del barrio donde la cabrería correteaba jilguereando los ramalazos del anochecer. Una pelota vino rodando hasta sus pies, un par de niños corría detrás para alcanzarla. Ella se detuvo inmóvil, evocando su

niñez y el terror que siempre le provocó ese brutal juego del fútbol. Y enfrente, los dos niños también frenaron la carrera aguardando su reacción. Los dos pequeñuelos, con los ojos muy abiertos, esperaban que ella les tirara la pelota. Qué más da, pensó, no se me va a caer la corona por un pelotazo, y le dio un chute al balón, que voló girando sobre las cabezas de los chicos. Algún miedo del pasado se trizó con el gesto, y más relajada se dejó aplaudir por los chiquillos que herían el crepúsculo con el cascabel de sus risas. Son niños, solamente niños, se repitió mientras abría la puerta de la casa completamente oscura, a no ser por el hilo de luz que se filtraba desde el altillo. Tengo que comprar muchos globos y serpentinas y dulces y cornetas para que los cabros metan harta bulla, pensó emocionada imaginando la cara que pondría Carlos con esa sorpresa. ¿Y quién le haría la torta?

¿Hay alguien por aquí?, preguntó con la voz enlozada gritando cotorra al segundo piso donde una claridad de luz tísica reptaba bajo la puerta. Pero nadie le respondió, ni siquiera su propio eco cuando arrastrando a la cola vieja escalera arriba, hizo sonar los tacos imaginarios escandalera y deliciosa. Alo-o, volvió a preguntar, exhalando la fatiga al llegar a la planta alta. Pero Carlos no estaba, ni luces de él, solamente un revoltijo de cojines aplastados, donde al parecer el muchacho había dormido toda la

tarde. Flojo de mierda, ni siquiera fue capaz de ordenar este despelote. ¿Y si yo no estuviera?, esto sería un chiquero inmundo, rezongó tomando la almohada aún tibia que sostuvo su cabeza. Todavía guardaba su olor, y la huella de su cara estaba fresca en el raso húmedo que besó su boca. Tal cercanía le trajo una oleada de ternura, un hilo eléctrico que la recorrió entera con su escalofrío sensual y peligroso.

Tu aliento fatal
fuego lento
que quema mis ansias
y mi corazón.

El recuerdo de esa canción de Sandro la movió a encender la radio, para reemplazar su ausencia con baladas románticas, para llenar de rosas y suspiros el vacío de su cuerpo amoldado en los cojines. Ay, no sé, para que la radio me lo cante en el silencio de mausoleo que tiene esta casa sin él. Pero por más que rodó la perilla buscando su bálsamo cancionero, todas las emisoras discurseaban la misma voz del Dictador hablando por cadena nacional. ¡Qué horror!, como si no hablara nunca este vejestorio gritón. Como si no se supiera que es el único que manda en este país de mierda, donde uno ni siquiera puede comprarse un tocadiscos para escuchar lo que quiere. Y pensándolo bien, eso es lo que iba a necesitar para el cumpleaños de

Carlos, un tocadiscos, como el que tiene la Rana guardado debajo del catre para que no se lo roben los rotos. No creo que la Ranita se cague por prestármelo. Ella sabe que soy delicada, sabe que se lo voy a cuidar porque conozco su significado; ella me contó que es la única reliquia que conserva de ese prostíbulo que regentó allá en el Norte. Cuando era doña Rana y el alcalde en persona la venía a saludar para el dieciocho. Era la única casa de putas que tenía tocadiscos, niña, por eso venía el alcalde, y cuando estaba bien curado me sacaba a bailar un chachachá, le contaba la Rana en esas tardes lluviosas cuando la vieja la recogió de la calle y le enseñó el arte de bordar. A mí me gustaba este disco que cantaba mi mamá cuando yo era chica, decía la Ranita, enchufando el aparato, abriendo un abanico de long plays en una nube de polvo. Aquí está, es la Sarita Montiel. Mira, escucha. Entonces la Rana entornaba sus ojos capotudos y se dejaba envolver por el chasquido rezongón de la aguja tintineando en el aire los violines y la comparsa angélica de esa evocación. Algo en la Loca del Frente se fragilizaba en su alma de perra triste, algo incierto la dejaba como un estambre de tulipán sobrecogida de emoción viendo a la Rana flotar en el alarde maridiuca de esa voz, musitando en silencio la letra cristalina que entonaba esa cantante. Qué linda era esa música. Cómo anhelaba de nuevo compartir con su amiga Rana esos lejanos días. Pero algo

se quebró para siempre después de la pelea, y luego que la Rana la sacó a punta de patadas de esa casa. Y aunque ahora el tiempo había borrado los rencores, entre ella y la Rana igual se levantó un muro de contención. Por eso, creo que no me va a prestar ese disco que no está en casete. Aunque me gustaría tanto que Carlos lo escuchara. Pero no importa, con el tocadiscos me basta, y los discos los puedo buscar en el mercado persa, que está lleno de long plays viejos, y es posible que hasta encuentre el cumpleaños feliz.

Cuando escuchó el trote en la escalera, reconoció sus pasos de atleta que subían de dos en dos. Tres días que no aparecía el desgraciado, tres mañanas, tardes y noches que la tuvo pensando lo peor, tomando gotas de homeopatía para calmar el tambor tronante de su pecho. Ni lo miraría, permaneciendo indiferente mirando por la ventana, cuando Carlos entró precipitado, saludándola a la rápida sin ni siquiera darse cuenta de su teatral apatía. Vengo de pasada, le dijo. Tengo que llevarme dos cajas de estas porque necesito con urgencia estos libros. Así es que discúlpame, porque te voy a dejar sin mesa de centro. Y sin esperar respuesta, Carlos recogió la maceta de flores plásticas, las caracolas, los ceniceros y la carpeta de broderí que cubría los cajones. No te puedes esperar un poco, tienes que ser tan cruel, le recitó ella calmada sin darse vuelta, con la vista

perdida en el mar plateado de los techos. Carlos detuvo el gesto de arrastrar las cajas hasta la puerta, y acercándose a su espalda le puso una mano en el hombro que ella retiró con frialdad. No me toques, no quiero que me trates como si consolaras a una puta vieja. No fue mi intención, dijo Carlos confundido. ¿Qué te pasa ahora?, ¿qué te pareció mal? No puedo venir todos los días, porque tengo que estudiar y hay cosas tan importantes... tan importantes... que si tú las supieras... No me importa, no quiero saber nada. Nunca te he preguntado nada. Pero entonces, por qué te pones así porque me llevo estas cajas. No es eso, son tuyas y al fin tenían que irse, como algún día tú también te irás. Esto es el comienzo de algún final, dijo ella, como si le hablara a la acuarela nublada de la ciudad, a ese cielo triste que el atardecer marchitaba de colores. Ahora Carlos se había sentado confuso, y una curva de preocupación alteraba el trazo terso de sus lindas cejas. Lo había conseguido con su diálogo de comedia antigua, había logrado conmover al chiquillo, hacerlo entrar en la escena barata que representaba su loca fatal. Lentamente fue girando sus hombros hasta quedar frente a él, mirándolo con una llamarada de selva oscura. Nunca te importé ni un poquito, le susurró mordiéndose el labio. Nunca, se repitió teatrera, tragándose el nunca en un sollozo ahogado. Lo único que te importó era que te guardara estas

cajas de mierda. Tú sabes que no es solo eso, le contestó Carlos improvisando una explicación. ¿Y qué más?, ella lo increpó desafiante. Bueno, en todo este tiempo te he tomado cariño. Hemos compartido tantas cosas, tu música, hasta me he aprendido de memoria algunas canciones. ¿Quieres que te cante alguna para que se te pase la mala onda? Pero si yo nunca te he escuchado cantar, gorgoreó la Loca del Frente, dejándose atrapar en el juego. ¿Ah, no?, es que tú no sabes que soy un gran cantante, respondió Carlos parándose hidalgo con una mano en el pecho, y carraspeando, la dejó oír el bolero desafinado de sus notas.

No hay bella melodía en que no surjas tú
ni yo quiero escucharla si no la escuchas tú,
es que te has convertido en parte de mi alma,
ya nada me consuela si no estás tú también.

En ese momento la voz de Carlos se quebró en un gallo lírico que lo hizo toser y toser, llenándosele los ojos de lágrimas por el ahogo y la risa que soltaron juntos sin poder parar, sin poder reprimir esa relajada alegría, esa contorsión de las carcajadas que les apretaba el estómago con los ojos anegados de lágrimas riéndose a más no poder, unidos por el chiste de Carlos, que se le vino encima abrazándola en un palmoteo de caricias amistosas y cosquillas en las axilas que la revolcaban de risa en sus brazos,

que la hacían querer huir, desprenderse de él. Ya, está bueno. No sigas, güevón, que me muero.

¿Molesto? La voz de la mujer en la puerta los separó de un plumazo. Carlos se puso como un tomate y con nerviosa seriedad retrocedió unos pasos intentando decir algo. Hace media hora que te estamos esperando, lindo, en el auto. ¿No tienes respeto por el tiempo de los demás? La interrupción fue un aletazo extraño que escarchó de gravedad el ambiente. ¿Cuáles son las cajas?, para pedirle a alguien que las baje ya que tú estás tan ocupado, dijo la mujer con sorna mirando el decorado estrafalario de la casa. No se trata de eso, señorita, saltó la loca, él ya se iba, yo fui quien lo entretuve conversando. Ustedes no se conocen, interrumpió Carlos tratando de relajar la tensión. Ella es Laura, compañera de universidad, y él es el dueño de casa. Así es pues, linda, le enrostró la loca con un gitaneo de manos, y como usted que es universitaria debiera saber, para entrar a una casa siempre se pide permiso, y eso también es respetar el espacio de los demás. Y sin más trámite salió de la pieza, morada de indignación, al tiempo que Carlos iba tras de ella pidiéndole que disculpara a su amiga. Porque es muy joven, porque no te conoce, porque hacía rato que estaba esperándome. No te enojes otra vez, y trata de entender que después te explico. Y se había ido dejándola enferma de rabia, tirándole el famoso después te explico. Como si ella no se hubiera dado

cuenta que esa mujer era su novia, su amante, o qué sé yo. Qué patudez venirse a meter a mi propia casa con esa mina facha de puta. Con esa minifalda apretada y esos globos de tetas que se le arrancaban por el escotazo, y ese largo pelo sedoso que se alisaba sacándole pica a sus tres mechas de vieja calva. Mire que compañera de universidad, las chiquillas estudiantes no son así... tan... provocativas... tan... lindas... musitó en un hilo de voz, mirándose al espejo del baño, que le devolvía su triste máscara de luna añeja. Un aureolado azogue moho bordeaba su reflejo cuarentón en el cristal, y la resaca de los años se había aposentado en charcas acuosas bajo los ojos. La nariz, nunca respingada, pero alguna vez recta, había sucumbido a la gravedad carnosa de la vejez. Pero la boca que antaño abultaba con rouge mora su beso travesti, todavía era capaz de atraer un mamón con el mimo labial de su humedad perlescente. Nunca fue bella, ni siquiera atractiva, lo supo de siempre. Pero la conjunción maricoipa de sus rasgos morochos había conformado un andamio sombrío para sostener un brillo intenso en el misterio de sus ojos. Con eso me basta, se conformó altanera entornando los párpados con un aleteo de pestañas mochas.

LA MAÑANA DE ESE DÍA cortaba los espacios de la casa con biombos de luz dorada que repartían los ambientes en acuarios translúcidos, con estético diseño. La Loca del Frente amononaba los cojines y alineó una serie de cajas en el centro de la habitación como una larga mesa que fue cubriendo con el mantel de los pájaros y angelitos. Porque no creo que en Cuba, como dice Carlos, usen manteles tan finos en esos cumpleaños de tantos cabros chicos. A lo más, manteles de plástico por si los niños derraman el chocolate. Pero allá hace tanto calor y esa gente es tan pobre, que a lo mejor les dan puro jugo. Y a propósito, el chocolate, gritó corriendo a la cocina donde en una gran olla gorgoreaba el espeso líquido, a punto de rebalsar su ebullición. Por suerte me acordé, respiró en un suspiro de alivio... apagando el gas, y con una cuchara de palo probó el humeante brebaje que despedía fragancias de canela, clavos de olor y ralladura de limón. Rico, rico, como le dijo el culo al pico. Está de chuparse los bigotes, y espero que me alcance para todos los chiquillos

de la cuadra que se me ocurrió invitar. Porque de seguro vendrán todos, como les dije a las mamás que no tenían que traer regalo. ¿Y puede ir la Carolina Jeannete? ¿Y puedo mandar al Pablito Felipe?, que nunca ha ido a un cumpleaños. ¿Y no va a invitar a la Cecilia Paulina que es tranquilita? Yo me ofrezco para cuidarla, le decían las viejas. No, de ninguna manera, dijo cortante. Solo niños, nada más que niños pueden ir a la fiesta. Y en realidad había mentido, porque ella de niña no tenía nada, y Carlos... a veces se portaba como un crío regalón, cuando le ponía esas caritas de pollito mañoso. Un segundo de asma melancólica la atrapó mirando la mesa del cumpleaños, solo una tajada de tiempo que ella deshizo con su apurado trajinar. Tenía que poner los globos, todos en colores malva, azul real, amarillo patito y rojo pasión, sobre todo rojo como creo que le gustará a Carlos, supongo, por eso vamos inflando hasta quedar mareada de tanto soplar, de tanto amarrar, hasta formar inmensos racimos que colgó desde el techo. Agregándole anchas cintas de papel que remataban en rosetones multicolores pegados a la pared. Nada de challas ni esas serpentinas ordinarias que dejan todo lleno de basura, y después la única tonta que va a limpiar soy yo. Lo único que me falta es repartir en la mesa los vasitos plásticos, las cornetas y los platitos cumpleañeros y los gorritos en cada puesto. A Carlos le había comprado

una corona de cartón metálico ya que él será el rey de esta tarde, el festejado, el que iba a apagar las velas de la torta. Y hablando de torta, tenía que ir a buscarla donde la señora del almacén, que fue tan amable cuando se ofreció a hacerle una gran torta para todos los niños del barrio sin cobrarle nada. Usted solo me paga los ingredientes y compra las velas. ¿Y cuántas velitas le va a poner? La pregunta la pilló desprevenida, sin saber qué contestar, porque más allá de lo copuchenta que fuera esta vieja, ella no sabía qué edad cumplía Carlos. Veinte, le contestó, porque todos llevamos veinte años en el corazón. Y salió del almacén llevando en sus brazos la inmensa torta de piña decorada como una lujosa catedral. A la salida lo detuvo el choclón de vecinas que se instalaban allí a pelar. ¡Qué linda torta, vecino! Es la más grande que se ha hecho en el barrio. Debe estar exquisita. ¿No quiere que le ayudemos en el cumpleaños? No se preocupen porque ya tengo todo listo. Y después les voy a mandar torta con los niños para que la prueben. Así, se había logrado deshacer de esa manga de viejas patudas, pero que en el fondo eran buenas, eran mujeres sencillas que se iban a encargar de promover la gran fiesta en todo el vecindario.

A las cinco de la tarde, ya tenía todo casi listo. En la puerta, una bulla de chiquillos campaneaba en la vereda donde las mamás los habían formado en una larga fila para mantenerlos en

orden. Pero cuando abrió la puerta se metieron en tropel, por debajo de sus piernas, corriendo desesperados, al tiempo que un solo grito los paró en seco. Un momento, párense allí, que esto no es un potrero. Y el primero que grite o haga desorden se va para la casa. El vozarrón afeminado descolocó a los chicos que se quedaron tiesos esperando órdenes. ¿Tío, podemos subir al segundo piso?, le musitó una pequeña desde su metro de estatura. Así se piden las cosas, mijita, con educación, así van a ir pasando de a uno al comedor, donde vamos a esperar calladitos que llegue el tío Carlos que está de cumpleaños. A ver, Carolina Patricia, tu mamá me dijo que sabes una poesía, ensayémosla para que se la digas al tío. Y tú, Alvarito Andrés, vas a dirigir el coro que le va a cantar cumpleaños feliz al tío Carlos cuando llegue. Ahí no quiero que vuele una mosca, porque es una sorpresa, él no sabe que ustedes están aquí. Por eso tú, Javiera, con el Luchín, que son más grandes, me van a ayudar a prender las velitas. Por el momento, mientras esperamos, se quedan sentaditos para repartirles los gorros y las cornetas. La veintena de pitufos lo miraban corretear alrededor de la mesa, como si fuera una tía parvularia. Más bien, como un personaje asexuado de cuento, que a cada niño iba poniéndole el sombrerito con extrema delicadeza. Tío, el Manuelito me quitó la corneta. Tío, la Javiera se quedó con el gorro de princesa. Tío, la Claudia

le metió el dedo a la torta. Tío, el Samuel me está sacando la lengua. Tío, el Manolo se equivocó y le dijo tía. Las vocecitas iban en aumento, amenazando desbordar el orden conseguido. Basta, les gritó en un aullido maricueca. No pueden estar un minuto tranquilos. El sonido de llaves en la puerta lo dejó quieto escuchando. Y haciendo un shit de silencio absoluto, les hizo una seña a la Javiera y al Luchín para que comenzaran a prender las velas.

De seguro, era Carlos el que llegaba, ya que era el único a quien ella le había entregado llaves de la casa. Ahora reconoció sus trancos largos que trepaban la escalera, y cuando la puerta se abrió, un angélico coral irrumpió con el cumpleaños feliz. Carlos titubeó un momento antes de entrar, quiso echarse para atrás, reírse con su boca de rosado brillo, pero se quedó tan quieto, tan descolocado mirándola venir con la torta incendiada de velas chispeando la fiesta de sus años. ¿Se parece a Cuba?, le sopló ella al oído, casi en secreto. Y la mirada de Carlos se nubló, lo atragantó una pena tan dulce viendo las caritas empañadas de los peques desafinados trinándole cumpleaños, Carlitos, sintiendo que su pecho macho se trizaba con esa estampa borrosa del rostro de la Loca del Frente iluminado por las velas, como una Blancanieves en medio de tantos angelitos. ¿Y estos niños de dónde salieron?, preguntó ahogado por la emoción. Cayeron del cielo, le contestó ella estirándole la

torta para que su soplo potente apagara las llamitas. Antes tienes que pedir un deseo. ¿En voz alta? Como quieras, es tu sueño. Y Carlos cerró los ojos al paisaje ciego de la ilusión, que se fue iluminando con el verde primavero de esa cuesta en el Cajón del Maipo. Y cuando sopló con todas sus fuerzas, una estampida de aplausos encumbró una fumarola de humo sobre el lomaje de los cerros. Ojalá se te cumpla, le confidenció ella atareada sirviendo bebida en los vasitos y galletas en los platitos. Y... el chocolate, Carlos, que se quema en la cocina. Y pásame un cojín que la Paolita no alcanza a la mesa, mientras yo le doy torta a la Moniquita. Y cuidado con el chocolate que está hirviendo, Carlos, no se vayan a quemar. Y tú, Luchín, pásame la corona de rey para que se la ponga el festejado. Así no, que está chueca, yo se la acomodo, yo le doy pastel en la boca a esta criatura, mientras tanto el tío Carlos la toma en brazos. Y Carlos pásame, y Carlos toma, y Carlos lleva, y Carlos que no coman la torta con la mano, y Carlos que no se pasen la mano por el pelo, y Carlos que no se tiren la torta por la cabeza, y Carlos de qué te ríes tú grandote dando el ejemplo chorreado entero. No me abraces con las manos con merengue, no me hagas cosquillas, bruto, que no aguanto, que me resbalo, que me caigo, Carlos, sujétame. Y los dos cayeron juntos en medio de la chuchoca pinganilla que alborotaba la fiesta de los pitufos, rojos de

tanta risa, de tanta torta y golosinas que comieron hasta hartarse, jugando a la gallinita ciega, jugando a la ronda de San Miguel, el que se ríe se va al cuartel. Así, el cumpleaños a la cubana de Carlos fue una agotadora alegría parvularia, que solo se relajó cuando los primeros faroles de la calle comenzaron a prenderse, cuando las mamás, una a una, desfilaron recogiendo a los chiquillos somnolientos de tanto rumoroso vaivén. Hasta que se fueron todos, y cuando la última niñita se despidió con un beso de los tíos, solo entonces la casa bostezó un largo silencio de mamut anochecido. El despelote era tal, que no había un sitio donde el merengue no hubiera dejado su huella pegajosa. No te preocupes, yo te ayudo a limpiar todo esto. Es lo menos que puedo hacer, dijo Carlos tomando una escoba. Deja todo así, y siéntate, aún hay algo más. ¿Otra sorpresa? Otra y privada, contestó la Loca del Frente enchufando el tocadiscos mientras con la otra mano sus dedos meticulosos calzaban la aguja en los surcos del long play.

¡Tengo miedo torero,
tengo miedo que en la tarde
tu risa flote!

Carlos había cerrado los ojos echado sobre unos cojines, dejando que la espuma de esa canción lo adormeciera con ese ajeno placer. Las notas claveteaban el aire con su pentagrama de

vidrios lagrimeros, las notas eran tarareadas por la Loca del Frente, que entró en la habitación con una bandeja en la mano. Sorpresa, es la hora de los mayores. Y con un rápido gesto retiró la servilleta dejando ver una botella de pisco, una bebida y dos relucientes copas. Ahora vamos a brindar como la gente. ¿Cuánto pisco? ¿La mitad de la copa? ¿Así está bueno? Toma, a tu salud. No, a la tuya, por favor. Pero tú estás de cumpleaños. No importa, quiero brindar por haberte conocido y por el mejor cumpleaños que he tenido en mi vida. Ante estas palabras, ella bajó los ojos ruborizada y campaneando los tragos se bebió de un sorbo el espejo burbujeante de la copa. ¿Otra más?, ofreció Carlos alzando la botella. Otro y otro y otro más, como dice la canción. ¿Qué canción? Esa tan conocida de Lucho Barrios del *«mozo, sírvame otra copa que quiero olvidar»*. ¿Y qué quieres olvidar? Todo esto, dijo ella como hablándose a sí misma, mirando con infinita tristeza la basura de globos, cornetas, papeles dorados y comida pisoteada en el suelo. Quiero olvidar esta tarde, repitió ella volviendo a llenar los vasos, olvidar que la vida es tan mezquina y tan pocas veces te da estos ratos de felicidad. Pero no te pongas triste, la trató de consolar Carlos alzando la copa. Déjame estar triste, es la única forma que conozco de estrujar la felicidad, para que después no me pene. Pero no por eso vamos a dejar de tomar, reina, insistió Carlos,

poniéndole la corona al extender sus labios en una sonrisa perlada de licor. Claro que no, príncipe extraño y desconocido. ¿Por qué desconocido? Porque no sé nada de ti, solo sé que te llamas Carlos y hoy estás de cumpleaños. ¿Y qué quieres saber? No todo, porque sé que no me puedes contar todo. Pero al menos regálame un secreto. Algo que nunca le hayas contado a nadie, replicó la Loca del Frente zambulléndose en el vaso. Carlos se puso serio, solo le faltaba persignarse para creerle que estaba frente a una religiosa confesión. Su cabeza era un carrusel de algodón empapado por la embriaguez del pisco. Aun así, tratando de hilvanar recuerdos sumergidos, con voz grave comenzó: No me preguntes fechas ni lugares, pero yo debo haber tenido trece o catorce años, no vivía en Santiago, y en el campo con mis amigos pasábamos las tardes chuteando una pelota de trapo en un potrero. Qué lata es el fútbol, rezongó ella mojándose la boca con un sorbo de trago. No importa, no se trata de eso lo que te voy a contar. Sírveme un poco más, ¿quieres? Te doy la mitad del mío. Te escucho. Éramos una patota de cabros pobres y no teníamos otra entretención. De todos ellos, mi mejor amigo era el vecino porque teníamos la misma edad. Pasábamos todo el día juntos. En el colegio hacíamos las tareas, y después nos íbamos al potrero a cazar lagartijas, buscar huevos de pájaros en los nidos de los árboles. A veces organizábamos

pichangas en el grupo con todo el calor detrás de la pelota. Quedábamos muertos de cansados, transpirados enteros, y con la camisa pegada al cuerpo, apostábamos a quién llegaba primero al tranque donde nos sacábamos la ropa y nos metíamos al agua. ¿Toda la ropa?, preguntó la loca con un hilo de malicia. Toda, porque no teníamos traje de baño y si nos bañábamos en calzoncillos no se alcanzaban a secar. Qué niños tan pobres, interrumpió ella con fingida ironía. Si te vas a burlar no te cuento ninguna güevá. Si era broma, sigue no más. Un día, no sé por qué, nos quedamos solos mi amigo y yo tomando el sol de guata en una pequeña playa de arena que se formaba a la orilla del agua. La arena estaba tibiecita, y no sé por qué mi vecino empezó a moverse como si estuviera culiando y me decía: qué rico, hácelo tú también. Y yo empecé a imitarlo viendo a mi lado su culito blanco que apretaba y soltaba las nalgas en ese sube y baja. Yo lo miraba refregándome en la arena caliente y no pude más porque de un salto lo monté, pero él se dio vuelta y me dijo que yo primero, pero yo le contesté que ni cagando, que me dejara ponerle la puntita, la pura puntita. Y ahí estábamos los dos frente a frente con el picazo duro y colorado entre las manos, porque ninguno de los dos quería darse vuelta, ¿cachái? Tú primero, le decía yo masturbándome. No, tú primero, me contestaba él pajeándose, acercándome su pichula

descuerada. Y no sé por qué yo no me moví cuando le saltó el chorro de moco que me mojó la pierna. Conchetumadre, le grité parándome y persiguiéndolo en pelotas por la orilla del tranque. ¿Y lo pillaste?, interrogó ella, tratando de contener un acalorado escalofrío. No pude porque el güevón se tiró al agua y nadaba mucho más rápido que yo. Si lo hubiera agarrado le saco la cresta. ¿Y por qué, si los dos estaban de acuerdo? ¿Qué culpa tenía tu amigo de acabar primero?, le reprochó divertida. No sé, pero me quedó una vergüenza tan grande que no hablé con él nunca más. A los dos nos quedó una cosa sucia que nos hacía bajar la vista cuando nos cruzábamos en el patio del liceo. ¿Y todavía tienes esa vergüenza? Fíjate que ya no, ahora que lo cuento se me pasó, y puedo hablar sin culpa porque fue hace tanto y eran cosas de cabros chicos. ¿Tienes otro trago? Se acabó todo, nos tomamos la botella entera y es un poco tarde, suspiró la loca bostezando. ¿Te vas a quedar aquí? Espérame, voy a traerte una frazada para que no pases frío.

Cuando se paró, el suelo era goma movediza y una náusea estomacal le arremolinaba la pieza, pero zigzagueando logró caminar hasta su dormitorio. Mientras buscaba una frazada, las imágenes del secreto de Carlos las veía resplandecer en el primer plano de su ebria cabeza. Pero aunque el cuento había logrado excitarla hasta la punta de las pestañas postizas,

aunque varias veces mientras Carlos hablaba cruzó la pierna para disimular la erección de su estambre coliflor, algo de todo aquello le pareció chocante. Y no era por moral, ya que ella guardaba miles de historias más crudas donde la sangre, el semen y la caca habían maquillado noches de lujuria. No era eso, pensó, es la forma de contar que tienen los hombres. Esa brutalidad de narrar sexo urgente, ese toreo del yo primero, yo te lo pongo, yo te parto, yo te lo meto, yo te hago pedazos, sin ninguna discreción. Algo de ese salvajismo siempre la había templado gustosa con otros machos, no podía negarlo, era su vicio, pero no con Carlos, tal vez porque la pornografía de ese relato la confundió logrando marchitarle el verbo amor. Si, por último, solo había sido una tierna historia de dos niños en una playa desierta buscando sexo, reocultos de la mirada de Dios. Nada más, se repitió eructando los vapores del pisco mientras salía del dormitorio tambaleándose con la frazada bajo el brazo.

Al entrar escuchó la aguja del pick-up chirriando gatuna al final del disco, y más allá, tirado como un largo riel sobre los almohadones, Carlos roncaba profundamente por los fuelles ventoleros de su boca abierta. Una de sus piernas se estiraba en el arqueo leve del reposo, y la otra, colgando del diván, ofrecía el epicentro abultado de su paquetón tenso por el brillo del cierre eclair a medio abrir, a medio

descorrer en ese ojal ribeteado por los dientes de bronce del marrueco, donde se podía ver la pretina elástica de un calzoncillo coronado por los rizos negros de la pendejada varonil. Solo un pequeño fragmento de estómago latía apretado por la hebilla del cinturón, una mínima isla de piel sombreada por el matorral del pubis en el mar cobalto del drapeado bluyín. Tuvo que sentarse ahogada por el éxtasis de la escena, tuvo que tomar aire para no sucumbir al vacío del desmayo frente a esa estética erotizada por la embriaguez. Allí estaba, desprotegido, pavorosamente expuesto en su dulce letargo infantil, ese cuerpo amado, esa carne inalcanzable tantas veces esfumándose en la vigilia de su arrebato amoroso. Ahí lo tenía, al alcance de la mano para su entera contemplación, para recorrerlo centímetro a centímetro con sus ojos de vieja oruga reptando sedosa por el nervio aceituno del cuello plegado como una cinta. Ahí se le entregaba borracho como una puta de puerto, para que las yemas legañosas de su mirar le acariciaran a la distancia, en ese tacto de ojos, en ese aliento de ojos vaporizando el beso intangible en sus tetillas quiltras, violáceas, húmedas, bajo la transparencia camisera del algodón. Ahí, a solo un metro, podía verlo abierto de piernas, macizo en la estilizada corcova de la ingle arrojándole su muñón veinteañero, ofreciéndole ese saurio enguantado por la mezclilla áspera que enfundaba sus muslos atléticos.

Parece un dios indio, arrullado por las palmas de la selva, pensó. Un guerrero soñador que se da un descanso en el combate, una tentación inevitable para una loca sedienta de sexo tierno como ella, hipnotizada, enloquecida por esa atmósfera rancia de pecado y pasión. No lo pensaba, ni lo sentía, cuando su mano gaviota alisó el aire que la separaba de ese manjar, su mano mariposa que la dejó flotar ingrávida sobre el estrecho territorio de las caderas, sus dedos avispas posándose levísimos en el carro metálico del cierre eclair para bajarlo, para descorrerlo sin ruido, con la suavidad de quien deshilacha una tela sin despertar al arácnido. No lo pensaba, ni siquiera cabía el nerviosismo en ese oficio de relojero, aflojando con el roce de un pétalo la envoltura apretada de ese lagarto somnoliento. Ni lo pensaba, dejándose arrastrar abismo abajo, marrueco abajo hasta liberar de ataduras ese tronco blando que moldeaba su anatomía de perno carnal bajo la alba mortaja del calzoncillo. Y ahí estaba... por fin, a solo unos centímetros de su nariz ese bebé en pañales rezumando a detergente. Ese músculo tan deseado de Carlos durmiendo tan inocente, estremecido a ratos por el amasijo delicado de su miembro yerto. En su cabeza de loca dudosa no cabía la culpa, este era un oficio de amor que alivianaba a esa momia de sus vendas. Con infinita dulzura deslizó la mano entre el estómago y el elástico del slip, hasta tomar

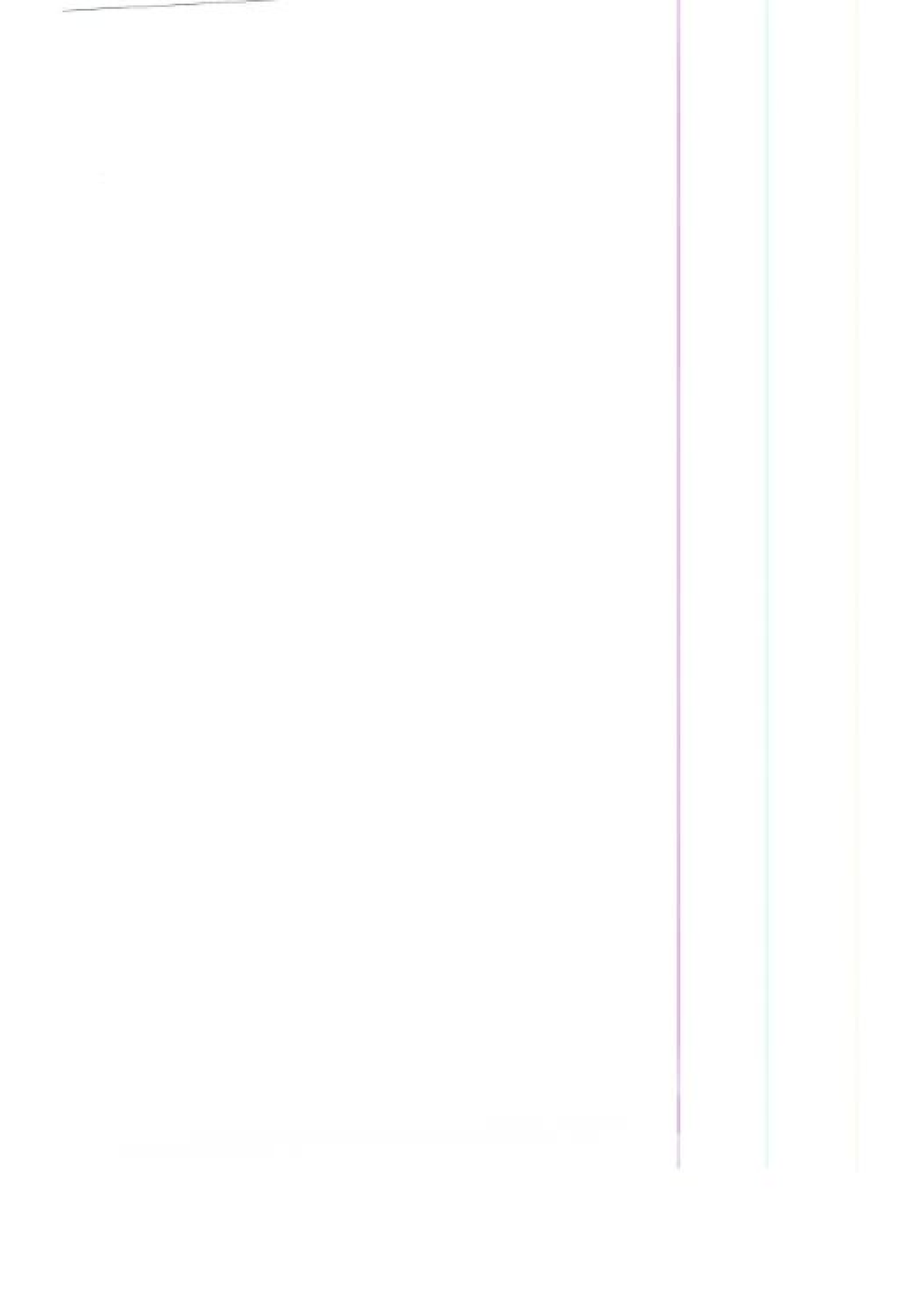
como una porcelana el cuerpo tibio de ese nene en reposo. Apenas lo acunó en su palma y lo extrajo a la luz tenue de la pieza, desenrollando en toda su extensión la crecida guagua-boa, que al salir de la bolsa se soltó como un látigo. Tal longitud excedía con creces lo imaginado, a pesar de lo lánguido, el guarapo exhibía la robustez de un trofeo de guerra, un grueso dedo sin uña que pedía a gritos una boca que anillara su amoratado glande. Y la loca así lo hizo, sacándose la placa de dientes, se mojó los labios con saliva para resbalar sin trabas ese péndulo que campaneó en sus encías huecas. En la concavidad húmeda lo sintió chapotear, moverse, despertar, corcoveando agradecido de ese franeleo lingual. Es un trabajo de amor, reflexionaba al escuchar la respiración agitada de Carlos en la inconsciencia etílica. No podría ser otra cosa, pensó al sentir en el paladar el pálpito de ese animalito recobrando la vida. Con la finura de una geisha, lo empuñó extrayéndolo de su boca, lo miró erguirse frente a su cara, y con la lengua afilada en una flecha, dibujó con un cosquilleo baboso el aro mora de la calva reluciente. Es un arte de amor, se repetía incansable, oliendo los vapores de macho etrusco que exhalaba ese hongo lunar. Las mujeres no saben de esto, supuso, ellas solo lo chupan, en cambio las locas elaboran un bordado cantante en la sinfonía de su mamar. Las mujeres succionan nada más, en tanto la boca-loca primero

aureola de vaho el ajuar del gesto. La loca solo degusta y luego trina su catadura lírica por el micrófono carnal que expande su radiofónica libación. Es como cantar, concluyó, interpretarle a Carlos un himno de amor directo al corazón. Pero nunca lo sabrá, le confidenció con tristeza al muñeco que tenía en su mano, y la miraba tiernamente con su ojo de cíclope tuerto. Carlos, tan borracho y dormido, nunca se va a enterar de su mejor regalo de cumpleaños, le dijo al títere moreno besando con terciopela suavidad el pequeño agujero de su boquita japonesa. Y en respuesta, el mono solidario le brindó una gran lágrima de vidrio para lubricar el canto reseco de su incomprendida soledad.

Ansiedad de tenerte en mis brazos
musitando palabras de amor.
Ansiedad de tener tus encantos
y en la boca volverte a besar.

Al abrir los ojos, frente a ella, Carlos seguía roncando en su pose de Cristo desarticulado por el remolino etílico del pisco. La densa caña lo tenía sumido en la inmovilidad flácida de sus largos miembros olvidados en el reposo. El pestillo de su cierre eclair era un pequeño tren de bronce que seguía descarrilado a mitad de ruta, casi en el mismo lugar. Y si no fuera por ese «casi», todo hacía pensar que el revuelo de imágenes anteriores solo había sido parte de su frenético

desear. No estaba segura, no atesoraba ningún sabor a carne humana en la lengua. Pero al mirar a Carlos tan descansado, se permitió dudar, viendo su carita de nene en completo relajo como después de un plácido biberón. Prefirió no saber, no tener la certeza real que esa sublime mamada había sido cierta. Y con esa dulce duda equilibrando su cuerpo de grulla tembleque, sin hacer el menor ruido, salió de la pieza y se fue a acostar.



LAS SALVAS DE VEINTE fusiles lo hicieron saltar en el lecho y asustado por ese tronar, metió la mano en el velador para encontrar su pequeña Luger de cabecera. Son los cadetes de la Escuela que te vienen a saludar en tu cumpleaños, dijo su mujer, entrando al dormitorio aterrizándolo en la luminosa mañana opacada por el humo de las detonaciones. El Dictador bufó un respiro de alivio y se dio vueltas, volviendo a hundirse en la almohada. Se ven tan lindos los chiquillos, oye, con sus pompones blancos y rojos, formados allá afuera. Supongo que no van a disparar tantas veces como tus años, porque no quedaría ni una hoja en el magnolio que recién está floreciendo. Han llamado de todos los ministerios, y el teléfono no ha dejado de sonar por tanta gente que quiere saludarte. Gonzalo vino temprano y te trajo un par de corbatas italianas finísimas, bordadas en seda tornasol, y me pidió que te las entregara yo, porque él cree que tú no lo quieres. Mira tú qué tímido es Gonza, y tan delicado, tan gente. Ni parecido a los edecanes que todos los años te regalan esos

horribles platos de cobre con copihues y la pareja de huasos bailando cueca. No tengo dónde meter todo ese cachureo. El living parece oficina de turismo con tantos cachos, espuelas, estribos y mantas tricolores. Qué poco creativa es la gente para hacer regalos. Y esto recién está empezando, porque a las once vienen los embajadores, después los comandantes y sus señoras que les da por traerte libros. ¡Como si quisieran educarte! Fíjate tú. Como si tú leyeras tanto esas colecciones de historia, de literatura empastadas con lomo dorado. Que no te digo que sean ordinarios, porque deben valer una fortuna y le dan un aire intelectual a la sala, además hacen juego con los marcos color oro de los cuadros. La Primera Dama, frente al espejo del tocador, se empolvaba la nariz con su esponja de plumas de cisne. No hay derecho, qué manera de salirme arrugas en la frente, Augusto. Mira, tengo casi tantas como tú, y eso que yo soy mucho más joven. Deben ser los malos ratos, sustos y rabias que he pasado a tu lado, oye. Ninguna mujer habría soportado que a su marido la prensa mundial lo tratara de tirano, dictador, asesino. Y aunque sean mentiras, aunque todos los chilenos sabemos que salvaste a la Patria, no me vas a negar que ha sido bochornoso. Sí, como te digo, es una pesadilla saber que todos esos comunistas patipelados, que se creen escritores, se limpian la boca contigo. Y eso te pasa por haberlos dejado entrar,

eso te ocurrió por ser un viejo cobarde que le tuviste miedo a la mala fama que le hacían afuera al gobierno. Viste que no me equivoqué cuando te dije que no dejaras volver a esa tropa de literatos marxistas. Tan diferentes, oye, a don Jorge Luis Borges, un caballero, un gentleman que se emocionó tanto cuando lo condecoraste con la Cruz al Mérito. Dicen que el pobre se perdió el Premio Nobel porque habló bien de ti. Mira tú qué desgraciados son esos suecos que se hicieron los suecos con el pobre viejo. Dicen que sus libros son muy interesantes, pero la verdad, Augusto, yo no entendí ni jota cuando traté de leer el Olé, Haley, Alf. ¿Cómo se llama ese libro famoso? Tú me dirás que no tengo corazón, ¿pero qué sabía yo que Borges era ciego? Y cuando me lo presentaron, en vez de darme la mano, agarró el brazo del sillón. No me vas a decir que no te dio risa, porque estaba lleno de autoridades y escritores que se mordieron la boca para no soltar la carcajada. Y no me mires con esa cara de censura, porque hoy estás de cumpleaños, yo hablo lo que quiero y no me importa que a ti te moleste. No faltaba más. Pónele esa cara de ogro a tu tropa, pero a mí no me eches a perder este día que hay tanto que hacer. Y salió de la habitación tocando la campanilla para que viniera la servidumbre. No había caso, ni siquiera el día de su cumpleaños ella se podía callar, y de lejos la escuchó ordenando a la mucama que no dejaran

entrar a nadie mientras Augusto no se levante. Mientras él siguiera amodorrado entre las sábanas tratando de cazar un último vacío de sueño. Y lo consiguió, al abrir los ojos a otra habitación donde colgaban de la pared sus juguetes de niño. Se arrumbaban en las repisas los carros de aurigas imperiales, los camioncitos, jeeps y tanques blindados en espera de un pequeño combate. Las colecciones completas de guerreros persas, de soldados romanos, gurkas etíopes, la caballería del general Custer, Alejandro Magno y sus legiones enanas moldeadas de plomo, perfectamente en línea. Era el zoológico de guerra que había rodeado sus años de infancia, coleccionando en esos juguetes, el fantasma lúdico de una matanza. Los recorrió, pasando revista a las diminutas tropas con sus ojillos de niño lince, y trató de recordar qué colección le faltaba para pedirla de regalo en su próximo cumpleaños. Nada más, ni torta, ni sorpresas, ni fiesta. Nada de eso. Le tomó odio al chocolate, los globos, las serpentinas y gorritos, desde que a su mamá se le ocurrió celebrarle su día con una gran fiesta. Un cumpleaños grandioso, la fecha en que Augustito cumplía diez años. Y en realidad, ella estaba tan entusiasmada que mandó pintar la casa, hizo imprimir tarjetas de invitación con la foto de Augustito y lo obligó a repartírselas a todos sus compañeros de curso. ¿A todos?, preguntó el niño con altanero desdén. A todos, ratificó la

madre mirándolo con firmeza, porque no creo que tan chico ya tengas enemigos. Todos son mis enemigos, rezongó Augustito con soberbia. Ya, no sea rencoroso, las peleas de niños se olvidan jugando. Así, uno a uno, sus compañeros recibieron la invitación, y fueron más de cuarenta veces que dijo te invito a mi fiesta, reiterando la estrofa de una odiada canción. Nadie almorzó tranquilo en su casa esa tarde, la empleada y su mamá corrían acomodando los queques de naranja, las tartas de vainilla, y la gran torta de lúcuma que instalaron en el centro de la mesa con las diez velitas. A las cuatro de la tarde, lo metieron a la tina del baño, y con una esponja de mar le rasparon el negro piñén que acumulaba en sus patas y orejas de niño sucio. Lo dejaron colorado de tanto refregón, de tanto talco y perfumes fragantes que friccionaron su espalda. A las cinco ya estaba listo, rubicundo y bien peinado con su copete a la gomina, impecablemente vestido, en los algodones tiesos de su blanco traje de marinero. Qué lindo se ve, mijito, lo acosaba su mamá pellizcándole los cachetes guindas de su cara mofleta.

Augustito, sentado en la cabecera de la mesa, ni pestañeaba mirando la puerta de calle donde vería desfilar uno a uno a sus detestables compañeros. Y estaba feliz esperando que llegaran y se posaran como moscas en su apetitoso pastel. Augustito no cabía de gusto, imaginando sus bocas engullendo la torta, preguntando qué sabor

tan raro, qué gusto tan raro, ¿son pasas?, ¿son nueces?, ¿son confites molidos? No, tontos, son moscas y cucarachas, les diría con una risa macabra. Todo tipo de insectos que los había despedazado, echándolos a escondidas a la bella torta. Entonces vendría la estampida, las arcadas, escupos y vómitos que arruinarían el mantel. Viste, mamá, que no tenía que invitarlos, le diría a su madre que a escobazos los expulsaría del salón. A las seis, las tripas le gruñeron pidiéndole algo, y él las calmó picoteando galletas y golosinas. ¿Todavía no ha llegado nadie?, preguntó la empleada desde la cocina con la leche hirviendo. No hay que preocuparse, para estas cosas los niños siempre se retrasan, interrumpió la madre, sentándose a su lado para alisarle su gran jopo de mojón. ¿Quieres un poco de chocolate con leche mientras esperamos? No quiso, porque los arrebatos del ocaso nublaron de legañas ocres el telón del cielo, y permaneció inmóvil como la estatua de un pequeño almirante de yeso en espera de un desembarco. A las siete tuvieron que prender las luces del salón para que al niño sentado no se lo tragara la sombra. El chocolate se había quemado tres veces de tanto recalentarlo, y los merengues comenzaban a derretirse en gotas espesas sobre el albo mantel. A las ocho, el timbre no había sonado ni una vez, y Augustito estaba mudo cuando entró su madre, que secándose la mirada vidriosa, quiso hacerlo todo nada, alterando la voz con

una risita optimista, llamando a la empleada para que prendiera las velas, ordenándole que sirviera de todo para los tres como si no faltara nadie. Su madre, que trataba de levantarle el ánimo, cuando entre las dos mujeres entonaron un desabrido Cumpleaños Feliz. Tienes que pedir un deseo antes de soplar, lo interrumpió ella poniéndole un dedo en sus tercos labios. Entonces Augustito ensombreció el azul intenso de sus ojillos para mirar uno a uno los puestos vacíos que rodeaban la mesa. Y un silencio fúnebre selló el deseo fatídico de ese momento. Y cuando sopló y sopló y sopló, la porfía de las llamas se negaban a extinguirse, como si trataran de contradecir la oscura premonición. Bueno, y como no hay mal que por bien no venga, cantó su mamá, mi niño podrá comerse toda la torta que quiera, porque a nosotras con la nana nos mataría la diabetes. Y ante los desorbitados ojos de Augustito, el gran cuchillo de cocina rebanó el bizcocho en un gran trozo que le impusieron frente a su cara. Y no me digas que no quieres, lo amenazó su madre, dulcificando su gesto al ofrecerle en la boca una cucharada del insectario manjar. Ya pues, mi niño, abra la boca. A ver, una cucharada por mí, una cucharada por la nana, y una cucharada por cada año que cumple. Y Augustito, conteniendo la náusea, tragó y tragó sintiendo en su garganta el raspaje espinudo de las patas de arañas, moscas y cucarachas que aliñaban la tersura lúcuma del pastel.

¿Y todavía no te levantas, hombre?, te llega a salir humo de la cama. El grito de su mujer lo despertó de un costalazo. Por esta vez agradeció el sobresalto de esa voz de lata que de un zuácate lo trajo al presente. Aún tenía en la garganta el asco de aquella torta, y necesitó beber un sorbo de agua para tragarse el resabio de aquel entomológico cementerio. Desde allí odió las tortas, los regalos y toda la faramalla acaramelada del Cumpleaños Feliz. Han llegado cinco tortas: de piña, de merengue, de chantilly y dos selva negra. No me digas que no estás contento. Además falta la de once pisos que esta noche en el Club Militar te van a llevar las Damas de Cema Chile. Tan cariñosas las señoras, oye, que pusieron a todas sus empleadas a fabricarte ese Vaticano de merengue. Mide tres metros de altura, y está entera decorada con sables cruzados de mazapán. No me digas que no te emociona. Lo único que no tengo claro es qué traje me voy a poner esta noche. ¿Qué te parece este cremita con cuello de brocato? Aunque tengo este Chanel mostaza que no he usado nunca, porque Gonzalo dice que me veo amarillenta. ¿Qué crees tú? ¿Qué piensas ahí tirado como una foca refunfuñando? Gonzalo cree que el color mostaza me opaca el rosado natural de mi cutis, él dice que si lo combino con... Hasta ahí pudo escuchar el rosario parlotero de su esposa, y sentándose en el lecho pulsó el tocacasetes para gozar el guaripoleo de Lily Marleen.

Un derrumbe de bultos despertó a la Loca del Frente malhumorada. Quién chucha metía ese ruido tan temprano. Alcanzó a tomar la bata y salió del dormitorio a cachar el escándalo. La casa relucía de limpia por el aseo que Carlos había hecho tan de mañana. Dos jóvenes amigos suyos arrastraban unas cajas escalera abajo, y más atrás, la mujer que él decía se llamaba Laura y era su compañera de universidad, daba órdenes como Cleopatra dirigiendo el desalojo. ¿Qué pasa aquí?, exclamó con los labios fruncidos por la ausencia de la placa dental. Buenos días y perdone por el ruido, Carlos dijo que nos podíamos llevar estos libros, la saludó la chica con impostada educación. Podría haberlo hecho personalmente, ya que fue él quien me pidió que se las guardara. Y tenga cuidado señorita con el cigarrillo, mire que estos libros pueden estallar como un polvorín, le dejó caer la frase sarcástica, saboreando algún secreto que la chica y los dos muchachos sorprendidos simularon no saber.

Creen que una es güevona, refunfuñó, recogiendo los almohadones repartidos por el suelo

en el ímpetu de la mudanza. Podrían tener más respeto con la decoración estos cabros de mierda, murmuró colifrunci, al tiempo que palpaba sus dientes postizos olvidados bajo un cojín en el fragor de la tomatera la noche anterior. Y más atrás tanteó un plástico duro, una tarjeta o un carné de identidad que acercó a sus pupilas miopes. ¿Y si era de Carlos? ¿Y si no se llamaba Carlos? Y si le hubiera mentido y su nombre era Cornelio Sanhueza, por ejemplo. ¡Qué horror! ¿Cómo volvería a quererlo con ese nombre de albañil, de gásfiter? Prefería no saber, no enterarse de nada más en esta película incierta. Con los cajones y las reuniones de barbudos en el altillo ya tenía suficiente, y pensó que algún día, en algún instante iba a alegrarse de haber reprimido su espíritu copuchento. Por eso se olvidó del carnet y guardándolo en su bolsillo, encendió la radio para evadir la tentación de leerlo.

Un comunicado de la Central Nacional de Informaciones del Gobierno declara que se ha desbaratado un plan subversivo que se pretendía poner en práctica en el mes de septiembre. Además, agrega que se han tomado todas las medidas necesarias para prevenir hechos de violencia en las próximas fechas.

Tantas amenazas la tenían chata, pero una preocupación se instaló en el vértice de sus cejas depiladas. Tenía que saber algo más de esa noticia, averiguar otros antecedentes más confiables que solo la Radio Cooperativa podía entregar. Por eso giró la perilla buscando en el abanico de músicas y voces el tararán tan reconocido:

> Cooperativa, la radio de la mayoría, informa: La Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos convoca a una velatón frente a la Vicaría de la Solidaridad en Plaza de Armas. Este acto tiene como objetivo exigir justicia por los atropellos cometidos en derechos humanos.

De tanto escuchar transmisiones sobre ese tema, había logrado sensibilizarse, emocionarse hasta vidriar sus ojos, escuchando los testimonios de esas señoras a quienes les habían arrebatado al marido, a un hijo, o algún familiar en la noche espesa de la dictadura. Ahora se atrevía a decir dictadura y no gobierno militar, como lo llamaba la Lupe, esa loca tan miliquera, tan de derecha y no tiene dónde caerse muerta. Por eso prefería no discutir de política con ese maricón hueco hasta de la cabeza. Y por lo mismo la despistaba, o le cambiaba el tema cuando insistía en preguntarle por Carlos:

¿Y qué apellido tiene? ¿Y dónde vive? ¿Y en qué universidad estudia? ¿Y tiene hermanos? Ay, niña, ni que estuvieras caliente con el cabro, le contestaba iracunda para que se cansara de preguntar. Pero al rato seguía la cargante: ¿Y cómo lo conociste?, porque tú por la universidad pasaste por el frente. Sí, por eso me llaman la Loca del Frente, estúpida, le refregó en la cara. ¿Y de qué frente?, agregó la Lupe con su inocencia de reno pascual. No va a ser del Frente Patriótico Manuel Rodríguez pues, niña, me llamaría Tania, la Guerrillera, y te pondría una bomba en el culo para que no preguntaras más. Qué colisa tan sapo. Pero era tontorrona la Lupe, por eso se creía de derecha. No tenía idea lo que era ser de derecha, pero decirlo daba distinción. Era elegante ser de derecha y pronunciarlo fuerte con la mandíbula caída en medio de todas esas locas cabeza de papa que iban a la disco. Porque de todas no se hace una, todas son iguales y viven pendientes del corte de pelo, del cinturón, de la polerita que se van a poner el sábado para ir a zangolotearse a la disco, donde se manosean y atracan entre ellas como los gays de Estados Unidos, porque esas tontas no saben lo que es un hombre, nunca han tenido un macho con olor a huevas y sobaco que les dé vuelta el hoyo a cachas. Pero esas son costumbres de viejas, la picaba la Lupe estirando el chicle con el dedo. Lo más bien que te los comes calladita, cuando cae uno

arrancando del toque de queda. Pero uno es humana pues, niña, no va a dejar que al joven lo encuentre una patrulla. Además, ellos son los que me lo proponen. Qué sería de nosotras sin el toque de queda, no habría nada que echarle al pan, nos tendríamos que meter a un convento. Por eso yo amo el toque de queda, amo a mi general que tiene a este país en orden. Amo a este gobierno, porque a todas las locas nos da de comer, y con el miedo, los rotos andan más calientes. Porque no me vas a negar que con la cesantía los hombres están regalados. Date una vuelta por el Paseo Ahumada y la Plaza de Armas, te persiguen, te acosan pidiéndote una moneda, un peso, un cigarro, lo que sea con tal de irse contigo. Hasta ahí había dejado la conversa con la Lupe para no darle un charchazo por necia y le había cambiado el tema porque nunca iba a entender. Y por suerte para ella, había llegado Carlos a su vida mostrándole la realidad cruel que rodeaba a los chilenos. Ese tirano infame que mandonea al país desde La Moneda. Y nadie se atreve a cantarle las claras o a ponerle una bomba para que reviente en pedacitos, entonces ella recogería con pinzas una célula del general y se la regalaría a la Lupe diciéndole: Toma, niña, para que te hagas un escapulario chiquitito, chiquitito.

Tres días transcurrieron desde la noche del cumpleaños y de Carlos ninguna noticia. Varias

veces estuvo tentada de mirar el carnet para saber su identidad, pero se contuvo por un pálpito extraño que le paralizaba los dedos cuando tanteaba el plástico de la tarjeta. De las cajas mandadas a guardar por él, solo quedaban dos y el cilindro de metal, que era lo único que decoraba la gran pieza. Una enorme sensación de abandono se iba apoderando del lugar, extendiendo su tapiz melancólico en los rincones vacíos. Algo de esta novela estaba llegando a su fin y podía presentir el mismo eco de partida que había enrielado su destino. Quiso limpiar, encerar, pero no tenía ánimo ni siquiera para dar un escobazo. Y con esa miseria de energía, trepó la escalera del altillo alcanzando una vista encumbrada de la ciudad mohosa en el aluminio óxido de los techos. Quiso verlo aparecer, allá abajo, doblando la esquina, caminando arqueado con su entrepierna húmeda y olorosa. Quiso sentirlo tan cerca como la otra noche cuando la embotadura del alcohol le revolvió en lujuria mentirosa el tacto soñado. Pudo pensarlo en la elástica flexión de su caminata apurada, siempre llegando de algún trámite y partiendo a otro. Tu vida parece una maratón, le había dicho una tarde que entró sofocado de la calle, solo para mojarse la cara, descansar un momento y volver a salir. Así de urgentes son estos tiempos, le contestó alisándose el cabello pegado de transpiración. Pero siéntate, descansa un poco. No puedo, me están esperando.

Que te esperen. Mira cómo te salta el corazón, lo alertó poniéndole un dedo en su pecho. La Patria me llama, bromeó Carlos exhalando cansado. ¿Y cuál es el trámite que te pide esa Patria tuya? Debo entregar este paquete a las doce y ya falta una hora, suspiró mirando el reloj. ¿Y si lo fuera a dejar yo?, preguntó sugestiva la Loca del Frente. Es delicado, más bien confidencial. Me encantan las películas de espías. Dime dónde es. ¿Lo harías por mí? La loca soltó una honda exclamación: Supieras de lo que soy capaz. Bueno, entonces escúchame con atención. Pero anótame la calle y el número. No, le cortó Carlos tajante, debes aprendértelo de memoria. Es en el centro, en la segunda cuadra de Ahumada. El paquete lo va a recibir un hombre de bigotes, va a estar en la puerta de una tienda que se llama...

En realidad era tan fácil llevar esa bolsa tan pesada y hacerle ese favor a Carlos. Como siempre, no preguntó nada más, y mientras trotaba para alcanzar la micro, se repetía como lora las indicaciones que le entregó su amor. Al sentarse y poner la bolsa en su falda, un frío metálico cargó sus rodillas. Deben ser herramientas, alicates, martillos, tuercas, vaya uno a saber. Vaya uno a preguntar, si el chico te pide un favor tan simple, seguro que confía en mi discreción. Al llegar al centro, dos tunazos de lanzabombas enmudecieron la micrera conversa. Por la calle un tumulto de gente corría tapándose la boca,

metiéndose en cualquier parte, desesperados por huir del aire picante de las lacrimógenas. Cierren las ventanas, cierren las puertas, gritó la loca, tosiendo hasta las tripas con ese ardor asfixiante. Una guagua rompió en llanto, un abuelo hacía gárgaras de taquicardia tratando de tragar el poco aire. Una mujer en la desesperación perdió un zapato, y la Loca del Frente le ayudó a buscarlo carraspeando bajo los asientos. La humareda agria envolvió al vehículo, y en el tumulto saltó a la vereda, cegada por el escozor. Pero el paquete de Carlos se le había quedado en el asiento de la micro que ya aceleraba a media cuadra de distancia. Entonces, armándose de valor, corrió y corrió tropezando, hundiéndose en el infierno lacrimógeno hasta agarrarse de la micro y lograr trepar acezante, buscando desesperada la bolsa que dejó en el asiento. Pero ya no estaba, había desaparecido en la confusión. ¿Busca esto?, le preguntó un estudiante apuntando con el dedo la bolsa que había rodado bajo los asientos. Al tiempo que una ráfaga de aire fresco entró por las ventanas inflándole de tranquilidad su enorme suspiro. Carlos nunca me lo hubiera perdonado, se dijo abrazando el bulto mientras la micro se alejaba de la nube ácida de la represión. Varias cuadras más allá, recién sintió el vahído del agotamiento por el agitado incidente. Al bajar de la micro, aún la náusea de las bombas la hizo caminar patuleca entre el gentío del

Paseo Ahumada, entonces sintió el peso plomo de la bolsa que cargaba su mano. Esta güevá pesa más que un muerto, por suerte la tengo que entregar en la próxima cuadra. Y por suerte no hay más protestas. Y no terminaba de pensar esto, cuando una muchedumbre se vino encima arrancando, metiéndose en las tiendas, gritando: PINOCHET-CNI-ASESINOS DEL PAÍS, corrían desaforados, cayendo, parándose, tirando abanicos de panfletos que nevaban el desconcierto de la loca, estática en medio de la trifulca. Arranquen, vienen los pacos, Y-VA-A-CAER, Y-VA-A-CAER, PACO-CULIAO-CAFICHE-DEL-ESTADO. Cuidado que vienen por la Alameda. Corra que parecen perros apaleando gente. ¿Y por qué me van a hacer algo a mí?, ni cagando pienso correr. Tendrán que respetar a una señora mayor, a una dama decente. Pero ya el choclón gritón había pasado y detrás vio venir la máquina de escudos, cascos, bototos arrasando todo con el rastrillo de los lumazos. Bajo el tamboreo de los palos en las espaldas, en los cráneos, caían mujeres, viejos, estudiantes y niños pisoteados por el suelo. La muralla policial la tenía enfrente, pero la loca, dura, empalada de terror ni se movió, y arriscando su nariz con una mueca imperiosa, caminó directamente al encuentro de la brutalidad policial. ¿Me deja pasar?, le dijo al primer uniforme que tuvo enfrente. Y el paco sorprendido ante el descaro de esta pajarraca real, titubeó al empuñar la luma, al alzar la

luma para quebrar esa porcelana altanera. Con tanto desorden una ni siquiera puede hacer las compras del supermercado tranquila. ¿Me da permiso?, le insistió al paco que se quedó con la luma en alto hirviendo con las ganas de aporrear esa coliflora pinturita. Pero ya era tarde, porque de un pestañazo la loca había roto el acorazado muro, y llevando como una pluma la pesada bolsa, se confundió en el tráfago alterado del paseo público. Recién más allá respiró con alivio cuando vio el letrero de la tienda señalada por Carlos. Y en el momento que el carillón de una iglesia campaneaba las doce, descubrió al gordo bigotudo parado en la vitrina. Aquí está el encargo que le manda Carlos, le susurró al hombre, que descolocado por su homosexuada presencia, tomó el paquete, le dio las gracias entre dientes y se hizo humo en la hoguera de rostros tensos que tramitaban el mediodía.

Tantas cosas que había hecho por Carlitos, y era capaz de hacer muchas otras, nada más que por su deliciosa compañía, meditó solitaria en el altillo, horadando con sus ojos secos la perspectiva de la calle que hacía tres días lo vio desaparecer. Cada vez que Carlos se perdía, un abismo insondable quebraba ese paisaje, volviendo a pensarlo tan joven y ella vieja, tan hermoso y ella tan despelucada por los años. Ese hombrecito tan sutilmente masculino, y ella enferma de colipata, tan marilaucha que hasta el

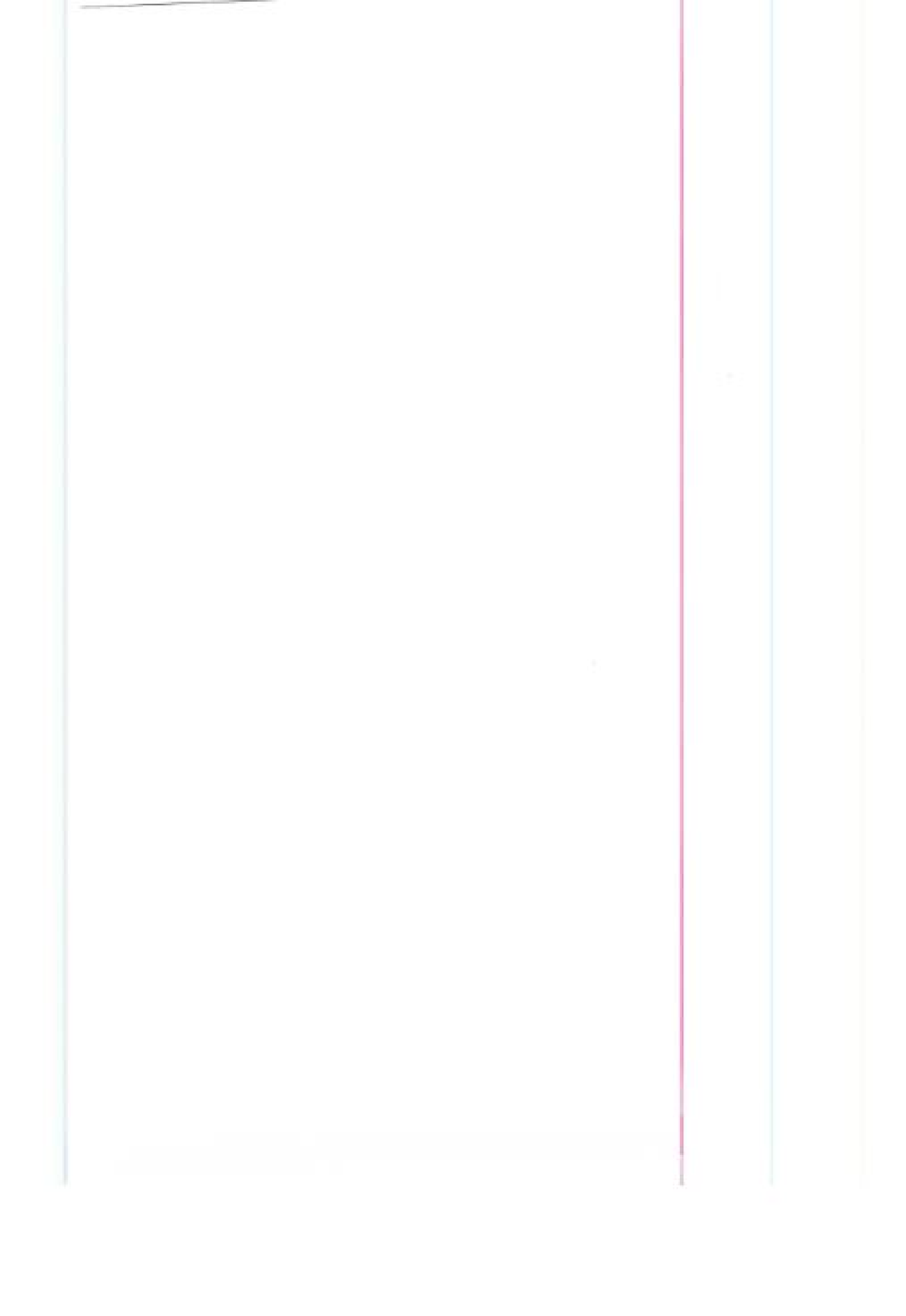
aire que la circundaba olía a fermento mariposón. ¿Y qué le iba a hacer?, si la tenía moribunda como un papel de seda marchito por la humedad de su aliento. ¿Y qué le iba a hacer?, si en su vida siempre alumbró lo prohibido, en el retangueo amordazado de imposibles.

Quién iba a imaginar que el verdadero amor
nos golpearía de este modo el corazón:
ya tarde cuando estamos sin remedio
prisioneros de la equivocación.

Cuando apareció nuevamente, a los tres días del cumpleaños, vino solo a retirar las últimas cajas y el tubo de acero que se lo llevó forrado en el tafetán con vuelos de encajes que ella le había confeccionado. ¿Te molesta que me lo lleve así? Me da lo mismo, pero si tú quieres ocultar lo que es, así se ve más llamativo. ¿Entonces tú sabes de qué se trata?, la interrogó él sujetando el cilindro al pie de la escalera. Mire, lindo, que una se haga la tonta es una cosa, pero por suerte el amor no me tiene mongólica, le gritó con despecho de sirena sin mar. Y corrió escalera arriba perseguida por el tranco fuerte de Carlos que la alcanzó en mitad de los peldaños, y tomándola de un brazo, le clavó la espina negra de sus ojos. ¿Y por qué nunca preguntaste nada? ¿Cómo que no pregunté nada? Me cansé de preguntarte y tú siempre diciendo: «Después te explico, después te explico»,

como si una fuera la más necia de las locas. Porque en el fondo *(con un sollozo en la burbuja de la voz)*, tú nunca me tomaste en serio, nunca creíste que yo podía guardar un secreto. No era eso, dijo Carlos, tomándola de la cintura, ayudándola a subir el resto de escalera. Sería peligroso que tú manejaras más información. ¿Y por qué?, ¿no estamos metidos los dos en lo mismo? Seguro, afirmó Carlos, y a ella le encantó compartir ese *«los dos»*, ese *«nosotros»* que él reafirmaba como peligrosa complicidad. ¿Quieres que te cuente algo de lo que te puedo contar?, porque es injusto que habiéndonos ayudado, sepas tan poco. Mira, siéntate, conversemos. Yo no me llamo Carlos. Ya lo sé, dijo ella sacando el carnet de identidad que había guardado días atrás. ¿Dónde lo encontraste?, estaba súper urgido. No te preocupes, lo encontré debajo de ese asiento y ni siquiera he mirado el nombre. ¿Quieres mirarlo ahora? o ¿quieres que yo te lo diga? Aunque yo prefiero, por seguridad, que me conozcas por Carlos que es mi chapa. ¿Y qué es eso de chapa? Algo así como un apodo, un seudónimo. Cuando yo hacía show travesti usaba seudónimo, nombre de fantasía le dicen los colas. ¿Y cuál era tu nombre de travesti? ¿Y por qué te lo voy a decir si tú no me dices el tuyo? Esto es otra cosa, mariposa, rió Carlos, guardando el carnet, es político, es otro nombre para actuar en la clandestinidad. ¡Ay, Carlos *(con infantil timidez)*, esas palabras me asustan, se parecen a las que repiten

las noticias de la Radio Cooperativa *(mirándolo con miedo cinematográfico).* ¿No me vas a decir que tú eres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez? A estas alturas, murmuró Carlos, «somos». Se parece a una canción: *«Somos un sueño imposible que busca la noche»*. Tienes razón, pero lo que nosotros buscamos no es la noche, es el día, el amanecer de la larga oscuridad que vive este país. Otra vez te pusiste serio, chicharreó ella como una niña, enroscándose el dedo en una cinta de tul. Es muy serio, más de lo que tú crees, por eso yo prefiero que sepas lo justo. Y si algún día nos tenemos que comunicar en la clandestinidad, vamos a usar una contraseña, una palabra, una frase secreta que solamente conozcamos los dos, ¿qué te parece? Me encantó *(ella tenía las mejillas como duraznos al sol),* ¿y puede ser una canción? No se usa mucho, pero si tú quieres, no deben ser más de tres palabras. Ya la tengo, la encontré. ¿Quieres que te la escriba? Nunca, jamás, rugió Carlos con lúdica ternura. Una contraseña nunca se escribe, hay que aprendérsela de memoria. Entonces te la digo al oído. Carlos acercó su mejilla sin afeitar a la boca picaflora que lentamente le sopló los vahos cupleteros de aquel nombre.



La mañana de septiembre relucía cristales de esporas que jugaban en el aire, un calorcillo pálido templaba la cúpula del jardín donde las empleadas embalaban mercaderías, ropas y comestibles en los autos de la comitiva presidencial para el largo fin de semana. El Dictador salió de la casa perseguido por la letanía cacatúa de su mujer, que aún en bata, se agarraba la frente asaeteada por la jaqueca. Tú no me crees, tú piensas que es puro teatro mi dolor de cabeza para no acompañarte. Tú crees, como todos los hombres, que las mujeres usamos la artimaña de los bochornos para no hacer ciertas cosas. Imagínate cómo voy a preferir quedarme aburrida en esta casa tan grande, mientras tú te rascas la panza frente al río, rodeado de árboles, en esa preciosura de chalet que tenemos en el Cajón del Maipo. Porque fue idea mía que se la compráramos tan barata, casi regalada, a esos upelientos que mandaste al exilio. Y ahora, así como está de arreglada, debe valer una fortuna. Piensa tú, ¿qué haríamos si no tuviéramos todas estas propiedades para

descansar?, tendríamos que mezclarnos con la chusma que va al Club Militar a remojarse las patas en la piscina. Qué asco, bañarse en la misma agua donde tus amigotes, esos generales vejestorios, se remojan las bolas. Por eso, Augusto, no creas que soy yo la que no quiere ir al Cajón este fin de semana, es este maldito dolor que me parte la cabeza. Además allá vas a estar más tranquilo sin mí, vas a escuchar tus marchas a todo chancho sin que nadie te diga nada, sin que yo te moleste con mi conversación, porque sé que te da lata escucharme, por eso te haces el leso viejo zorro, finges que me escuchas y mueves la cabeza afirmando como tonto. Ándate luego entonces si te molesta que yo hable tanto, súbete al auto luego que tienes a todos los chiquillos de la escolta esperando.

Después del beso a la rápida que le dio su mujer, subió los vidrios automáticos de la limusina para cortar los ecos de esa despedida. La hilera de coches tomó la calle arbolada del barrio alto en un aullido de sirenas. Y fue extraño el sobresalto que tuvo al escuchar ese alarido rompefilas, que siempre acompañaba sus desplazamientos. Esta vez le molestó ese ulular de emergencia, tan parecido al de los bomberos, o al de las ambulancias, que rompían el silencio con su presagio de desastre. Mandaría a cambiarla, tal vez una sirena cercana al murmullo de los grillos, al zumbar de los matapiojos en el pastoreo del campo. Una sirena especial para

anunciarlo, sin la «u» ni la «a» ni la «o» interminable que en ese momento le recordaba el palabreo de su mujer.

Corte eso, que en este país de lauchas nadie se atrevería a cruzarse en mi camino, le ordenó al chofer. Nadie que yo conozca, pensó, menos ese Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que son puros estudiantes que juegan a ser guerrilleros. Son puros cabros maricones que tiran piedras, cantan canciones de la Violeta Parra y leen poesías. Mire qué hombrecitos, chiquillos polleríos que recitan poemas de amor y metralleta. Yo odio la poesía, como le dije a ese periodista güevón que me preguntó si leía a Neruda. ¿Escribió alguna vez un poema?, me dijo el imbécil. ¿Quiere que le diga una cosa? Odio las poesías. Ni leerlas, ni escucharlas, ni escribirlas, ni nada. Cómo se le ocurre preguntarme semejante güevada. Lo único que le faltó era preguntarme si yo bailaba ballet. Y a ese Neruda, que por suerte estiró la pata el 73, yo lo habría mandado al servicio militar para que aprendiera a pensar como hombre. ¿Qué hubiera sido de este país con un poeta comunista de Presidente? Y pensar que tuve que aplaudirlo en el Estadio Nacional el 72, cuando los suecos le dieron el Nobel. En fin, se relajó, lo único bueno es que su mujer no le iba a llenar el fin de semana con su tarareo rezongón. Qué paz, qué éxtasis poder viajar solo, echado en el asiento de la limusina mirando los pastos tiernos que en esta época alfombraban la

ruta. ¿Nos vamos por Pirque y no por la cuesta de Achupallas, mi general?, porque parece que en la cuesta están arreglando el camino, le comentó el chofer. ¡Qué raro que el alcalde no le hubiera dicho nada sobre los arreglos del camino, si esa misma mañana estuvo conversando con él! Era una lata dar esa vuelta cuando a él le gustaba pasar por ese abismo. Ver tan pequeño el río allá abajo cuncuneando entre las piedras, y ese murallón de cerro donde cabía un solo auto. Al pasar por ese lugar el pálpito del vértigo se mezclaba con cierta inquietud de gozo, como si la comitiva hiciera el papel de un equilibrista sobre el alambre del camino en la brevedad de un tránsito mortal. Era la primera sensación que tuvo el 11 de septiembre del '73 cuando dio la orden para que los Hacker Hunter soltaran sus huevos explosivos sobre La Moneda. Claro que en ese momento él se encontraba en Peñalolén, en lo alto de Santiago, dirigiendo toda la operación desde una cómoda sala de comandos. Sonrió al recordar ese instante. ¿Qué se creían ese Allende y sus secuaces, que a él le iba a temblar la mano para iniciar el asalto? ¿Qué pensaban esos marxistas, que el Ejército se iba a quedar de brazos cruzados viendo cómo transformaban el país en una fonda de patipelados revoltosos? Por suerte, Dios y la Virgen del Carmen habían apoyado su histórico gesto, y ahora Chile era una nación ordenada y fértil como lo mostraba el paisaje florido que pasaba por la ventana del auto.

CARLOS LA SORPRENDIÓ mientras secaba unas tazas en la cocina. Se acercó por detrás tapándole la vista con su jugueteado humor. ¿La vida o la contraseña?, la apuntaló con la mano empuñada como si fuera un arma. Usted es mi vida, dijo ella amorosa, caracoleándose en su abrazo. ¿Y la contraseña? Tendría que obligarle a mi corazón que se la cante. Vamos cantando entonces, le insistió Carlos, con la voz de gánster enronquecida en teatralidad. Tendría que matarme de a pedacitos, y ni aun así lograría saber el nombre de esa canción. ¿Entonces es una canción? Pero hay miles de canciones de amor. ¿Entonces es una canción de amor? De amor y peligro, exclamó ella girando en sus brazos hasta quedar frente a frente, a centímetros de su aliento embrujador. ¿Usted es fácil de sobornar?, continuó Carlos con el romántico interrogatorio. Tan fácil y difícil como cortar una rosa sin clavarse las espinas. ¿Y si uso guantes? La rosa lo confundiría con el jardinero y moriría sin conocer el tacto de su emoción. Estaban tan cerca que podía zambullirse en la espesura

de sus ojos, y Carlos, turbado, la abrazó fuerte quebrando su talle sin temor de clavarse las espinas. ¡Ufff! qué cariñoso, se desprendió ella del abrazo. Ni que te fueras a ir, parece que te estuvieras despidiendo para siempre. En estas cosas nunca se sabe, contestó el chico sin disimular la amargura, pero para qué pensar en eso. Ando en el auto, ¿quieres que vayamos a alguna parte? *Llévame a la luna*, como dice la canción, y a propósito de canción, tengo que devolver el tocadiscos que me prestaron para tu cumpleaños, es cerca de Recoleta, donde viven unas amigas. ¿Podría llevarme, señor cochero, por favor? Con todo gusto, princesa, la carroza la está esperando, y soltaron la frescura de sus risas libres, mientras bajaban la escalera con ademanes reales para subirse al auto estacionado en la puerta.

Tío, el Miguelito le está rayando el auto. Tío, me lleva a dar una vuelta. Tío, dice la Carolina que este auto se lo trajo el Viejito Pascual. Ojalá, mi vida, dijo la loca acariciándoles la mejilla a los niños y se trepó al vehículo con el tocadiscos en su falda.

El auto despegó como un cohete en el remolino de chiquillos que lo persiguieron gritando un tramo de cuadra. ¿Y este auto tan moderno, es nuevo?, no me digas que te sacaste la Polla Gol. Ojalá, pero no es mío, es de Laura, esa compañera de universidad que te presenté el otro día. Debe tener mucho dinero esa niñita. ¿Y se

llama Laura o es una chapa, como le dicen ustedes? Eso no te lo voy a contestar, confórmate con lo que te conté. Pero si no me quisiste contar nada, Carlos. Mejor así, porque si nos agarran, contigo se ensañarían ¿Y tú crees que yo no soy capaz de resistir un interrogatorio? Son unos animales, ni te imaginas lo que te podrían hacer. Una bocanada de silencio interrumpió la conversación, la ciudad corría en la ventana como una serpentina de murallas descoloridas por la lluvia, la ciudad fuera del auto era una cobra grisácea ondulando en rostros también descoloridos por el susto cotidiano de la dictadura. ¡Uy, qué serio!, dijo ella tratando de alivianar el nervio silenciado de la ruta, a su lado el perfil de Carlos se relajó en una sonrisa. Me haces tan bien; cuando estoy contigo me pongo contento. Ni que yo fuera una muñeca para la risa. No es eso, contigo me siento optimista. ¿Y qué más? ¿Qué más quieres? Que me ames un poquito. Tú sabes que te quiero más que un poquito. No es lo mismo, entre amar y querer hay un mundo de diferencia. Te quiero con tu diferencia. No es lo mismo. *Yo por ti,* como dice una canción, *contaría la arena del mar* (con los ojos entornados). *Por ti yo sería capaz de matar.* Admiro la memoria que tienes para recordar canciones. Esta es antigua, pero es muy bonita, dice todo lo que uno puede hacer por alguien que se ama. Yo haría lo mismo, reiteró Carlos, pero por Chile. ¿Y tú crees que este país te va a agradecer que le des

la vida? Me da risa, me acuerdo de Arturo Prat y me cago de la risa. ¿Tú piensas que me creo héroe? Algo así, tal vez no como O'Higgins o Prat, pero sí como el Che Guevara. ¿Y tú conoces quién fue el Che Guevara? Un bombonazo de hombre, una maravilla de hombre con esos ojos, con esa barba, con esa sonrisa. ¿Y qué más? ¿Y te parece poco? ¿Y no te interesa saber cuál era su sueño de mundo? ¿Qué pensaba? ¿Por qué le entregó su vida a la causa de los pobres? ¿Sería tan romántico y valiente como tú? Me halaga usted, princesa, se sonrojó Carlos, pero yo estoy muy lejos de esa enorme figura. Ni tanto, tú eres regio y solo te falta la barba. ¿Por qué no te dejas barba, Carlitos? ¿Por qué crees tú? Te cacharían altiro y morirías como el Che. ¿Y usted derramaría alguna lágrima por mí, princesa? Una sola, nada más que una, pequeñita, pequeñita, como una perla amarga que se quedó sin mar. ¿Nunca has pensando escribir?, tú hablas en poesía. ¿Lo sabes? A casi todas las locas enamoradas les florece la voz, pero de ahí a ser escritora hay un abismo, porque yo apenas llegué a tercera preparatoria, nunca he leído libros, y ni conozco la universidad. En todo caso, me gustaría haber sido cantante, haber escrito canciones y cantarlas, que es lo mismo que ser escritor. ¿No cree usted, señor cochero? Puede ser, princesa, que su canto sea poesía pura, como los pájaros que tampoco han ido a la universidad. Los maricones pobres nunca van a la universidad, lindo.

Pero yo conozco muchos homosexuales que estudian en la universidad. ¿Y se les nota? ¿Son locas fuertes como yo, por ejemplo? Carlos desvió los ojos de la ruta para mirarla, un reflejo otoñal delineaba su perfil mariposón torneado por los años. Nadie se le compara, princesa, usted es irrepetible. Sus halagos me conmueven, señor cochero, pero no se distraiga del camino, yo no le he dado tanta confianza para que me seduzca así. Usted no puede faltarme el respeto y menos mirarme con esos ojos de... ¿De qué, princesa? Devoradores, deslumbrantes en la brasa oscura de su impertinencia. Y allí soltaron la risa, y ahí rieron a más no poder, como si sus corazones salpicaran juntos el arrebato pendejo de un errante frenesí. Qué le importaba a ella lo que pasara, qué le importaría llorar el después, si en ese momento podría morir de solo mirarlo, de solo sentir su mano amarrándole los hombros con el cariño cotorro de su abrazo. El mañana quedaba atrás en el soplido del vehículo en marcha. El mañana lo soñaban ellos, viajando unidos en los ecos de esas risas, en la reiteración fílmica de la ciudad que escenografiaba parduscа el tránsito sin futuro de ese destino. El auto-cupido, cruzando las calles, era una flecha vegetal en el verde pestañeo de los semáforos, el auto-nido volaba culebreando obstáculos en el alquitrán transpirado del asfalto, el auto-pájaro, galopando aéreo, temblaba agitado en las manos nudosas, varoniles de Carlos al volante.

Cuidado, cochero, que el semáforo está rojo. El rechiflar de las ruedas casi la hizo dar un cabezazo en el parabrisas. Por favor, Carlos, que este auto no es tuyo, casi se me cae el tocadiscos de la Rana, que se muere si le pasa algo. Y a propósito, ¿dónde viven tus amigos? Porque estamos llegando al final de Recoleta. Es por aquí cerca, mira, dobla en la próxima esquina a la izquierda y pasando una cancha de fútbol ahí está la casa.

¡Qué regia ella viene en auto con chofer!, aulló la Rana al verla, al saludarla tratando de mirar a Carlos que esperaba sentado en el vehículo. Dile que se baje pos, niña, pa conocer al príncipe de tus pesadillas. Mejor que no, Ranipata, porque la Lupe y la otra lo van a agarrar para el güeveo. Na que ver, niña, estoy sola. Anda y dile al hombre que entre un rato para tomarse una tacita de té, y también pueda conocer a tu madre. Entonces la Loca del Frente miró los ojos capotudos de la Rana y volvió a encontrar ese viejo cariño de amiga, esa hermandad generosa de loca antigua al verla tan enamorada.

Carlos entró cohibido, pidiendo permiso al sentarse en el destartalado sillón. Pase no más, mijo, lo recibió la Rana tratando de no encanmitarse con los ojos adormecidos del chico, mirando las fotos de hombres piluchos que empapelaban la pieza. Es mi álbum familiar, todos me amaron, todos me adoraban cuando yo era rica, y después cuando me llegó la pobreza se fueron, me robaron las últimas joyas y apagaron la luz. ¿Y

cuándo fuiste rica, niña?, le dijo la Loca del Frente, tratando de hilvanar la magia embustera de esa conversa. En el norte, mi linda, yo era la señora Rana, la Gran-Rana, la Rana-Reina que le organizaba las mejores noches al alcalde, a los bomberos, al Club Deportivo, y a cuanta autoridad llegaba por esas tierras. ¿Usted era dueña de alguna discoteque? Na que ver, niño, le contestó la Rana mirándolo fijo. Yo regentaba la mejor casa de putas de Antofagasta, tenía piano y las chiquillas más lindas de la región. ¿Piano de cola?, preguntó la Loca del Frente con fingida inocencia. Ya salió la ordinaria con sus conchazos de mal vivir. Usted, mijo, tiene que perdonar a esta hija mía que salió así. La tuve en los mejores colegios de monjas, pero nunca aprendió modales la pobrecita. Y tú comprenderás, Carlos, que con esta madre, a quién más iba a salir, contestó la afectada simulando rubor. No se enoje mi niña, si el joven sabe que es puro güeveo de locas. ¿No es cierto, mijo? Claro que sí, dijo Carlos sonriendo tranquilo. Era extraño, pero en esa guarida de maricones se sentía bien, como si en alguna vida anterior hubiera conocido a la Rana, esa enorme matrona colipata vestida de pantalón y camisa negra que lo miraba con cálida simpatía. Ponga la tetera, mija, para que tomemos tecito, le rogó la Rana tierna y maternal. Al tiro, mami, se paró la otra y fue a la cocina con una morisqueta de dibujo animado. No se preocupe, agregó Carlos, no queríamos

molestar. No es molestia atender a un amigo de mi hija. ¿Se conocen hace mucho tiempo? Casi dos meses. ¿Y cómo se conocieron? Caminando, mintió Carlos, incómodo por ese molesto interrogatorio. Entonces la Rana, como una gran marsopa leve y flotante, se sentó junto a Carlos y le habló en un susurro: Mire, mijo, no es que sea copuchenta, pero a esta chiquilla la quiero como a una hija, dijo apuntando con la boca a la cocina donde la Loca del Frente hacía sonar las tazas preparando la once. Lo único que le pido es que no la haga sufrir, porque su vida no ha sido nada de fácil. Yo veo que usted es un joven decente, respetuoso, y por lo mismo, le pido que no la entusiasme, no le haga creer cosas que no pueden ser. ¿Me entiende? Carlos sin hablar afirmó con la cabeza visiblemente afectado. Pero yo nunca lo he ilusionado, nunca le he dicho que... ¿Me están pelando?, gritó desde la cocina la loca, apareciendo con la bandeja humeante de aromático té. ¿Y quién te va a pelar a ti, niña?, vociferó la Rana parándose del sillón y volviendo a su lugar. Mientras tomaban el té, la Rana llenó el aire agrio de la pieza con sus narraciones prostibulares y alegres anécdotas que Carlos celebraba con estridentes carcajadas. Qué bien se llevan ustedes, murmuró la Loca del Frente, recogiendo las tacitas con una mueca de celos. Pero qué malagradecida es usted, hija mía, se molesta porque entretengo a su amigo que me cayó tan bien. Y tiene las puertas abiertas de esta casa

cuando usted quiera, mi lindo. Muchas gracias, respondió Carlos parándose con relajo, para retirarse con su cortesía de muchacho educado. ¿Nos vamos? Seguro, Carlos, porque mi mami después se pone cargante. Venga el burro..., repicó la Rana. Por detrás y por delante, dijo la otra. Ay, niña, no hay quien lo aguante, siguió la Rana. Para usted mi comandante, terminó payando la Loca del Frente, mientras la Rana la abrazaba en un arrebato de cariño. Y conversando animados y alegres, los tres salieron a la calle y en el minuto del adiós junto al auto, los ojos anfibios de la Rana se agolparon en dos coágulos a punto de lagrimear. Ay, mami, no se ponga triste, si lo pasamos tan bien. Por lo mismo, algo me dice que puede ser una última vez, presagió cavernosa la voz de la Rana, enjugando su pena en un diminuto pañuelo. Se nos olvidaba el tocadiscos, si a eso vinimos. Carlos, anda a buscarlo al auto y llévalo a la casa, por favor. En el momento de quedarse solas en la vereda, ella le preguntó a la Rana: Es lindo, ¿no es cierto? Maravilloso, hija, pero no se enamore, déjelo ir, porque después será más difícil, la aconsejó con sabiduría de comadre sureña. ¡Pero qué envidiosa!, saltó con furia la Loca del Frente, o sea que tú no crees que un hombre me pueda amar. Muchos, hija, pero este no, dijo la Rana con gravedad. Me pregunto qué motivos tiene para engatusarte. Mis encantos pues, niña, además tú no conoces nuestra historia y tampoco te la puedo contar.

¿No creo que sea tráfico de drogas, niña? Más peligroso que eso. La Rana se agarró la cabeza cuando Carlos salió de la casa y cortésmente le tomó la mano para despedirse. No se olvide de lo que le pedí, le habló en secreto, mientras el chico sonriendo afirmativo subió al auto para acelerar en un remolino de tierra. ¿Qué te pidió la Rana? Nada importante, unas revistas que le ofrecí. Quedó maravillada contigo, es una gran amiga la Ranita, las locas son todas veleidosas, pero ella es fiel, un poco anticuada no más, pasada de moda. ¿No es cierto, Carlos? Mira quién habla. ¿O sea que tú me encuentras vieja? Eso no te lo voy a aceptar, dijo ella amurrada y se hundió en el asiento. No te enojes, estoy bromeando, fue linda esta tarde, me reí como loco, me hacía tanta falta relajarme, porque vienen días pesados. Y otra vez cayó sobre ellos una bambalina de acero. No te voy a preguntar por qué, pero te pido que tengas cuidado, y no dudes en pedirme lo que sea, dijo ella. ¿Lo que sea?, interrogó él con una ceja en alto. Cualquier cosa, menos tomar un arma, me tiemblan las manos, no lo soporto. Pero ya has tenido armas en tus manos. Capaz, dijo ella, pero sin saberlo. No quiero enterarme y prefiero cambiar de tema porque me dan nervios. ¿Y si yo te enseño a disparar? Me muero, sería como un canguro con pistola, le dispararía a cualquiera. ¡Ay, Carlos!, hablemos de otra cosa, por favor, pongamos música. ¿Dónde se prende la radio?

Si Dios me quita la vida
antes que a ti
le voy a pedir ser el ángel
que cuide tus pasos.

La música los envolvió con su timbaleada ranchera, entre la canción y sus pensamientos, la historia política trenzaba emociones, inquietudes del joven frentista al borde del arrojo, ilusiones enamoradas de la loca cerrando los párpados, rezando la letra de esa balada con el pecho apretado, presintiendo cercano el desenlace de una intrépida acción. Así, por largo rato, se dejaron llevar en la atmósfera de romance y peligro que presagiaba esa mexicana voz, hasta que Carlos cortó la radio y, muy serio, se atrevió a decir: Fue hermoso conocerte. Te juro por mis ideales que nunca te voy a olvidar. ¿Y por qué me hablas así?, como si te estuvieras despidiendo. ¿Qué te dijo la Rana? ¿Qué chismes te metió en la cabeza? No sé, dijo Carlos meditativo, pero a lo mejor sin quererlo te he hecho daño. ¿O sea que tú y la Rana creen que yo soy una cabra chica que no sé manejar mis sentimientos? No es eso solamente, es posible que yo te haya metido en esto sin preguntarte. ¿Me sigues creyendo una tonta inocente? Pero de todas maneras esto tenemos que conversarlo. Mira, Carlos, me duele mucho la cabeza, dijo ella poniéndose un dedo en la sien, de este tema no hay nada que conversar. Pero... Pero nada, concluyó la loca,

girando la cabeza en un desprecio, para sumirse en el anochecer violáceo de la ciudad.

Al llegar, ella se bajó dando un portazo, y abriendo la cerradura subió la escalera soberbia sin mirar atrás. La ruidosa acelerada la hizo detenerse en el descanso de los peldaños, porque hasta allí le duró su rabia, y sintiendo las piernas de lana, pudo prever el vahído sentándose en la escalera para reponerse. Que se fuera, que no volviera nunca más, rogó apretando los puños. Total ya la había usado. Y en realidad, la Rana y el chiquillo de mierda tenían razón; ella era una loca necia, una vieja estúpida que se dejó embaucar por la cortesía universitaria y el trato amable de ese mocoso. Y era solo eso, pura amabilidad, puro agradecimiento por haber prestado su casa y su tiempo a esos revolucionarios que no tenían corazón. En esa postura, con las rodillas juntas, acurrucada en el centro de la larga escalera, parecía más bien una niña, el garabato artrítico del desamor. Quiso llorar, como tantas veces que la vida perra la enrostraba el espejo del desengaño. Quería llorar con toda su alma para sacarse de una vez la espina quemante de ese capricho, pero su mirada de quiltra lunera no logró reflejar la claridad agónica que se iba en el último pestañazo de la tarde.

¿QUIERE DESAYUNAR en el comedor o en la terraza, mi General?, preguntó con hablar refinado el cadete que estaba a su servicio ese fin de semana. Tiene voz de maricón este cabro, pensó el Dictador, mirándole el sube y baja de las nalgas apretadas al llevar la bandeja. El Cajón del Maipo olía a tierra mojada esa mañana, los hedores cenagosos del río se mezclaban con el humear de las tostadas y el café con leche recién preparado que lo esperaba en la amplia terraza. Pero otro olor dulzón, como a claveles frescos, predominaba en el ambiente. ¿Quiere las tostadas con mermelada de damasco o frambuesa, mi General? Con nada y retírese, le contestó parco al cadete que desapareció en la nube jacinta de ese perfume maraco. Después del desayuno, y durante toda la mañana, permaneció tirado sobre un sillón en ese mismo sitio, admirando embobado las altas cumbres de la cordillera por si descubría algún cóndor girando en su carnívoro planear. Pero no encontró ninguno en el despejado lienzo del firmamento, en su reemplazo, una bandada de picaflores

pasó rauda sobre su cabeza cana, despeinándolo con su aleteo mosquito. Pequeñísimas las aves, juguetearon enredadas en la baranda, y quietas en su helicóptero flotar, succionaron a destajo el polen de su jardín. Con un manoteo enojado las espantó. Zancudos de mierda, moscas pichiruches que se creen pájaros picando flores. No le aprenden al gran cóndor cazador, que nunca deja las alturas. Allá abajo en el prado, el remanso de las aguas mecía la chasca verde del pasto, y más lejos, sentado en un peñasco, el joven cadete con una mano en su estrecha cintura, parecía soñar viendo encresparse la corriente. Su cabeza rapada y rubia refulgía como un huevo de bronce al chispazo del sol. Mi General, ¿tiene tiempo para revisar este discurso?, lo interrumpió su secretario estirándole la carpeta. Mientras fingía leer las hojas una por una, observó de reojo al cadete caminar a lo lejos por la lengua de arena que bordeaba el río, su figura de flamenco adolescente, se curvaba a ratos para cortar una florcita que mordía su boca color sandía. ¿Cree usted, mi General, que haya que cambiarle algo al texto?, lo volvió a sorprender el secretario que a su lado aguardaba instrucciones. Espérese un poco, que todavía no he terminado de leer, le contestó sin perder de vista al cadete que ahora conversaba animadamente con uno de sus escoltas. A la distancia, los muchachos reían por alguna broma que contaba el chico rubio. De lejos, el

escolta, también joven y gallardo, algo le susurraba al oído del cadete, y juntos caminaron por el angosto sendero de playa palmoteándose los desnudos brazos en manga corta de la camisa militar. Entonces el Dictador dejó los papeles y parándose fue hasta la baranda. ¿Y de dónde salió este pájaro afeminado?, preguntó al secretario apuntando al cadete que se alejaba hasta el bosque acompañado por el escolta. Es sobrino del coronel Abarzúa, dijo el otro recogiendo la carpeta. ¿Y cómo se les ocurre traer a mi casa este tipo de gente? ¿Cómo se les ocurre dejar entrar estos raros a la Escuela Militar? Lo recomendó el coronel Abarzúa, mi General. A la mierda el coronel Abarzúa. No sabe usted que estos tipos traen mala suerte, y quizás qué tragedia nos espera este fin de semana. ¿En qué cabeza les cabe permitir que un maricón use el uniforme de cadete? ¿No sabe usted que estos desviados son iguales que los comunistas, una verdadera plaga, donde hay uno... ligerito convence a otro y así, en poco tiempo, el Ejército va a parecer casa de putas. ¿Y qué hacemos con él, mi General? ¡Sáquelo inmediatamente de aquí y lo da de baja! No soporto verlo mariconeando en mi jardín, insolentando a los muchachos de la escolta. ¿Y qué razones le damos al coronel Abarzúa? Dígale que al sobrino lo sorprendieron en un acto inmoral, y al tonto de Abarzúa no le quedarán ganas de seguir preguntando.

Desde la terraza el Dictador vio cuando al cadete lo sacaban tironeándolo de la casa, lo vio reclamar, pedir explicaciones, y vio cuando a empujones lo subían al jeep que desapareció en una fumarola de tierra, y solo entonces respiró profundo, y ya más relajado, se dispuso a escuchar los redobles sinfónicos de su marcha preferida. Así, todo estaba casi bien: el tarro radial de su mujer en Santiago; ese cadete maricucho expulsado del Ejército; los marxistas controlados y otros bajo tierra; pero el remolino de picaflores seguía allí, alterando el orden de la mañana con su zigzagueo molestoso.

12:00 Hrs.
A las doce aún no sabía qué cocinar, la noche entera se la pasó vuelta y vuelta, medio ahogada, como si alguien le pusiera una plancha de hierro en el pecho. Y con esa taquicardia se había levantado. Cada cierto rato una horca invisible le apretaba la garganta y tenía que subir al altillo a tomar aire.

En realidad, el hambre no era importante, iba a tirar unos fideos a la olla por si acaso, pero antes se tomaría unas gotas de valeriana para calmar la angustia. No lograba reponerse de las palabras que Carlos le había dicho. Volvía a escuchar esa despedida maricona diciéndole: Fue bonito conocerte. Pero qué descaro del güevón darle la cortada con tanta finura. A lo mejor ella exageraba, confundía las cosas, quizás Carlos no

se estaba despidiendo, porque habían pasado una tarde tan maravillosa en la casa de esa vieja copuchenta de la Rana. Pero era otra cosa aquello que la tensaba como un resorte de somier al pensar en el chico. Algo intangible se apoderaba de la casa a medida que avanzaba el día. Algo siniestro la aguardaba al abrir una puerta, al entrar al despoblado inmóvil en que se había convertido ese espacio desde que Carlos retiró los cajones. Todos sus trapos, manteles, carpetas y cortinas yacían tirados por el suelo, y en la semipenumbra, los rayos solares arrastraban la luz cruda del mediodía por los pliegues y dobleces de esos bultos, dándole apariencia humana. Algo así como un campo de batalla sembrado de vacíos restos. Qué horror, se dijo, pensando ordenar un poco ese pajaral de tiras desinfladas por todos lados. Su palacio persa, sus telones y drapeadas bambalinas de carey, todo ese proyecto escenográfico para enamorar a Carlos había sucumbido, se había desplomado como una telaraña rota por el peso plomo de una historia urgente.

12:05 Hrs.

A las doce y cinco le preguntó el secretario: ¿A qué hora piensa almorzar, mi General? ¿Y usted cree que tengo ganas de almorzar leyendo estas noticias?, y le extendió el diario español donde aparecía su famosa foto de lentes oscuros con el título de criminal. Mire usted cómo me tratan

estos mal nacidos. Perros vende patria, que se salvaron jabonados el '73, debería haberlos aplastado como cucarachas a todos y santo remedio. Y dio un golpe en la mesa de la terraza alborotando el enjambre de picaflores, que huyeron a perderse en el verdeazulado jardín. ¿Pero a qué hora desea almorzar, mi General?, porque tenemos que regresar temprano a Santiago, insistió cortésmente el secretario, recogiendo el periódico desparramado en el piso. No quiero almorzar, no voy a comer nada. ¿No entiende usted o es tonto?, y ahora retírese que deseo descansar. Y se amurró en el sillón, tratando de olvidar ese mal rato, pero no pudo, esa foto suya con gafas oscuras de la primera Junta Militar, la tenía impresa en el cerebro. ¿Para qué te pusiste lentes oscuros si estaba nublado ese día, hombre?, lo había recriminado su mujer entonces. No ves cómo los comunistas han usado esa foto para desprestigiarte. Pareces un gánster, un mafioso con esos lentes tan feos. Y la verdad, ahora que lo pensaba, se los había puesto para no tener que mirar a nadie a los ojos, más bien para que nadie viera el regocijo en su mirada de buitre esos días de palomas muertas.

16:00 Hrs.
A las cuatro la sobresaltó la voz de su vecina gritando como gallina clueca desde la vereda del frente. Vecino, vecino, lo llaman por teléfono, es la señora Catita, y quiere hablar urgente con

usted. Desde la ventana le hizo un ademán apaciguador a la mujer y dándole las gracias, dijo que ya iba. El dolor de cabeza no se le quitaba aunque en ese rato había logrado dormitar un poco. Mientras descendía la escalera, inventaba una excusa que darle a doña Catita. Que lo perdonara por haberse ido así de su casa y no entregarle el mantel. Pero pensándolo mejor, no tenía que darle ninguna explicación a esa vieja de mierda, tan fufurufa, tan teñida de plateado mandoneándolo por la mugre de mantel, como si ella fuera una china a su servicio. Cuando entró al almacén, las viejas se quedaron mudas para escuchar la conversación, pero la loca no tomó el auricular, y acercándose a una de ellas le dijo por lo bajo: Le quiero solicitar un favor: ¿usted podría contestar el teléfono y decirle a la señora que me llama que yo me cambié de barrio, y que usted no tiene idea dónde me fui? La mujer lo miró con sorpresa, pero accedió sin más trámite. Al salir del lugar, tragó una inmensa bocanada de aire y sintió soltarse un poco el nudo que amarraba su corazón. ¿Tal vez era el encierro en esa casa lo que la tenía así? Por eso decidió no quedarse encuevada esa tarde, quería salir, retomar sus antiguos tránsitos, subirse a una micro, patinar por el centro, ir al cerro Santa Lucía o meterse en un cine de cahuín, donde por unos pesos, algún roto le diera de mamar en la oscuridad, y poder olvidarse de Carlos y esa preocupación

perforándole el pecho. Y así lo hizo, pero cuando subió a la micro un latido urgente se ahogó en su garganta.

16:05 Hrs.

A las cuatro y cinco, el Dictador ronroneaba un sueño profundo hamacado por la leve ventisca que entibiaba el jardín. Después del mal rato, su pesado cuerpo había sucumbido al rumor oloroso que despedía el campo, las fragancias de pino, eucaliptus y bosta de vaca, tomaban formas evocativas en el paisaje de algodón que amortiguaba su sueño. Podía ver el horizonte y las jorobas azulinas de los cerros casi tocando el cielo, y en el cielo, pequeños puntos oscuros girando en la centrífuga de un aéreo flotar. Eran cóndores, sin duda, que iban agrandándose a medida que su trapecio circular perdía altura. Pero también podían ser águilas, por su lejano graznido. Ya casi podía verlas nítidas acercándose en su balanceo inmóvil. Pero ellas también lo veían, desde lo alto enfocándolo con su pupila rapiña. Más bien, él se veía en los ojos de las aves, tan solo y diminuto, tan indefenso allá abajo recostado en la terraza, como un abuelo muerto, presa fácil para esos pájaros carnívoros. Intentó sentarse, moverse, para alejar esa ronda asesina que ya sobrevolaba el techo de la casa. Quiso llamar al secretario, pedir auxilio con sus labios tiesos, paralizados por el miedo, entonces la primera sombra se precipitó

a su cara, y sintió un escalofrío cuando el violento picotazo le arrancó un ojo. No sentía dolor, pero la mitad del mundo se apagó en la penumbra. Por el otro ojo vio caer en picada la gran sombra definitiva, y el grito estrangulado despertó a toda la casa. Cuando abrió los ojos, lo rodeaban los escoltas y el secretario abanicándolo con el diario español, mientras le decía: Era una pesadilla, mi General, respire hondo, no se preocupe.

18:00 Hrs.

A las seis, recién la micro había llegado al centro. En la Alameda se bajó, encaminándose al Paseo Ahumada, que a esa hora hervía de gente apurada y comerciantes ambulantes corriendo, recogiendo mercaderías desparramadas por el suelo, arrancando de los pacos. El suelo estaba regado de panfletos llamando a protestar en septiembre: 1986-AÑO-DE-LA-LIBERTAD. ESTE-AÑO-CAE. PINOCHO, SE-TE-ACABÓ-LA-FIESTA. Eran algunas consignas que se leían en los papeles escritos con tinta roja. Al agacharse y recoger uno, sintió el puntazo de la luma al clavarle las costillas. ¡Bótalo, maricón culiao!, le gritó el paco mirándolo con furia. Y córrete de aquí, anda a mariconear a otro lado, si no querís que te lleve preso. Y la loca no esperó que le repitieran la orden, haciéndose humo entre los transeúntes que le abrían paso con susto. A las dos cuadras recién pudo sentarse en un banco, acezando, sintiendo,

más que el dolor, la humillación de ser golpeado por ese perro de uniforme verde. Sin motivo, sin ninguna razón, estos desgraciados apalean, torturan y hasta matan gente con el consentimiento del tirano. Malditos asesinos, pensó, pero ya van a ver cuando Carlos y sus amigos del Frente les vuelen la raja de un bombazo. La vida es muy justa y ya les va a tocar a ellos, siguió pensando al pararse y caminar cojeando hasta la Plaza de Armas, donde esperó encontrar tranquilidad ese día de mierda. Pero al llegar cerca de la Catedral, un numeroso grupo de mujeres se juntaban en las escaleras portando las fotos de sus familiares detenidos desaparecidos. JUSTICIA-QUEREMOS-JUSTICIA.-LOS-LLEVARON-DETENIDOS-NO-LOS-VIMOS-NUNCA-MÁS.-LO-QUE-AHORA-EXIGIMOS-QUE-NOS-DIGAN-DÓNDE-ESTÁN. Eran las consignas que coreaban las señoras, madres, abuelas, hermanas de toda esa gente que aparecía desteñida en las fotos clavadas en el pecho. Al acercarse, una mujer todavía joven le hizo una seña para que se uniera a la manifestación, y casi sin pensarlo, la loca tomó un cartel con la foto de un desaparecido y dejó que su garganta colisa se acoplara al griterío de las mujeres. Era extraño, pero allí, en medio de las señoras, no sentía vergüenza de alzar su voz mariflauta y sumarse al descontento. Es más, una cálida protección le esfumó el miedo cuando las sirenas de las patrullas disolvieron el mitin y ella tuvo que correr, saltar un banco de la plaza, tropezar, rodar por

el suelo en un resbalón por las baldosas mojadas, y llegar a la esquina donde encontró refugio en una galería comercial. Todavía respirando ahogada por el humo de las lacrimógenas, despegó la foto que llevaba en el cartel, y doblándola cuidadosa, la guardó en su bolsillo. ¡Peluda la protesta!, escuchó que alguien murmuraba a su lado, era un joven cafiche, que sobándose el bulto esperaba clientes. Tiene que esconderse en el teatro para que no lo pillen, le comentó con malicia invitándola a seguirlo hasta el fondo de la galería, donde los carteles karatecas del Cine Capri ocultaban la doble función en vivo del porno maraco. Y otra vez, casi sin pensarlo, se dejó arrastrar por el pasaje detrás de ese taxi-boy que le había encendido la dormida lujuria de su antiguo mariconear.

18:05 Hrs.
A las seis y cinco los autos de la comitiva estaban alineados en el camino esperando al Dictador para trasladarlo a Santiago. La guardia personal conversaba relajadamente al pie de los vehículos con las metralletas colgando de sus hombros. Las maletas en el portaequipajes, el chofer presidencial sentado al volante... Todo estaba listo, pero él no se decidía a emprender el regreso. Más bien, dilataba ese caluroso viaje entre los cerros, a esa hora del atardecer con el sol ribeteando las cumbres andinas, con esa gran alfombra de tinieblas brotando de los acantilados,

ennegreciendo el verde primaveral que expiraba bajo la sombra del Cajón del Maipo. En realidad, no tenía ganas de volver a Santiago, lo esperaba el traqueteo revoltoso de septiembre, que las protestas, que las marchas de los estudiantes, que los bombazos y apagones de este once que al parecer, por lo que transmitía esa Radio Cooperativa, se venía con toda la batahola revolucionaria para desestabilizar al gobierno. Pondría mano dura, y si era necesario, decretaría toque de queda y las tropas del Ejército se harían cargo de la situación. No vacilaría en dar la orden de fusilar a cualquier comunista que intentara desafiarlo. Pero son unos cobardes, no se atreven a enfrentarse cara a cara a mis hombres, sonrió al mirar el grupo de escoltas que, bajo los árboles del camino, bromeaban con sus armas apuntando a un perro cojo que rengueaba por la carretera. Tal espectáculo le amplió la sonrisa compartiendo la broma al gritarles: Maten a ese perro marxista, tienen mi permiso. Pero el animal, alertado por el grito y las carcajadas, supo escabullirse entre las malezas, y el quejido del disparo fue un eco que siguió sonando mientras el Dictador, con buen ánimo, se dispuso a subir al Mercedes Benz para iniciar el viaje.

19:00 Hrs.

A las siete en punto se apagaron las luces de la sala y comenzó la primera película. De reojo la loca leyó el título: DURO DE MATAR II, y también

de reojo vigiló al cafiche pendejo que a su lado se acomodó en la butaca amasándose el miembro. Quiso sentarse en las primeras filas, porque al fondo era tan espeso el culiadero, que en la oscuridad nadie sabía con quién lo estaba haciendo. Y en realidad, las últimas filas eran para las locas cochinas que se pajeaban entre ellas, y cuando aparecía un hombrecito, como el que ella tenía a su lado, eran capaces de todo con tal de agarrarle el paquete. Por eso, no prestó atención al crujidero de butacas que terremoteaba el ambiente, tampoco escuchó los quejidos eyaculantes que acompañaban las escenas de karate violento desplegadas en la pantalla. Chispazos lacres refulgían la penumbra, y ese resplandor rosado mostraba fugaz la ensalada de cuerpos que, en la última fila, coreografiaban el éxtasis de su clandestino manosear. Junto a ella el taxi-boy, algo entusiasmado con la película, esperaba que la loca tomara la iniciativa. Por algo le había pagado la entrada, por algo se habían sentado juntos. Pero también, por alguna misteriosa razón, ella permanecía estática frente a ese film de sangre y hematomas acrobáticos. En realidad, no estaba completamente allí, su corazón viajaba temeroso, latiendo como una bomba de tiempo apresurando su reventar.

19:05 Hrs.
A las siete y cinco le pidió al chofer que disminuyera la velocidad para vigilar mejor el paisaje

que el zumbar de los autos dejaba atrás. Es la seguridad, mi General, que no permite ir más lento. Qué seguridad ni seguridad, aquí mando yo, y si le ordeno que vaya más lento, obedezca. Entonces la caravana de vehículos zigzagueó con el repentino cambio de marcha. Adelante y atrás, los escoltas sorprendidos asomaron por las ventanillas los cañones de las metrallas, y de improviso aullaron las sirenas su griterío de alarma. ¿Pasa algo, mi General?, preguntaron por el radio transmisor. ¿Y qué va a pasar? Nada pues, hombre, y apague esa güevada, que me pone más nervioso. Así, con una tranquilidad de paseo, la comitiva descendía la precordillera orillando las cuestas al vadear los potreros de amarillos yuyos y pintas lacres de alguna maleza en flor. Un extraño sopor lo abotagó de cansancio y el suave cabeceo de la ruta lo fue adormilando, hasta que su mentón cayó al pecho en un ronco suspirar. Pero no quería dormir, las continuas pesadillas lo ponían de mal genio y trató de permanecer despierto hasta llegar a Santiago. Recién habían cruzado el pueblo de San José de Maipo, y le extrañó no ver a nadie en sus polvorientas calles; es más, en toda la ruta no había visto a ningún lugareño y los puestos de empanadas y pan amasado que bordeaban el camino estaban cerrados y sin las típicas banderas blancas anunciando su olorosa cocción. Hasta los pájaros habían desaparecido de ese aire quieto, y

solamente el mullido rodar de la comitiva atenuaba el pesado silencio.

19:10 Hrs.

A las siete y diez se aburrió de mirar la película y le puso una mano en la rodilla al chico que hacía rato esperaba su decisión. Y suavemente, sus dedos lombrices reptaron el muslo tan lentos como si cruzaran un campo minado. La textura áspera del bluyín era terreno de lija para sus yemas tarántulas encaramándose por el largo fémur endurecido por el tibio tacto. El telón se había convertido en un parabrisas veloz que tragaba la interminable carretera donde viajaba la pareja protagonista. Sin duda, alguna escena de acción se avecinaba por la secuencia acelerada de las tomas camineras. Y allí detuvo la mano a centímetros de la entrepierna, casi sintiendo el temblor de los testículos palpitando como huevos de pólvora caliente. El chico esperaba su avance mirando el film, también desdoblada su atención, entre la caricia sexual y esa carrera sin fin del auto en la pantalla, ahora rodando vertiginoso perseguido por un helicóptero. En cada giro del volante, la muñeca rubia se abrazaba al joven oriental esquivando juntos el bombardeo aéreo que encendía en llamas la huella de su fuga. La mano crispada de la loca avanzó un poco más, hasta pulsar suave el escroto prohibido. Y allí el telón se inflamó en una brasa púrpura alcanzando la cola del auto

que aceleró aún más en un reguero de chispas. ¿Cuánto me vai a pagar?, la interrumpió el chico, sacándole bruscamente la mano. La loca no contestó, acomodándose en el asiento para seguir viendo la película.

19:11 Hrs.

A las siete con once, aún faltaban unos minutos para que la fila de autos tomara la cuesta Achupallas. Él insistió en regresar a Santiago por ese camino, y una vez más tuvo que contradecir a esos tontos del aparato de seguridad que constantemente cambiaban su itinerario. Es por precaución, mi General, para prevenir algún atentado. No pudo más que reírse cuando escuchó esas explicaciones. ¿Y quién se va a atrever a ponerle un petardo en el camino? Estos cabros ven mucha televisión, muchas películas de comandos guerrilleros, pero en este país no ocurren esas cosas. Aquí todo está controlado, y no se mueve ninguna hoja sin que yo lo sepa. Además, aquí no hay selvas donde puedan esconderse. Por eso, pensar en un ataque guerrillero es ser demasiado fantasioso. Y con la sonrisa colgando de la comisura, giró la cabeza para revisar los dos autos que seguían al Mercedes y también a un tercero que encabezaba la columna. Y fue en ese momento que el vehículo delantero se quebró en diagonal con la brusca frenada para no chocar la casa rodante que cortaba el camino. Y a su vez, todos los autos

patinaron en un alarido de neumáticos y explotó la sonajera de balas repicando en los parabrisas. Como de improviso, estalló la tormenta de guatacazos en granizada de metracas salpicando los vidrios. ¿Lo estaba soñando o era real ese ataque silbando fuego por los Mauser desde los peñascos? Tírese al suelo, mi General, le gritó el chofer desesperado, pero hacía rato que el Dictador tenía la nariz pegada al piso, temblando, tartamudeando: Ma-mama-citalinda, esta güevá es cierta. Y tan cierta que el pavor de los escoltas no los dejaba reaccionar. Y pálidos se escondían como ratas en el fragor de la balacera. Y neuróticos no sabían qué hacer con las armas, mirando hacia todos lados, gritando órdenes locas en el desconcierto, en los estampidos de rocket haciendo recagar el primer auto que saltó por los aires en un estruendo de cenizas y un humo espeso, un humo picante nublando la batahola en el ardor de aquella escena.

19:15 Hrs.

A las siete y cuarto, la loca no pudo leer la hora en el reloj fosforescente colgado en la muralla del cine. Repentinamente algo le empañó la visión, y por más que se achinaba tratando de ver lo que ocurría en la pantalla, un velo mugriento le cubría el rostro al joven protagonista, y solo distinguía la empuñadura nudosa de sus dedos epilépticos pulsando el arma. Más

bien, solo creía ver las manos de Carlos aferradas al metal de ese cañón tronante. Lo veía o lo imaginaba saltando las piedras, rodar la pendiente y volver a pararse disparando, corriendo, evitando el clavetear de los proyectiles en la muralla de rocas. Un grito ahogado se escapó de su garganta: Cuidado-Carlos-que-te-matan. A-tu-derecha-Carlos, ese-milico-que-te-apunta. Y zumba el pencazo rozándole su sombra eléctrica que ya no está allí, que saltó ovillado girando por el barro del suelo. Y con la cara sucia, le sonríe desde el telón, agradeciendo el aviso de su loca, su vieja loca, que de lejos lo acompaña en el apuro.

19:20 Hrs.
A las siete y veinte ardía la cuesta en el Cajón del Maipo con el pencazo de la pólvora al explotar en los autos que humeaban por el retumbón. ¡Salgamos de aquí ahora, que nos hacen mierda!, gritaba como verraco el Dictador, asomando meticuloso la nariz por el vidrio hecho astillas. Pero ¿por dónde?, si nos tienen rodeados, tartamudeó el chofer, mientras ponía marcha atrás chocando con el vehículo trasero. ¡Por cualquier parte, sáqueme de aquí que estos güevones me matan! ¡No ve que no se puede, mi General. Agáchese mejor y sujétese bien que voy a intentarlo por atrás! Y en una maniobra de acróbata, el blindado Mercedes reculó con desespero estrellando parachoques

y latas, pudiendo salir milagrosamente del tiroteo por la pericia del chofer, que viró en noventa grados rechinando la goma de los neumáticos al retomar el camino y arrancar hecho un peo de regreso por la carretera. Atrás lo que quedaba de la comitiva era un desastre de autos agujereados en la espesura del humo que subía por los cerros. En el asiento trasero, el Dictador temblaba como una hoja, no podía hablar, no atinaba a pronunciar palabra, estático, sin moverse, sin poder acomodarse en el asiento. Más bien no quería moverse, sentado en la tibia plasta de su mierda que lentamente corría por su pierna, dejando escapar el hedor putrefacto del miedo.

19:30 Hrs.
A las siete y media una hediondez a caca flotó en la atmósfera del cine, mezclada con semen, desodorante y perfume de varón. El ácido fermento lo hizo pararse de la butaca y caminar rápidamente hacia la salida. Maricones cochinos, pensó, ni se lavan el poto antes de venir a culear en la fila del fondo. Pero más que eso, más que la borra fétida del sexo malandra, algún presentimiento la tenía intranquila al ver esa película tan violenta. ¿No me vai a pagar?, la interceptó el muchacho que venía tras de ella. Chis, lo único que faltaba. ¿Cobrái por la tocá? Unas monedas que sean, le dijo el chico con ojos lastimeros. Creís que soy güevona, ni

siquiera me lo mostraste. Te lo muestro ahora. No se moleste, lindo, porque ahora me voy, contestó la loca pasándole unas monedas de a peso al cafiche, que las agarró murmurando: Maricón cagao, mientras entraba a la sala nuevamente. La ciudad era otra cuando atravesó la galería comercial desierta y alcanzó la calle del centro, que a esa hora, siempre era un borboteo de oficinistas y bocinas y secretarias que corrían a tomar el Metro. La Plaza de Armas, en la esquina, se veía casi desierta, herida por el fogonazo lacre de las patrullas que corrían aullando. Los paraderos de micros hervían de mapeatones colgando en racimos de brazos y manos agarrados de la escasa locomoción colectiva que aceleraba huyendo por las calles vacías. ¿Pero qué mierda había pasado en el tiempo que ella estuvo en el cine? El tambor de su corazón le retumbaba: Carlos-Carlos-Carlos. ¿Qué sería de él en esta incertidumbre de pacos revisando bolsos y carteras en las esquinas, en este sobresalto de los helicópteros que zumbaban bajito, fotografiando la ciudad con sus reflectores aéreos de teatro pánico. Al subir a la micro, amasada como tortilla de campo, algo escuchó por los comentarios en voz baja que circulaban entre la gente: Una emboscada-Lo mataron-Está herido-Se salvó-Murieron siete escoltas-Fueron los del Frente. ¿Y pudieron arrancar?, le preguntó a una vieja que hacía gárgaras con la copucha. Se salvó de milagro, ni un rasguño, debe tener

pacto con el diablo. Seguro que sí, pero dígame, los guerrilleros ¿pudieron escapar? La mujer lo miró de perfil, y le dijo al oído: Toditos, toditos, no cayó ninguno. ¡Ufff! Qué alivio, suspiró la loca poniéndose una mano en el pecho para tranquilizar su corazón. Dicen que los chiquillos del Frente se hicieron humo después de la gracia. ¿Y nadie sabe cómo salieron de allí? Como el hombre invisible, dijo la vieja cerrándole un ojo al tiempo que se corría por el pasillo. Entonces la micro frenó de improviso y se escuchó un altoparlante: Se ordena a todos los pasajeros de este vehículo bajar de a uno para ser sometidos a una revisión.

En la casa del Cajón del Maipo el teléfono no paraba de sonar, en tropel llegaba el alto mando bajándose de autos y helicópteros recorriendo los potreros. En la casa, el tirano recién bañado tomaba a sorbos el té con tranquilizante recetado por los médicos. Un murmullo de ministros y familiares recorría las habitaciones sobresaliendo la voz estridente de su mujer gritando: ¡Se lo dije, se lo dije, se lo dije!, pero nunca me hace caso. Yo lo sabía, lo presentí y no quise comentárselo porque siempre me deja como tonta tratándome de alarmista y alharaca. Recién este fin de semana Gonzalo me vio el Tarot y allí salía. Gonzalo me lo advirtió: «Cuidado con los viajes, señora Lucy», me dijo.

Y yo, como tengo tanta fe en las premoniciones de este chiquillo, le hice caso y cancelé mi viaje a Miami para comprarme unas chalitas Versace que allá están en liquidación. Yo me cansé de prevenirlo, pero él no, dele con venir todas las semanas a olfatear el pasto de los campos como si fuera una vaca. Ve lo que le pasó, ve que tanto va el cántaro al agua que al final queda sin oreja. Ve que yo tenía razón cuando le propuse clausurar con rejas todo este valle, no dejar entrar a ningún desconocido y poner alarmas en todos los postes de la luz. Pero él tan seguro con la escolta, tan confiado en esos cabros de la Escuela Militar que mandó a estudiar a Panamá. ¿Y de qué les sirvieron los cursos antiguerrilleros que les dieron los gringos? ¿De qué les sirvió andar metidos hasta en el baño personal de una, que yo no podía ni cambiarme calzones porque ellos estaban vigilando? ¿Se fijan que fue puro gasto de plata inútil haber contratado a esos mocosos que no supieron ni disparar a la hora del apuro? Y yo, la tonta, no se lo quise decir porque él nunca me hace caso. Tanto gasto de plata en la seguridad, hombre, y apuesto que ni siquiera saben karate estos cabros chicos. A lo mejor habría salido más barato contratar a ese Frente Manuel Rodríguez para que nos cuidara, digo yo. Porque no salió ninguno herido, y los tontorrones de la escolta no pudieron con ellos. Ni siquiera un terrorista muerto, ni uno solo. En cambio, cayeron siete

de los nuestros, siete funerales, siete monolitos habrá que levantarles, siete indemnizaciones a las familias, siete banderas hay que comprar para cubrir las urnas. No ve que salía más barato contratar terroristas para la seguridad. Parece un chiste lo que estoy diciendo, lo sé. Pero no me van a decir que aunque parezca broma macabra, esos guerrilleros del Frente no sé cuánto, se merecen un aplauso. Mire que después del asalto le pusieron sirenas a sus autos y arrancaron haciéndose pasar por gente nuestra, como en las películas. Y claro, nadie se atrevió a detenerlos, y pasaron por las narices de los carabineros que controlaban el camino. Y yo creo que hasta les dijeron chao a los tarados de combate que pusieron a la salida de Puente Alto, y se fueron riendo de este viejo tonto, que no lo mataron gracias al chofer y porque Dios es grande, pero le hicieron pasar un susto.

Recordando que aún tenía en su bolsillo la foto del desaparecido, sintió un vacío en el estómago al bajar de la micro, y ante la orden mandona del militar, que los hombres allá y las mujeres acá, no supo reaccionar, tupiéndose entera, y ahí le afloró lo loca en la emergencia. ¿Y usted qué espera, no sabe dónde ponerse?, le gritó el uniformado. Tendría que partirme por la mitad para estar en las dos

partes, le contestó risueña. Así que te gustan las tunas, dijo el milico acercándosele lascivo. Entre muchas otras cosas, respondió ella con la nariz respingona. ¿Como cuáles? Como bordarles manteles a las señoras de los generales. ¿Y qué más? Como bordarle sábanas a la mamá de un coronel. ¿Y qué más? ¿Y qué más quiere? Que me borde este pañuelito que tengo en el bolsillo, le murmuró agarrándose el miembro con disimulo. Cuando quiera, pero ahora voy atrasado porque tengo que terminar un trabajito. Entonces váyase no más, dijo el milico bajando la metralleta. ¿Y no me va a revisar? Ahora no, pero después le voy a llevar el pañuelito. Muchas gracias, se despidió la loca encaminándose por la vereda, ante la mirada de los pasajeros encañonados por la espalda, con las piernas abiertas y las manos en la pared. Y desapareció con su alma coliflora clavada en un alambre, sintiendo un hielo sabueso olfateándole los pasos. En las avenidas no flotaban ni las ánimas, a lo lejos un traquetear de balas le apuró el paso. ¿Qué sería de Carlos a esta hora? ¿Y si la necesitaba? ¿Y si no tenía dónde esconderse el pobrecito? ¿Y si la estaba esperando en la casa angustiado? Y cuando ella llegara se tiraría a sus brazos como un perrito. Pero ¿y si los milicos la venían siguiendo? ¿Si le habían dado la pasada porque algo sospechaban? Y ahí caerían los dos en la emboscada. Porque en esa casa de mierda no

había por donde arrancar y las viejas copuchentas de la cuadra les dirían a los milicos: Sí, yo vi cuando entraban esos cajones con armas. Yo vi a ese homosexual cuando les abría la puerta en el toque de queda a tantos muchachos. Quizás no, peladoras serían las viejas, pero nunca soplonas, nunca dirían que en esa casa marica, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez había encontrado un hueco cálido de protección. Al sentir un metralleo cercano, intentó correr, pero se contuvo, ese panfleto con la cara de ese desaparecido le quemaba en el bolsillo, como si el rostro de ese hombre muerto pudiera respirar, y su vaho sepulto, quién sabe dónde, le entibiara el costado previniendo su acelerado caminar. Faltaban solo dos cuadras para llegar a su casa que le parecieron eternas, y al fin, temblorosa, abrió la puerta, y respirando hondo la cerró, sintiéndose protegida en la concavidad familiar de la sombra. Pero no prendió la luz. El silencio obeso que llenaba el lugar podía presagiar cualquier cosa, igual se arriesgó a subir dispuesta a todo. Uno a uno los peldaños crujieron como si caminara sobre un cementerio de cristal. Uno a uno sus pasos fueron estampidos cinematográficos que la ametrallaron rodando escalera abajo moteada de púrpura, repitiendo ahogada en sangre el nombre de Carlos-Carlo-Carl. Aquel nombre falso, disperso en la súplica chamullera de esas letras, un nombre

de mentira, de bambalinas, tan ficticio como esa jugarreta imaginaria de actuar el miedo. Le hubiera gustado recibir aplausos al llegar arriba, pero por fortuna y mucha suerte, solo el eco marifrunci de su voz le contestó burlesco: ¿Hay alguien por aquí?

AQUELLA NOCHE EN SEPTIEMBRE del '86 fue espesa, un socavón de coyotes aullantes por las avenidas, una ciudad crispada por los numerosos allanamientos, portazos, gritos y balaceras en los barrios populares. El Ejército se tomó Santiago, cortando las rutas de salida. Se montó un cerco armado desde la periferia que se fue cerrando a medida que los militares revisaban autos, casas, poblaciones enteras, formadas en fila toda la noche en las canchas de fútbol. A la menor equivocación, al más simple titubeo, a culatazos se llenaban camiones y camiones de sospechosos. Por supuesto, ella no pudo dormir en un estado así, brincando cuando escuchaba un ruido, sobresaltada por el crujir de la escalera. Con la tetera hirviendo toda la noche por si acaso, por si a Carlos o sus amigos se les ocurría llegar. Con la radio prendida, pero bajito, escuchando los últimos comunicados:

> COOPERATIVA ESTÁ LLAMANDO. LA
> SUBSECRETARÍA DE GOBIERNO INFORMA:
> POR LOS GRAVES ACONTECIMIENTOS DE LOS

CUALES EL PAÍS HA SIDO TESTIGO, SE LE RUEGA A LA POBLACIÓN MANTENERSE EN SUS DOMICILIOS Y ESTAR ATENTA A CUALQUIER CIRCUNSTANCIA QUE LES PAREZCA SOSPECHOSA Y DENUNCIARLA A TIEMPO.

Ya en la mañana, cabeceando de sueño, escuchó el alarido de su vecina informándole que lo llamaban por teléfono. ¿Hombre o mujer?, preguntó tragando saliva. Mujer, es una señorita que se llama Laura y quiere hablar con usted. Voló escalera abajo, cruzó la calle y tomando el teléfono en un minuto preguntó: ¿Aló? Sí, con él, diga. Usted habla con Laura, la amiga de Carlos. Ya lo sé, dígame ¿cómo está él? No puedo hablar mucho, usted me entiende. Él está bien, pero no es por eso que lo llamo, necesitamos urgente hablar con usted. ¿Puede ser en una hora? Claro que sí. Espéreme en la calle, lo pasamos a recoger. Gracias. ¡Qué mujer tan hincha pelotas! ¿Qué tendría que hablar con él? Seguramente querían pedirle otro favor, pero ¿por qué no se lo pedía Carlos, con quien tenía más confianza? A lo mejor era arriesgado. A lo mejor Carlos estaba herido y esa Laura no quería decirle por teléfono.

Tenía un nudo de dudas metido en su cabeza, cuando el auto apareció por la esquina y se detuvo silencioso al tiempo que una mujer le abría la puerta trasera para que subiera. Al mirarla nuevamente, reconoció a esa tal Laura bajo

unos gruesos lentes ópticos y un pañuelo amarrado en la cabeza. No te reconocí, niña, te pareces a la Chilindrina. Es por seguridad, usted entiende que son momentos difíciles para todos, le dijo la mujer cortándole el chiste. El auto aceleró, y ella recién se fijó en el hombre que conducía el vehículo. ¿Por qué no vino Carlos?, fue lo primero que se atrevió a preguntar. No puede, pero no se preocupe, él está seguro. Queríamos hablar con usted para ponerlo al tanto de su situación. Es muy peligroso que siga viviendo aquí, casi todas las casas de seguridad han sido allanadas y la suya es la única que falta. Debe ser cosa de horas para que llegue la CNI. Es urgente que salga rápido de Santiago. Pero no puedo abandonar mi casa, ¿qué va a decir el dueño si la dejo botada? Mire, lo interpeló la mujer mirándolo fríamente tras los cristales. Es cosa de vida o muerte, ¿me entiende? Si alguien más cae, caemos todos. Pero yo no puedo llegar y partir como una millonaria loca, señorita. No es mi estilo, casi le gritó al borde de la indignación. La mujer tragó aire para tranquilizar el diálogo y agregó: Escúcheme, no le estamos preguntando si usted quiere irse, debe hacerlo por su bien y el de todos. La Loca del Frente masticó saliva mirando hacia afuera. La ciudad pasaba rauda a morir en la perspectiva brumosa de las calles. Otras veces, en ese mismo auto junto a Carlos, esa fuga urbana le pareció más amable. Pero ahora

la misma ciudad era otra. Las imágenes en retirada de un pasado feliz le arrebataban lo único amado de su piltrafa vida. Era el fin, la historia de amor se deshojaba como una magnolia aplastada por las ruedas del auto. Solo quedaba el reflejo de su cara en el vidrio supurando esa garúa que caía en la ciudad llorándola sin su consentimiento. ¿Dónde está Carlos? ¿Podré verlo una vez más?, le preguntó a la joven que a su lado esperaba una respuesta. Lo veo difícil, dijo la mujer mirando al hombre que manejaba nervioso. Sería la única condición que yo le pido para irme de Santiago. Veremos qué se puede hacer, pero por el momento es urgente que usted deje esa casa. ¿Tendré tiempo para sacar algunas cosas? No lo creo, lo que sí importa es hacer una limpieza de todo lo que pueda comprometerlo. ¿Como qué? Nombres, cartas, documentos suyos, cualquier indicio, cualquier seña que ellos puedan encontrar. ¿Me entiende? La Loca del Frente asintió como una niña, dejándose llevar, escuchando las instrucciones estrictas que le daba esa cabra chica metida a guerrillera. Total daba lo mismo, el cuento terminaba de esa manera absurda, Carlos y ella arrancando en dos direcciones opuestas. ¿Y dónde quieren que me vaya?, preguntó, agregando: porque yo no tengo un peso para viajar a ningún lado. De eso no se preocupe, nosotros tenemos un dinero para su viaje, sus gastos y estadía. ¿Y cuál será mi destino?

No se lo podemos decir hasta mañana a las siete cuando lo pasemos a buscar. El auto se había detenido a media cuadra de la casa. La mujer, ahora un poco más amable, le estiró la mano, que la loca apretó interrogando: Y Carlos, ¿cuándo podré hablar con él? Eso déjelo por cuenta nuestra. No se preocupe.

Tenía la zorra en la cabeza, un menjunje de terrores y confusiones dándole vueltas, un apuro siniestro sin saber por dónde comenzar. Por eso iba y venía por la casa juntando y amontonando trastos. Y entonces se dio cuenta que no tenía muebles, eran puros cachureos tirados por el suelo y que daba lo mismo recogerlos o guardarlos, total en cualquier otro sitio con unos cajones, trapos y mucha imaginación podría levantar de nuevo su castillo piñufla. Pero había cosas que no podía dejarlas al abandono, como el mantel bordado, como el sombrero amarillo, por ejemplo, como los guantes con puntitos y sus lentes de gata. Las revistas *Ecran*, algunos recortes de Sarita Montiel, y menos una foto suya en que aparecía de travesti. La extrajo de entre las páginas amarillas de un *Cine Amor* y la puso a la luz para verla más nítida, pero daba lo mismo, porque el retrato era tan añoso que la bruma del tiempo había suavizado su perfil de cuchillo. Se veía casi bella. Y si no fuera por el *«casi»*, nadie podría reconocerla forrada en el lamé escamado de su vestido de sirena, nadie podría pensar que era ella en esa

pose blandamente torcida la cadera y el cuello mirando atrás. Con ese moño de nido que se usaba en los años sesenta, tipo Grace Kelly, con el maquillaje preciso que le daba a su cara esa aureola irreal, esa espuma vaporosa de luz falsa que le confería el desteñido de los años. Casi bella, se convenció alabando la cintura de junco y esa piel de durazno que forraba sus hombros empelotados. Un ruido la hizo levantar la cabeza y mirar por la ventana, y en el vidrio del presente se encontró con el rostro abofeteado de la realidad. Alguna vez fui linda, se conformó guardando la foto en una bolsa donde iba juntando sus amados cachivaches. Tal vez, si Carlos viera ese retrato, quizás si Carlos la mirara espléndida en el glamour sepia de ese ayer, podría haberla amado con el arrebato de un loco Romeo adolescente. Entonces habrían huido juntos rajados por la carretera, a perderse en el horizonte donde el viaje nunca tuvo fin... Tal vez detenerse a la rápida en un pueblucho donde Carlos se bajara a comprarle chocolates, y en agradecimiento ella se soltaba el moño de nido para sentir la cascada de pelo arropándole sus hombros descubiertos. ¿Te gusto así?, le diría mordiéndose el labio para enrojecerlo al ofrecerle un beso. Pero allí se quedó con la mueca vacía de su boca de abuela. Urgía salir de allí, como le dijo esa tal Laura. Y solo en ese momento pudo calibrar la recomendación de esa mujer que era apenas una

chiquilla, tan joven y parecía un sargento. Porque al parecer, ella tenía un rango más alto que Carlos. Pero tan mandaruna la cabra de mierda que la obligaba a dejar su casa, que la tenía tan nerviosa desarmando lo único que ella había tenido en el mundo. Siempre fue así, suspiró rendida, pan para hoy y hambre para mañana, tan pronto creía tener algo y la vida se lo quitaba de un arañazo. Se sorprendía verse tan sumisa haciéndole caso a esa gente del Frente Patriótico. Total, ella les había hecho un favor sin saber de qué se trataba la película. Pero quién le iba a creer. Se ensañarían contigo, le había dicho Carlos, y a él sí le creía con toda el alma. Esa era la única razón que la tenía deshilando todo su ambiente para marcharse quién sabe dónde. La vajilla inglesa y los cubiertos de plata se los voy a llevar a la Ranita, se dijo arrumbando la tetera abollada y un resto de platos saltados y tazas sin oreja. También los juegos de sábanas, que no pudo terminar, se los dejaría a la Rana que había sido tan buena. Y sobre todo, la radio, su querido y viejo cacharro musical. Eso sí que iba a echar de menos. Y allí en el aeropuerto del adiós necesitó alguna melodía para amortiguar la pena. Entonces encendió el artefacto, que chicharreando transmitía siniestras noticias:

INFRUCTUOSOS SON LOS ESFUERZOS DE LOS SERVICIOS DE SEGURIDAD PARA DAR CON EL PARADERO DEL GRUPO TERRORISTA QUE EN

EL DÍA DE AYER ATENTÓ CONTRA LA VIDA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. SE ESPERAN PRONTAS DETENCIONES EN LOS ALLANAMIENTOS QUE SE EFECTÚAN EN LA ZONA SUR DE SANTIAGO.
INFORMÓ LA DIRECCIÓN NACIONAL DE COMUNICACIONES DE GOBIERNO.

Fue un milagro de la Virgen lo que salvó a mi marido, les explicaba a los periodistas la mujer del Dictador, señalando el vidrio astillado del Mercedes Benz, donde aseguraba que se distinguía la imagen de María Santísima en los rasmillones de las balas. ¿Pero qué Virgen?, preguntó una joven corresponsal de Radio Cooperativa. ¿Cómo qué Virgen? Usted es tonta, la Virgen del Carmen pues, la Patrona del Ejército. Qué otra Virgen podría ser. No se fija que se ve clarita la imagen con el niño en brazos aquí en la ventana del auto. ¿O usted es ciega? ¿Y qué piensan hacer con el vehículo?, preguntó un periodista español. Lo pondremos en exhibición en algún lugar público, para que la gente venga a agradecerle a la Virgen por haber salvado la vida del Presidente. La improvisada conferencia de prensa que daba su mujer se realizaba en el jardín de la casa, justo bajo el dormitorio desde donde él escuchaba sin querer escuchar. Más bien, deseando hundirse en el colchón para relajar el castañeteo de sus dientes. Todavía no se reponía del susto, y al cerrar

los ojos, aún las cenizas de la pólvora nevaban sus pestañas canosas.

¿Cómo se siente el Presidente ahora, señora Lucía, después de lo ocurrido?, preguntó la joven periodista de Radio Cooperativa. ¿Y cómo cree usted que puede sentirse?, le contestó fulminándola con sus ojos maquillados de azul. Mal pues. Si no fue un juego, no ve que casi lo matan. Pero Augusto es fuerte, él tiene una formación militar que lo ayudará a recuperarse. ¿Ustedes habían pensado que podía ocurrir algo así?, insistió la niña con sana curiosidad. ¿Dónde estudió periodismo usted, señorita, que pregunta tamaña tontera? ¿Cree que somos magos para adivinar el futuro?, ¿o piensa usted que soy una bruja que sabe lo que va a pasar? Cara de bruja tenía esa vieja, pensó la chica guardando la grabadora visiblemente avergonzada, mientras la Primera Dama, haciéndole un desprecio, invitaba a los otros periodistas a tomar un refresco. Algo de bruja tenía su mujer, reflexionó el Dictador, amodorrado en su cama, recordando sus recomendaciones de mal agüero inspiradas en el Tarot de Gonzalo. Desde ahora le haría caso, tomaría en cuenta sus opiniones y era posible que nombrara a ese maricucho asesor consejero del gobierno. Los párpados le pesaban una tonelada, pero no quería dormir, le aterraba quedarse solo en esa oscuridad. Pero inevitablemente el sueño lo arrastró pendiente abajo, tinieblas abajo, como

una boca negra que lo chupó en la inconsciencia del letargo. La noche de su dormir era espesa, pero pronto una hilera de puntos luminosos comenzó a subir desde el fondo, también los sones de la «Marcha Erika» le llegaron en el tintineo lejano de las marimbas. La culebra de antorchas subía el cerro Chacaritas hasta la cumbre, donde él, con uniforme de gala, esperaba a los setenta y siete jóvenes, artistas e intelectuales que cada año condecoraba en esa fecha aniversario de la batalla de La Concepción. Respiró hondo, hinchándose el pecho de orgullo al ver de cerca a sus cadetes vestidos con el uniforme azul y rojo de la Guerra del Pacífico. Se veían tan gallardos silbando su himno predilecto bajo el resplandor anaranjado de las antorchas. Entre ellos había jóvenes intelectuales, escritores, poetas, pintores y músicos elegidos para esta nominación. A la luz temblorosa del fuego distinguió al cantante de la Nueva Ola José Alfredo Fuentes, que ya no era tan joven, pero todo el país recordaba su éxito «Te perdí». Más atrás pudo ver a la rubia Andrea Tessa, que en sus cumpleaños lo alegraba cantándole «El rey», qué bonita era esa chiquilla, quién fuera joven... A su lado reconoció al animador César Antonio Santis, el niño maravilla de la tele, y detrás a Julio López Blanco, el poeta de las noticias, que lo vitoreó emocionado con un: ¡Salud y gloria al Presidente! Le respondió el saludo amable, pero cortante;

le cargaba ese personaje tan rebuscado y chupamedias. Pero había otros más rebeldes, como ese rockero Álvaro Scaramelli que se atrevía a venir con las mechas largas, tan diferente al joven cuentista Carlos Iturra, que peinado a la gomina y de correcto terno gris, esperaba con humildad la distinción. El único que faltaba era el poeta Raúl Zurita, que, sin ningún reparo, había rechazado el premio. Mejor que no esté aquí ese comunista de mierda que se cree Neruda. ¿A quién se le habrá ocurrido nombrarlo? Lo único que faltaba: yo condecorando a un marxista.

Así, uno a uno, los homenajeados iban pasando frente a él y recibían agradecidos la piocha al mérito que él prendía en sus solapas. Primero fueron los cantantes; después los pintores, periodistas y escritores. Y luego lo esperaba la larga fila de cadetes correctamente vestidos con el uniforme del Séptimo de Línea. Y a cada uno lo abrazó como un padre enganchándole la dorada insignia en el pecho. El gesto se fue haciendo mecánico a medida que desfilaba la larga cola al compás vibrante de los orfeones. Y cuando llegó el último chico de uniforme, lo sobresaltó la voz aflautada del muchacho diciéndole: ¿Qué tal, Presidente? Era el mismo mariposuelo que había mandado a expulsar de la Escuela Militar. El mismo colijunto que ahora lo enfrentaba sonriendo, desabotonándose la guerrera, desnudándose un pecho forrado en un negro sostén de encaje para recibir la

medalla. No me vaya a clavar, mi General, le decía burlesco. Un mareo de furia lo despertó rumiando hiel por los dientes. Por suerte había sido un sueño, y por suerte desperté porque si no, me acrimino con ese degenerado. ¿Qué te pasa, hombre? ¿Qué estás diciendo? Apuesto que otra vez no te tomaste el tranquilizante que te dejó el médico, le decía su mujer retocándose la boca frente al peinador. Con tanta pregunta de los periodistas, se me corrió todo el maquillaje.

La casita esquina de tres pisos era una cuenca sin vida en ese amanecer en que la Loca del Frente no había pegado los ojos tratando de borrar sus huellas de cada rincón, quemando papelitos con números de teléfonos y direcciones, barriendo pisadas, limpiando los vidrios, por si alguna marca dactilar era descubierta, y recién en la mañana pudo respirar tranquila con sus cosas más afectivas embaladas en dos grandes paquetes. Entonces encendió un cigarro y subió al altillo para ver ese horizonte gris con los ojos de un desahuciado. Y sentada frente a esa perspectiva, dejó escapar motas de humo, preguntándose: ¿Cómo se mira algo que nunca más se va a ver? ¿Cómo se puede olvidar aquello que nunca se ha tenido? Tan simple como eso. Tan sencillo como querer ver a Carlos una vez más cruzando la calle sonriéndole desde allá abajo. La vida era tan simple y tan estúpida al mismo tiempo. Ese panel de ciudad en ciento ochenta grados era la escenografía en cinerama para un necio final. Cómo le hubiera gustado llorar en ese momento, sentir el celofán

tibio de las lágrimas en un velo sucio cayendo como un blando y lluvioso telón sobre la ciudad también sucia. Cómo le hubiera gustado que toda su enjaulada pena rodara fuera de ella en al menos una gota de amargura. Sería más fácil partir, dejando quizás un pequeño charco de llanto, una mínima poza de aguada tristeza que ninguna CNI pudiera identificar. Porque las lágrimas de las locas no tenían identificación, ni color, ni sabor, ni regaban ningún jardín de ilusiones. Las lágrimas de una loca huacha como ella, nunca verían la luz, nunca serían mundos húmedos que recogieran pañuelos secantes de páginas literarias. Las lágrimas de las locas siempre parecían fingidas, lágrimas de utilería, llanto de payasos, lágrimas crespas, actuadas por la cosmética de la chiflada emoción. La ciudad a sus pies, aclaraba relumbrona en los pespuntes del tímido sol. Esa malla de oro se iba esparciendo por el oleaje de techumbres careadas de miseria, la lluvia del reciente invierno había lavado las superficies de zinc, donde refulgía ese oreado calor. Desde arriba divisó el auto al doblar la esquina y luego detenerse sin ruido frente a la casa. Es hora de partir, nena, se recitó a sí mismo, tirándole un beso al ayer que evaporaba su adiós en el herido remanso del amor viejo.

La Rana no esperaba esa visita tan temprano. La recibió entumida en la puerta, arrebozada por un chal. ¿Qué pasa, niña? ¿Y esos bultos? No

me digái que te echaron de la casa. Mira, Ranita, ahora no puedo explicarte nada, pero te quiero pedir que me guardes estas cosas; estos son unos trabajos que no pude terminar, hácete cargo tú y entrégalos, porque unos pesitos no están de más. Te dejo mi radio para que te entretengas, y lo demás ocúpalo si te hace falta. Pero qué güevá, niña, pasa y siéntate por lo menos para que me cuentes de qué se trata esta chifladura. ¿Te volviste loca?, ¿dejar esa casa tan linda? La bocina del auto interrumpió la charla. ¿No me vai a decir que te rapta el hombre? No, niña, nada de eso. Ojalá fuera así, agregó fragilizada por un suspiro. Pero entonces, ¿cuál es la razón?, dijo la Rana tomándola del brazo. Yo no te dejo ir, maricón, si no me dai un motivo por lo menos. Tengo que hacerlo, mamita, es cosa de vida o muerte. La bocina del auto volvió a interrumpirlas. No entiendo, no puedo comprender en qué güevadas andái metida. No importa, Ranita, mejor así, contestó la Loca del Frente, zafándose y dándole un fuerte abrazo y un gran beso, sintió el pálpito cardíaco de su gran amiga; Mami Rana, como le decía con cariño. La hermosa cola matrona que en el marco de la puerta la despedía con sus dedos acalambrados de frío. Así la vio empequeñecer a medida que el auto se alejaba de esos tierrales. ¿Es muy amigo suyo?, supongo que no le habrá dicho nada, interrogó la mujer sentada a su lado. Y si le hubiera dicho ¿qué? ¿Acaso ustedes

no creen que hay gente como yo que puede guardar un secreto? ¿Creen que todos los maricones somos traicioneros?, replicó la Loca del Frente con las mejillas rojas de indignación. Pero no se preocupen, no le dije nada, solamente para no comprometerlo. No se enoje, agregó la tal Laura, arreglándose la peluca cobriza que la tonta creía le daba otra identidad. Nos queda bastante que viajar juntos, porque yo lo voy a dejar hasta su destino, murmuró la mujer con indiferencia, así que por lo menos hagamos agradable el trayecto. No le hizo caso, algo nunca le gustó de esa niña con aires de sargento, y no era solamente por celos, tampoco porque era joven y preciosa. Era algo más, cierto esfuerzo que la cabra hacía por ser amable. Y estaba segura que si no fuera por la inseguridad que sentían con él, esa tal Laura la dejaba botada ahí mismo, en la mitad del camino a Viña del Mar, porque hacía rato el vehículo había tomado esa ruta. Lo pudo leer en los avisos camineros que pasaban, y acomodándose como gata frívola en el asiento, comentó desganada: Me va a hacer bien un poco de sol marino, estoy tan pálida.

Cuando estuvieron cerca de la Ciudad Jardín, la humedad marisca del viento le despeinó las cuatro mechas. ¿Puede cerrar un poco la ventanilla, por favor? Laura le hizo caso, pero sin mirarlo, en realidad no habían pronunciado palabra en todo el camino. Ni ella ni el chico que manejaba. Había sido un viaje tenso, y

en cada parada de peaje Laura prendía un cigarro y luego lo apagaba casi sin fumarlo.

Viña del Mar apareció de pronto en un recodo con sus mansiones mediterráneas. La Loca del Frente nunca había estado en ese balneario de turistas y gente linda. Pero en esa época, y a esa hora de la mañana, solamente se veían empleadas domésticas haciendo compras, estudiantes rubios con sus uniformes de colegios católicos, más alguna anciana inválida tomando el fresco en las pérgolas jazmineras de los palacetes. Se parece a una película antigua de la costa francesa, pensó ella, recordando el milagro de esa primera vez que se encontró con el mar proleta de Cartagena, cuando toda la población de su infancia se encaramó a un tren, gratis y por iniciativa de Mario Palestro, el alcalde de San Miguel, que le regaló a toda su comuna un día de playa. Qué bueno había sido ese caballero y qué lástima que estos milicos lo hubieran exiliado. Algo de Carlos tenía ese político de bigotes mexicanos y sonrisa generosa. Y a propósito, ¿cuándo me voy a encontrar con Carlos, señorita?, dijo alzando la pregunta altanera y exigente. Recuerde que ese fue el trato. La mujer sonrió con la boca torcida mirando al chofer. No se preocupe, nosotros nos encargamos de eso... Pero... Confíe en nosotros, la interrumpió la chica con firmeza. Y ahora escúcheme con atención, agregó como una profesora que le habla a una niñita; nosotros lo

vamos a dejar en un bar frente a la playa. Usted va a entrar solo y se sienta en la primera mesa de la izquierda. Pide un café. Yo no tomo café porque me hace mal para la úlcera. No importa, entonces pida una bebida. No hable con nadie ni le pregunte nada a nadie. Y allí espera. ¿Esperar qué? ¿Que la pera caiga? Quédese tranquilo y haga lo que yo le digo, insistió Laura, tomándole el brazo con amabilidad al tiempo que el auto se detenía frente al local. Muchas gracias por todo, y discúlpeme si en algún momento he sido maleducada. Usted sabe que vivimos juntos tiempos difíciles.

En un segundo la voz de la chica se fragilizó conectándose con alguna parte suya, como si en ese momento se asomara en ella el desagravio de la emoción. Y después de darle un beso en la mejilla, el auto se perdió en la costanera. Y allí estaba ahora frente a ese bar con sus pocas pilchas en un atillo. ¿Y si todo había sido una broma? ¿Y si esos guerrilleros se habían deshecho del maricón trasladándolo de ciudad y punto?, sin dejarle ni un peso, porque ahora que se registraba los bolsillos caía en cuenta que no tenía ni para hacer cantar a un ciego en esa playa de ricos.

Entonces escuchó la voz del mozo que amablemente lo invitaba a pasar. Y no le quedó otra opción, ya que el muchacho cogió la bolsa de su equipaje y casi arreándola la introdujo al elegante bar. ¿Le gusta en la primera mesa

de la izquierda para que vea el mar?, le preguntó con un levísimo tic en sus pupilas brillantes. Y en realidad, desde allí, la ondulante seda marina extendía su capa cobalto junto al meridiano del firmamento, tan azul, tan bellamente azul que parecía otro país, un país de cuento donde no pasaban las atrocidades que se escondían bajo la alfombra. ¿Qué se va a servir?, dijo el joven mozo con su voz cantante. No tengo con qué pagar, contestó ella con tímido rubor. No se preocupe, es una atención de la casa. Entonces un agua mineral. ¿Con gas? Sí, por favor; muchas gracias.

En la costanera que bordeaba la playa, un largo taco de vehículos eran revisados por infantes navales que, con metralleta en mano, pedían documentos, encañonaban y detenían sospechosos. Ella no tenía documentos, nunca había usado documentos, y si venían a pedírselos, les contestaría que las estrellas no usaban esas cosas. A pesar de todo, estaba tranquila, tan serena y entregada al placer de la brisa que pegó un salto cuando una voz en su oído musitó: ¿Tienes miedo torero?

Voy a dormir tres días seguidos cuando lleguemos a Cerro Castillo, con tanta neura me salieron patas de gallo hasta en la lengua. Mira cómo tengo la piel, parece un papiro egipcio con la preocupación. Y esas cremas grasientas que

hacen ahora no son ningún remedio. Fíjate cómo salgo en esta foto del diario. Mira las bolsas que tengo debajo de los ojos. Por suerte es bonito este titular: LA VIRGEN SALVÓ AL PRESIDENTE. ¿No crees que debieras mandar a construir una capilla en el lugar del atentado? ¿Porque no pensarás vestirte de café por seis meses como los cabros chicos cuando hacen una manda? Aunque con ese uniforme plomo parece que siempre anduvieran de manda. ¿Nunca se te ha ocurrido, Augusto, que los uniformes podrían ser de distinto color para cada estación del año? Sí, ya sé que estás pensando que soy frívola, pero no es mala idea, se verían tan lindos los chiquillos de la Escuela con trajes color sandía en verano, con amarillo miel en otoño y, bueno, el mismo color gris burro para el invierno. Me dirás que estoy loca por pensar así, pero no puedes negar que siempre tengo razón. Si me hubieras hecho caso, no habría ocurrido lo que pasó. Mira que andar con ese batallón custodiándote, era evidente que los terroristas te seguían los pasos por todos lados. Ahora la seguridad se usa más discreta, hombre, sin helicópteros ni sirenas. Apenas tres autos sobrios de comitiva, como ahora. ¿Viste que nadie se dio cuenta que estamos en Viña? Ningún periodista ni fotógrafo siguiéndonos con sus cámaras. Y si yo quisiera, me podría bajar de incógnita a tomarme un refresco aquí mismo, en aquel barcito tan mono que pusieron allí en la costanera.

Como por milagro, Carlos apareció en el bar riéndose con su teclado delicioso. Príncipe, dijo ella sofocada, usted nunca deja de sorprenderme. Es mi deber, alteza, la rutina la pone triste. No solo la rutina, príncipe, también su ausencia, y bajó los ojos para que la tormenta del amor no le ahogara la mirada. ¿Me permite sentarme y hacerle compañía? No faltaba más, dijo ella dramática. Pensé que nunca más te iba a ver, agregó después rompiendo el juego. No hablemos de eso ahora, murmuró Carlos, tomándole la mano bajo el mantel de la mesa. Tenía tanto miedo, Carlos, que... Shit, no sigas, conversemos de otro tema. Pero... Pero nada, tenemos poco tiempo y debo informarte algunas cosas. No me importa ninguna información, soy feliz estando contigo. Yo también, pero ahora salgamos de aquí porque esto está lleno de sapos. Con una seña, Carlos se despidió del mozo, y cargando los paquetes de la loca, apurado la invitó a salir.

Afuera, en la playa, el tibio aliento de la mañana sostenía el planear de las gaviotas, parecía que esbozaran fugas en el mapa del aire. A lo lejos, la caravana de autos seguían siendo revisados por los infantes de la Armada.

Vámonos a otra parte, dijo Carlos nervioso haciendo parar un taxi. Siga derecho hasta Valparaíso, vamos a Laguna Verde. Pero el camino está cortado. Entonces siga por arriba. Nos vamos a demorar un poco. No importa, no tenemos apuro. En el trayecto no hablaron ni

una palabra, y cada vez que ella intentaba decir algo, Carlos la enmudecía con un gesto de su boca. Pero qué importaba hablar en ese momento, lo tenía a su lado, su perfil moreno, su juventud nerviosa en el sutil temblor de su rostro tan próximo, tan cerca, que veía resbalar por sus sienes una gota turbia de preocupación. Al llegar al puerto, frente al monumental edificio del nuevo Congreso, un semáforo detuvo al taxi. ¡Qué güevada tan fea, parece un hospital de la política, le susurró por lo bajo a Carlos que, conteniendo la risa, le hizo una seña reiterando el silencio.

La breve comitiva presidencial ya subía la cuesta de Cerro Castillo. Mira, Augusto, desde aquí se ve el Congreso de Valparaíso. Parece un chiste que mandaras a construir un edificio tan bonito para esos políticos que te odian. ¿Por qué no te olvidas de ese proyecto y lo conviertes en un hotel cinco estrellas? ¿Porque no pensarás llamar a elecciones? Imagínate que perdamos, con lo malagradecidos que son los chilenos. Imagínate que esos marxistas ganen y ocupen esa maravilla de Parlamento.

A lo lejos, en la concavidad del callamperío porteño, las altas torres del Congreso se erguían flamantes en su moderna arquitectura. Esa construcción faraónica era su gran orgullo, lo mismo que la Carretera Austral. La posteridad

lo recordaría como a Ramsés II, por esas ciclópeas obras. Pero tal vez su mujer tenía razón al pensar que en una posible elección esos rojos podían ganar, y de una patada en el traste lo iban a sacar del Congreso. Lo único que ella no sabía era que un artículo de su nueva Constitución lo designaba como senador vitalicio hasta el fin de los tiempos. Respiró más tranquilo, viendo cómo las torres majestuosas se recortaban en lontananza, y recordó que hacía poco tiempo su mujer le había insistido que supervisara los avances de la construcción. Maldito día en que le hizo caso, porque al llegar la comitiva, cuando él se bajó del auto presidencial, rodeado de guardaespaldas, fotógrafos y periodistas, escuchó un griterío en lo alto de la obra gruesa del edificio, y pensó inocente que los obreros lo vitoreaban desde los andamios, por eso contestó el saludo alzando las manos, pero al poner oído escuchó con atención: PINOCHO-VIEJO CULIAO-ASESINO Y CRIMINAL. La rabia fue un calor que enrojeció su cara, lo sacó de quicio, y arremangándose la camisa, los desafió a grito pelado: BÁJENSE DE AHÍ, GÜEVONES DE MIERDA, SI SE ATREVEN. VENGAN PARA ACÁ SI SON TAN GALLITOS. ROTOS DESGRACIADOS Y MALAGRADECIDOS. Fue un bochorno, una vergüenza que por desgracia apareció por televisión a todo el país. Y esos tarados de Seguridad, ni siquiera pudieron ubicar a ninguno de esos patipelados que desaparecieron en los vericuetos del enorme Parlamento.

Al igual que los terroristas que habían atentado en su contra. De seguro, ahora andaban por ahí o habían salido de Chile por los muchos pasos cordilleranos. Bájate pues hombre que ya llegamos, escuchó que le decía su mujer desde el enorme prado de Cerro Castillo.

La bruma marina les pegaba en la cara su aliento refrigerado, hacía un rato que habían salido del centro de Valparaíso, y ahora el taxi serpenteaba por los acantilados de basura acumulada en la espalda del puerto. Pero qué horrible lugar, parece el paisaje de *Cumbres borrascosas*, comentó la loca con pavor, encogiéndose en el asiento. Espérate un poco que lleguemos, es realmente hermoso. Ojalá pues, lindo, porque hasta aquí todo es siniestro. Y después de unas cuantas curvas apareció allá abajo el ojo de selva mar llamado Laguna Verde. Ella contuvo la exhalación. Carlos, este sitio es precioso, no parece Chile. Viste, yo te dije, lo que pasa es que los chilenos no conocemos nuestro país. Así es pues, amigo, agregó el chofer entusiasmado bajando la pendiente hasta llegar a ese paraíso de playa. Leves espumarajos de encaje traía la marea en su oleaje de arrastre. La aureola de arena contenía ese pequeño golfo como una cucharada de acrílico turquesa y transparente. Un pequeño poblado de cuatro casas urbanizaba rural ese

pedazo de costa, pero no se veía nadie en el éxtasis mágico de la escena.

¿Puede venir a buscarnos a las cinco?, le preguntó Carlos al chofer, estirándole un billete por el costo del viaje. Cómo no, sonrió el hombre aspirando a bocanadas el reflejo salino; ¿los recojo aquí mismo? Claro que sí, agregó el chico bajando los bultos de la loca, que miraba el tul oceánico drapeado por la brisa. Y de pronto echó a correr como una chicuela al encuentro del encaje blanco que alisaba la playa. En la agitada carrera se quitó los zapatos y soltó los pinches imaginarios que sujetaban su ilusoria cabellera. Quería que ese paisaje la envolviera, la abrazara, la colmara, refrescándole el ardor quemante de su alma en prisa. Y Carlos fue tras ella, imitándola, sumándose irresponsable a ese efluvio amoroso. Y la alcanzó justo cuando una ola enana le encadenaba los pies, y fue doble el abrazo, fueron múltiples las pelusas de agua que chispearon la caída, porque cayeron anudados y riendo, luchando y rodando por la arena como dos niños que por fin se encuentran, dos chiquillos que jugando a la agresión disfrazan la caricia brusca que urge tocarse, anular ese abismo masculino de arenal y océano. Y allí quedaron acezantes, uno junto al otro, como dos garabatos de cuerpos extenuados en la playa desierta. Y si la mirada abyecta de la gaviota que surcaba la altura hubiese sido una cámara de cine, la visión circular del pájaro sobre

la bahía, les habría regalado un mundo. Si pudiera morir antes de despertar, dijo ella espirando cada palabra, como si leyera un responso. Si fuera así, princesa, yo viviría en su sueño para siempre, murmuró Carlos a su lado con el lente del cielo abismándole los ojos. Usted siempre habitará mis sueños, y se ocultará en el ramaje de mis pestañas para que yo lo descubra acechando con pena el vaivén de mi eterno dormir. ¿Cómo usted puede futurizar mi gran dolor, princesa?, dijo Carlos, sintiendo cómo el vaho de su boca escribía el diálogo en el telón del firmamento. Porque usted, príncipe, será el elegido que cierre la cortina de mi última ilusión. Es un gran honor, alteza, pero es tan triste. Y qué importa, no hay otro color que me vista de pies a cabeza la tarde del adiós... amor, concluyó ella dejando que la sílaba final del amor anillara el eco de su voz. Y sacudiéndose la arena, se puso de pie y cambió de tema. Tengo hambre, Carlos. ¿Dónde vamos a almorzar? Por aquí no hay nada, pero mira, ahí se ve un almacén donde podemos comprar algunas cosas. Anda tú solo, mientras tanto yo pongo la mesa. Y Carlos voló por la playa, dejando la estela de sus pies moldeados en la arena. ¿Por qué tuve que conocerte?, se preguntó la loca mirándolo desaparecer. Pudimos no habernos cruzado nunca, siguió hablando sola mientras iba caminando hasta donde Carlos había dejado sus bultos. Y con nervioso ademán desarmó

uno buscando algo precipitado, rabiando, exclamando: ¡Dónde mierda había metido aquello! Y lo encontró, desplegando la nívea bandera del mantel bordado de pájaros y angelitos. Carlos regresó en un santiamén cargado de paquetes. Y se quedó embobado mirando el mantel, las servilletas y el ramo de flores silvestres que las manos de la loca habían arreglado en unas conchas de mariscos.

¡Qué elegancia!, suspiró el chico con admiración. Usted, princesa, de la nada construye un reino. Hay que tener dignidad para vivir, señor cochero. ¿Qué trajo para merendar? Solo encontré pan de Andalucía, princesa, quesos de Suiza y un buen vino chileno para brindar por los dos. Pero qué atrevimiento, ¿acaso no sabe usted que me está prohibido brindar con la servidumbre? Pruébelo, mi señora, dijo Carlos destapando la botella, y verá que este licor revolucionario hace olvidar las clases sociales. ¿Quiere embriagarme, cochero, para hacer de mí lo que usted quiera?, exclamó ella empinándose un sorbo. Ve que ahora somos iguales, amiga princesa. Y si somos iguales, amigo cochero, ¿por qué no siento la caricia de su amor rebalsando este momento? No culpe al amor, amiga princesa, y deme un trago más para compartir su decepción. Ella sonrió articulando en sus labios una mueca burlona. No alcanza a ser decepción, querido amigo. Nada más que darse cuenta que una loca tonta de amor siempre

estará dispuesta a ser engañada... utilizada. Y dejó que su voz descendiera por una escalera de palabras y en el último peldaño su decir se quebró tambaleante. Cuando se juega al amor, siempre existe el riesgo de equivocarse, siguió recitando como sonámbula, sobre todo cuando hay muchos que no saben jugar, y finalizó la frase apuntando a Carlos con una mirada acusadora. ¿Qué dije que te molestó? Nada, lindo, no te preocupes, por un momento me dejé llevar por este cuento estúpido. Y para cambiar de tema, cuéntame... ¿cómo fue que arrancaron después del atentado? No digas atentado, porque no fue eso. ¿Y cómo le digo entonces? Emboscada, afirmó Carlos con las cejas juntas. Me perdonarás, pero yo no acostumbro usar palabras de cowboys, agregó la loca tensando aún más la escena con un acento de ironía. Llámalo como quieras entonces, pero acuérdate que tú también tuviste que ver en esto. ¿Ah, sí? No te puedo creer, cuando les conviene se acuerdan de mí y cuando no se deshacen de una como trapo viejo. Esa no es la idea, no malinterpretes, dijo Carlos con una seriedad desconocida. Te estamos protegiendo. ¿No será que se están protegiendo ustedes?, porque siempre dudaron de mí. También es posible, no te lo voy a negar. ¡Qué bueno! ¡Por fin lo reconoces! No me pongas palabras en la boca, no quise decir eso, solamente que te estamos muy agradecidos por tu cooperación. Además, a nombre del

Frente tengo que entregarte este dinero para alojamiento y mantención, por lo menos unos meses, hasta que todo pase y puedas regresar a Santiago. ¿Y por qué eliges este momento para pagar mis servicios? No seas tonto, no es un pago, es un dinero que te va a servir. A lo mejor soy una loca tonta que confundí las cosas, dijo ella como una niña envolviendo su pena infinita. No te pongas así, no es para tanto. Tú sabes que nunca te voy a olvidar. Y a Carlos también lo embargó la tristeza, y sin saber qué hacer, le tomó sus manos de pájara mustia y las besó con la brasa de sus labios morenos. ¿Cómo podría pagarte todo lo que hiciste por nosotros, y especialmente por mí? Con solo tres palabras. ¿Qué palabras?, dijo él con cierta vergüenza en sus ojos de macho marxista. *«Tengo miedo torero»*. ¿Qué más?

Mira, Augusto, cómo se llena de pinganillas la costa, y fíjate tú que todavía no es verano. Piensa qué va a ser en pleno enero y febrero. No hay derecho, Viña ya perdió categoría, ni siquiera tienen respeto porque aquí en Cerro Castillo veranea el Presidente. En la asoleada terraza de la mansión, la Primera Dama tomaba el pálido calor embetunándose con cremas de pepino, rosa mosqueta y placenta, mientras ojeaba con sus prismáticos el oleaje de bañistas zangoloteándose en el mar. Mira, oye, esas mujeres que no

tienen vergüenza de mostrar casi todo. Mira allá abajo esa gorda ordinaria con traje de baño amarillo a rayas negras igual al mío, a esta mugre que tú me regalaste. ¡Toma los lentes, mira!, y fíjate bien que es la misma marca, la misma tela, el mismo estampado. Que me muero aquí mismo de rabia, viejo amarrete, apuesto que lo mandaste a comprar a Falabella, donde se visten todos estos picantes. Por suerte traje el azulino con orquídeas blancas que me compró Gonzalo en París. Me lo voy a cambiar al tiro. No soporto un minuto más esta porquería que me hacer ver como la Abeja Maya.

Mientras su mujer iracunda caminaba por el césped hacia la casa, le miró por detrás el gordo poto cimbreado por la celulitis, y sonrió al pensar que en realidad se parecía a esa caricatura de la televisión. Un tibio aire vino a relajarle los músculos de la espalda, todavía agarrotados por el recuerdo. Por fortuna todo había pasado, y exceptuando ese calambre de tensión, estaba tranquilo, sabiéndose protegido en esa fortaleza. El cielo era tan azul, que todo Viña del Mar parecía protegido por esa burbuja celeste. Por eso se dejó engullir bostezando en ese placentero agotamiento. Allí no había ningún peligro, alcanzó a pensar antes de cruzar la puerta del sueño. Allí en ese castillo enclavado en el cerro, ningún terrorista podía atentar contra su vida. Excepto que vengan por el aire, que se consigan un helicóptero y lo pillen ahí durmiendo tan

desprevenido. Entonces, el zumbido del mar a lo lejos fue rimando sus pensamientos con un crepitar de hélices. Y al poner atención, el metálico traqueteo fue diferenciándose de los murmullos de la playa, se iba acercando, se iba haciendo cada vez más nítido su runrunear de máquina demoledora. Pero el cielo de su sueño seguía siendo azul, tan azul como un vidrio de catedral que se hizo trizas cuando la ventolera del aparato rugió sobre la casa. Cuando hizo volar las revistas y el sombrero que su mujer había dejado en la silla de lona. Era un vendaval caótico que parecía tragarlo. En pleno espanto miró a todos lados, tocó desesperado la campanilla de los sirvientes, ese pequeño chillido de auxilio que se tragó la vibrante furia del huracán, al igual que sus gritos, al igual que sus gemidos, al igual que la mueca muda que tajeó su boca. Me matan, me matan, quería decir en el momento que abrió los ojos ante la cara de su mujer, que todavía enojada le estiraba el frasco de medicinas. El heli, el heli, el helicóptero, alcanzó a toser en el desespero. No pasa nada, hombre, tómate tus gotas, no seas gallina. Es el almirante Urrutia que viene a saludarte; y como aquí no tenemos helipuerto, yo misma le dije que aterrizara en el jardín.

Fue un día maravilloso, suspiró, mirando a Carlos que se sacudía la arena de los pies mientras

ella doblaba el mantel. Si la vida fuera una película, solo faltaría que una mano intrusa encendiera la luz, murmuró dejando ir su mirada miope por los acantilados ensombrecidos en la perspectiva pronta del ocaso. En el espolón de una punta geográfica, Valparaíso encendía la tiara pobre de sus chispas. Mira, Carlos, el puerto parece una isla de fiesta que nos dice adiós. Pero Carlos no quiso levantar la vista, no quiso mirar, y siguió como un autómata limpiando sus pies de una arena invisible. Por primera vez se había quedado mudo sin responder, sin participar de esa poética hablantina que una vez más, y con tanto amor, y quizás por última vez, le proponía su loca. Mi loca, pensó. Mi inevitable loca, mi inolvidable loca. Mi imposible loca, afirmó leve mirando el perfil hermosamente verde azulado por un reflejo de pleamar. Mira, Carlos, ahora Valparaíso parece un barco de año nuevo en noche de carnaval. Fíjate que en la punta lleva enroscada una sirena, como esas que tiene Neruda en su casa. ¿Cómo me dijiste que se llamaban? Fíjate que ahora se prenden los cerros como chispitas, como un árbol de Pascua que se lo lleva la marea. ¿A ti te hacían árbol de Pascua cuando niño, Carlos? ¿Te regalaron un barquito alguna vez? Mira qué lindo, Carlos, ahora que se prenden las calles como guirnaldas de luces. ¿En Cuba hacen árbol de Pascua? Entonces Carlos alzó la vista y pudo ver a la distancia la isla enjoyada de La Habana

derritiéndose en un espeso lagrimón. ¿Te irías conmigo a Cuba?, la voz de Carlos pareció retumbar en su cabeza de cascabel. Y ella giró la cara y lo miró desgarrada por la pregunta. El silencio que esperaba la respuesta fue tan grande, que no necesitaron tocarse para sentir el minuto de la noche abrazándolos en esa ilusoria eternidad. Toda la vida te voy a agradecer esa pregunta. Es como si me estuvieras pidiendo la mano. Ella rió al decir esto, y enseguida agregó con demacrada seriedad: No juegues conmigo, niño, mira que me lo puedo tomar en serio. Es muy serio, yo parto mañana y todavía puedo conseguirte un pasaje. ¿Y qué dirían tus compañeros de partido? Lo entenderían como parte del plan de salvataje. Todos los que participaron en esto están saliendo del país. Tu generosidad me conmueve, amor, y quisiera ver el mundo con esa inocencia tuya que me estira los brazos. Pero a mis años no puedo salir huyendo como una vieja loca detrás de un sueño. Lo que nos hizo encontrarnos fueron dos historias que apenas se dieron la mano en medio de los acontecimientos. Y lo que aquí no pasó, no va a ocurrir en ninguna parte del mundo. Me enamoré de ti como una perra, y tú solamente te dejaste querer. ¿Qué podría ocurrir en Cuba que me ofrezca la esperanza de tu amor...? *«Tu silencio ya me dice adiós»*, como dice la canción. Tu silencio es una cruel verdad, pero también es una sincera respuesta. No me digas nada

porque está todo claro. ¿Te fijas, cariño, que a mí también me falló el atentado?

La bocina del taxi trizó el silencio en que habían quedado los dos. Y en el mismo silencio recogieron los bultos y se encaminaron hacia el vehículo que los esperaba para llevarlos de regreso. ¿Recogiste todas tus cosas?, preguntó Carlos cuando estuvieron instalados en el auto en marcha. Y ella mintió afirmando con la cabeza. Mientras atrás en la playa anochecida en terciopela oscuridad, la marea se encrespaba arrastrando el albo mantel olvidado en la arena. Señor, ¿tiene radio este auto?, preguntó la loca con renovada coquetería. Sabe que no, me robaron la radio la semana pasada. Entonces no se preocupe, agregó ella, musitando bajito la letra ingrata de una añeja canción:

Tienen sus dibujos
figuras pequeñas,
avecitas locas
que quieren volar...



Pedro Lemebel

Tengo miedo torero

Pedro Lemebel desafía todo intento catalogador. "Irónico, sarcástico, salvajemente paródico, cursi, relamido, retorcido y, además, tierno, divertido y siempre intenso, abrumadoramente lírico", este escritor dirige su mirada a un universo poco o mal explorado entre nosotros: "la identidad homosexual, la alternativa travesti y sus complejidades".

Una historia de amor en el Santiago del '86, el año del atentado a Pinochet. Un muchacho del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que va a participar en la acción, vive una relación sentimental con un homosexual, que lo apoya, sin saber-sabiéndolo, en sus planes políticos. Éstos fracasan y la ligazón se frustra. El escenario es exactamente el del año que pudo ser decisivo pero no lo fue: las protestas, los neumáticos humeando en las calles de la capital, los apagones; los boleros, rancheras y baladas de la época; Pinochet lidiando en la intimidad con sus fantasmas y sus pesadillas, y con una Lucía encaprichada con los últimos modelos de Nina Ricci; y la Loca del Frente, protagonista y testigo, personaje entrañable, puente entre los sueños y la desdicha.

Tengo miedo torero es el verso de una antigua canción española. Sus palabras sugieren, más allá de "su densa teatralidad" y sus ecos melancólicos, la interioridad recóndita de un país que, según lo define Lembel, "sueña muy poco, sueña a crédito, no sueña lo imposible".

ISBN 950-73-13516



Seix Barral Biblioteca Breve